ALIX

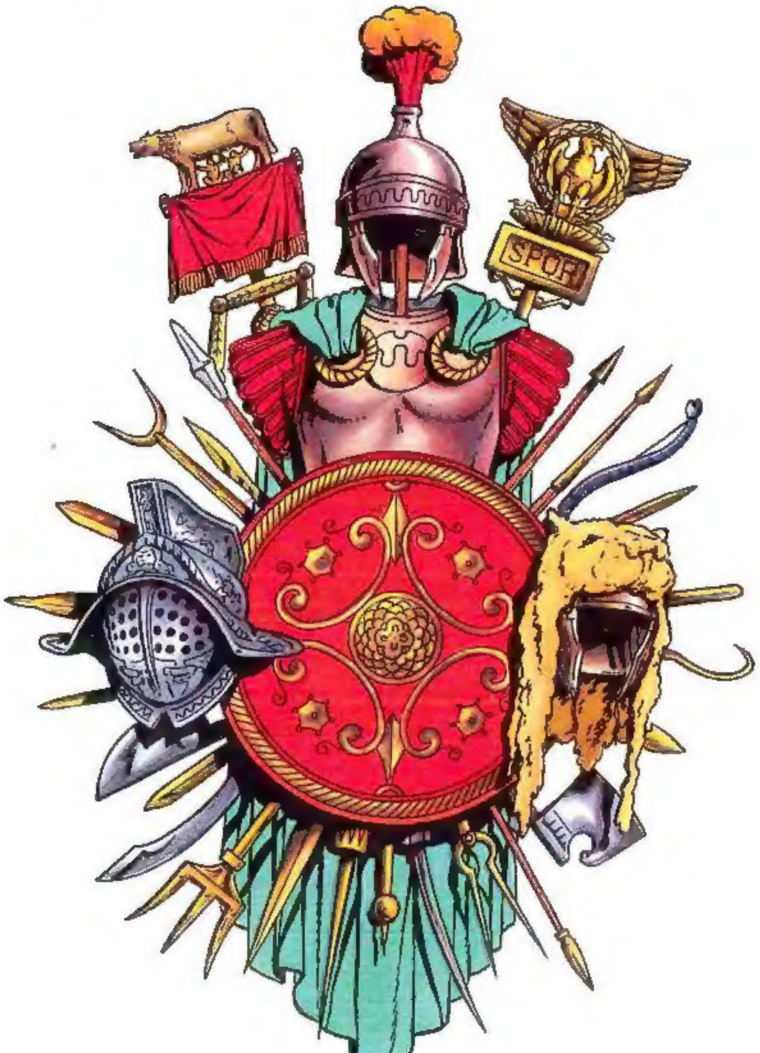
JACQUES MARTIN

# ALIX EL INTRÉPIDO

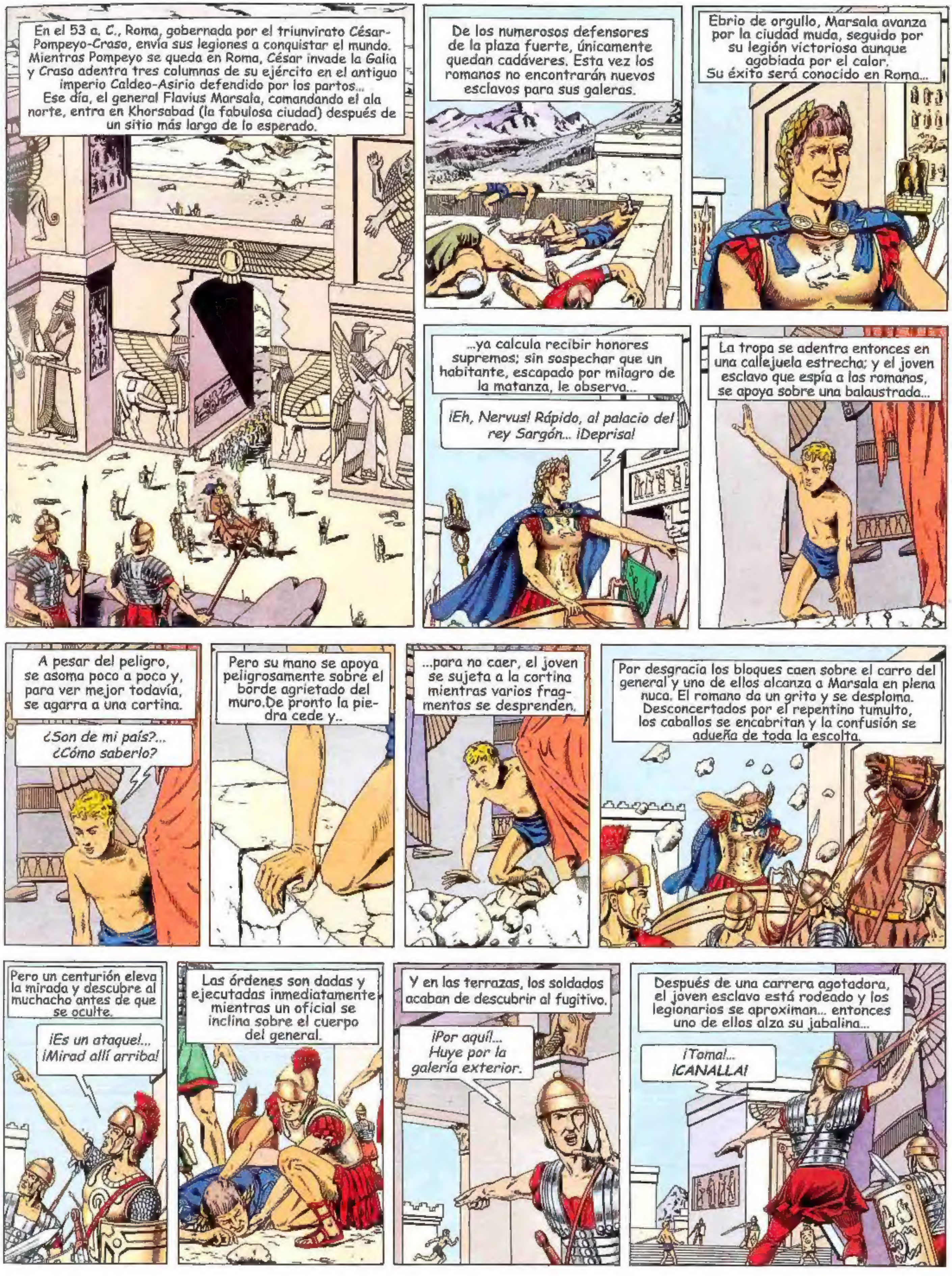
NetCom2 editorial

JACQUES
MARTIN

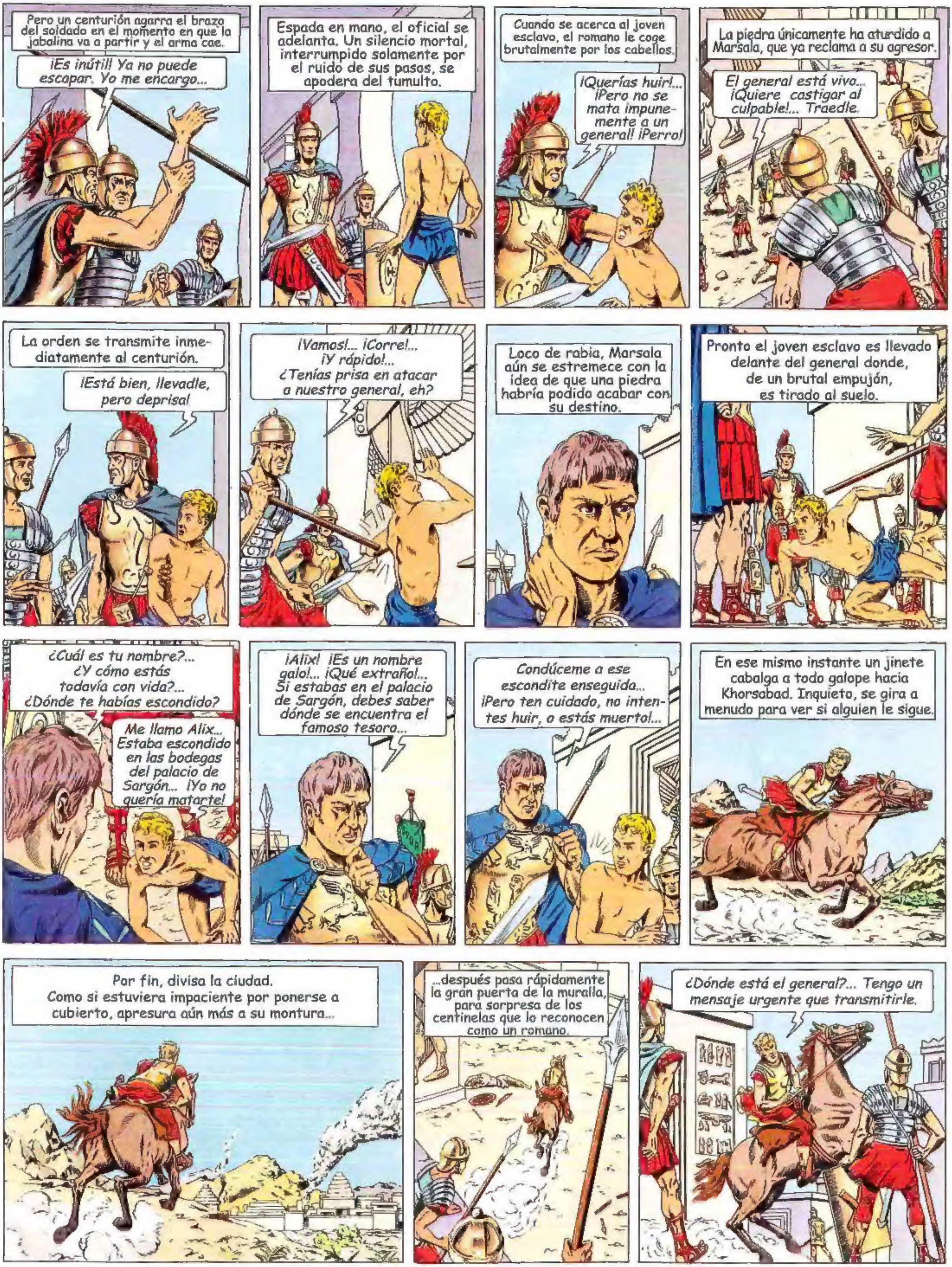
# ALIX EL INTRÉPIDO



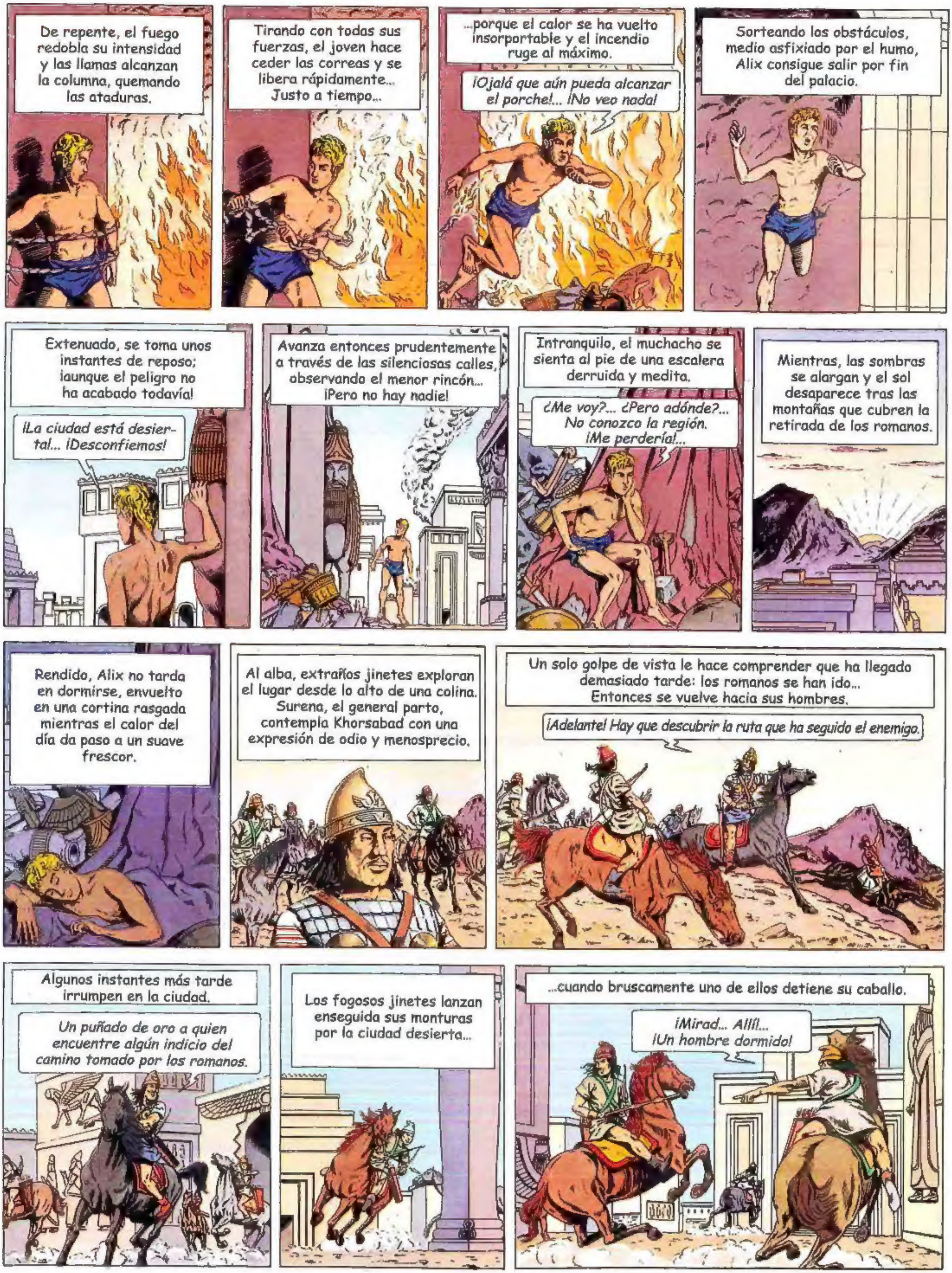

NETCOM2 EDITORIAL

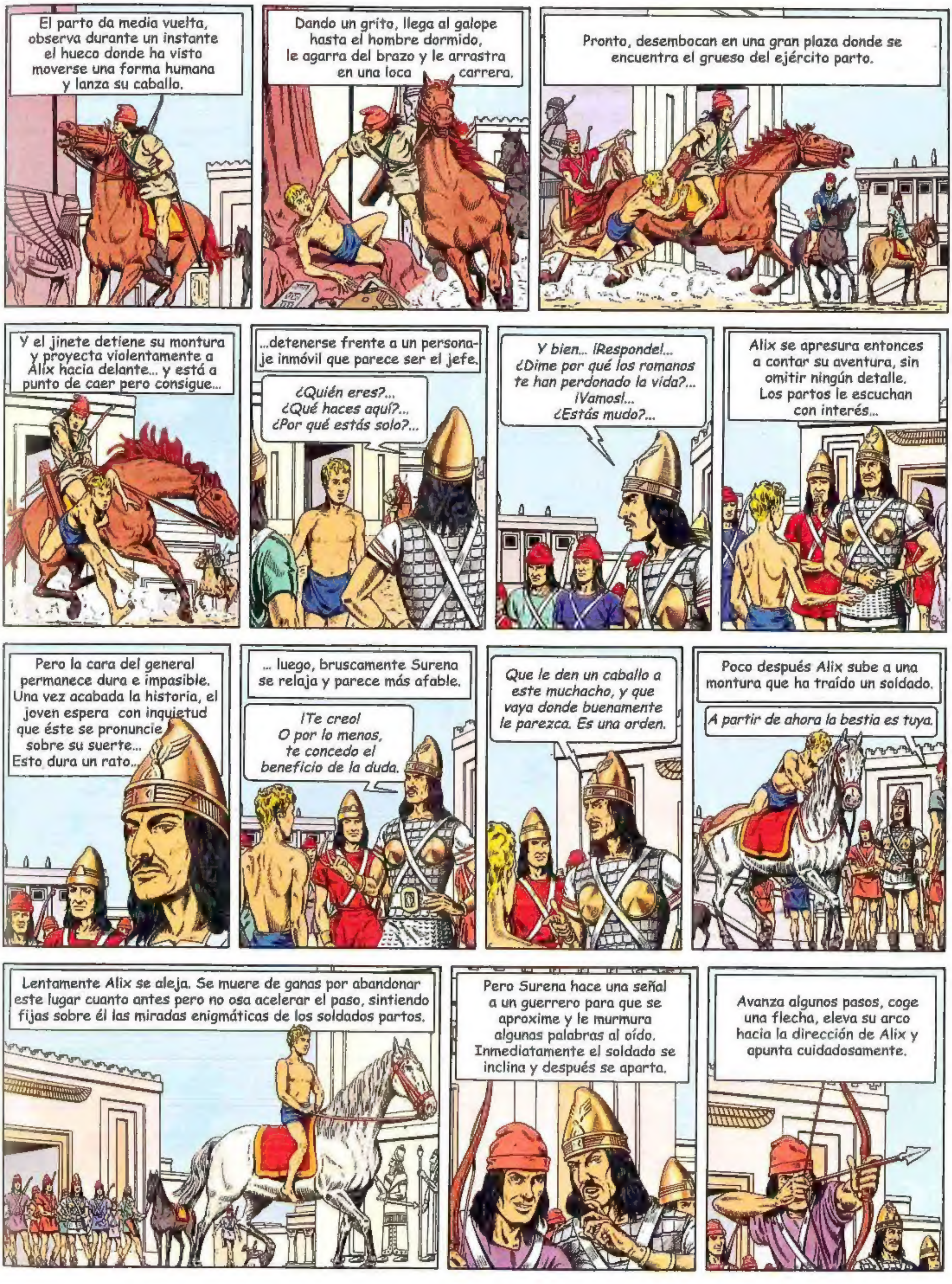


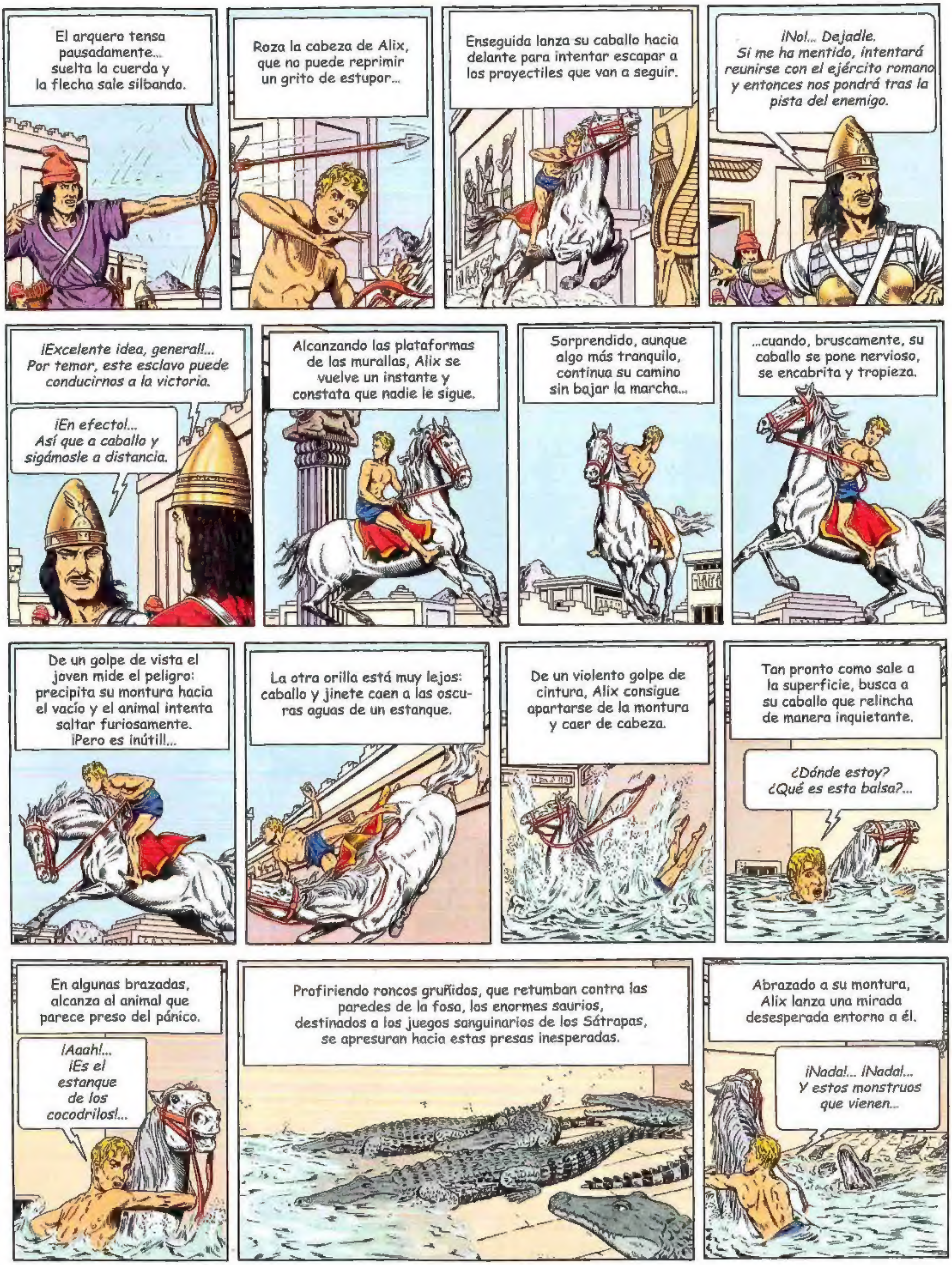
En el 53 a. C., Roma, gobernada por el triunvirato César-Pompeyo-Craso, envía sus legiones a conquistar el mundo. Mientras Pompeyo se queda en Roma, César invade la Galia y Craso adentra tres columnas de su ejército en el antiguo imperio Caldeo-Asirio defendido por los partos... Ese día, el general Flavius Marsala, comandando el ala norte, entra en Khorsabad (la fabulosa ciudad) después de un sitio más largo de lo esperado.
De los numerosos defensores de la plaza fuerte, únicamente quedan cadáveres. Esta vez los romanos no encontrarán nuevos esclavos para sus galeras.
Ebrio de orgullo, Marsala avanza por la ciudad muda, seguido por su legión victoriosa aunque agobiada por el calor. Su éxito será conocido en Roma...
...ya calcula recibir honores supremos; sin sospechar que un habitante, escapado por milagro de la matanza, le observa...
¡Eh, Nervus! Rápido, al palacio del rey Sargón... ¡Deprisa!
La tropa se adentra entonces en una callejuela estrecha; y el joven esclavo que espía a los romanos, se apoya sobre una balaustrada...
A pesar del peligro, se asoma poco a poco y, para ver mejor todavía, se agarra a una cortina.
¿Son de mi país?... ¿Cómo saberlo?
Pero su mano se apoya peligrosamente sobre el borde agrietado del muro.De pronto la piedra cede y...
...para no caer, el joven se sujeta a la cortina mientras varios fragmentos se desprenden.
Por desgracia los bloques caen sobre el carro del general y uno de ellos alcanza a Marsala en plena nuca. El romano da un grito y se desploma. Desconcertados por el repentino tumulto, los caballos se encabritan y la confusión se adueña de toda la escolta.
Pero un centurión eleva la mirada y descubre al muchacho antes de que se oculte.
¡Es un ataque!... ¡Mirad allí arriba!
Las órdenes son dadas y ejecutadas inmediatamente mientras un oficial se inclina sobre el cuerpo del general.
Y en las terrazas, los soldados acaban de descubrir al fugitivo.
¡Por aquí!... Huye por la galería exterior.
Después de una carrera agotadora, el joven esclavo está rodeado y los legionarios se aproximan... entonces uno de ellos alza su jabalina...
¡Toma!... ¡CANALLA!


Pero un centurión agarra el brazo del soldado en el momento en que la jabalina va a partir y el arma cae.
¡Es inútil! Ya no puede escapar. Yo me encargo...
Espada en mano, el oficial se adelanta. Un silencio mortal, interrumpido solamente por el ruido de sus pasos, se apodera del tumulto.
Cuando se acerca al joven esclavo, el romano le coge brutalmente por los cabellos.
¡Querías huir!... ¡Pero no se mata impunemente a un general! ¡Perro!
La piedra únicamente ha aturdido a Marsala, que ya reclama a su agresor.
El general está vivo... ¡Quiere castigar al culpable!... Traedle.
La orden se transmite inmediatamente al centurión.
¡Está bien, llevadle, pero deprisa!
¡Vamos!... ¡Corre!... ¡Y rápido!... ¿Tenías prisa en atacar a nuestro general, eh?
Loco de rabia, Marsala aún se estremece con la idea de que una piedra habría podido acabar con su destino.
Pronto el joven esclavo es llevado delante del general donde, de un brutal empujón, es tirado al suelo.
¿Cuál es tu nombre?... ¿Y cómo estás todavía con vida?... ¿Dónde te habías escondido?
Me llamo Alix... Estaba escondido en las bodegas del palacio de Sargón... ¡Yo no quería matarte!
¡Alix! ¡Es un nombre galo!... ¡Qué extraño!... Si estabas en el palacio de Sargón, debes saber dónde se encuentra el famoso tesoro...
Condúceme a ese escondite enseguida... ¡Pero ten cuidado, no intentes huir, o estás muerto!...
En ese mismo instante un jinete cabalga a todo galope hacia Khorsabad. Inquieto, se gira a menudo para ver si alguien le sigue.
Por fin, divisa la ciudad. Como si estuviera impaciente por ponerse a cubierto, apresura aún más a su montura...
...después pasa rápidamente la gran puerta de la muralla, para sorpresa de los centinelas que lo reconocen como un romano.
¿Dónde está el general?... Tengo un mensaje urgente que transmitirle.

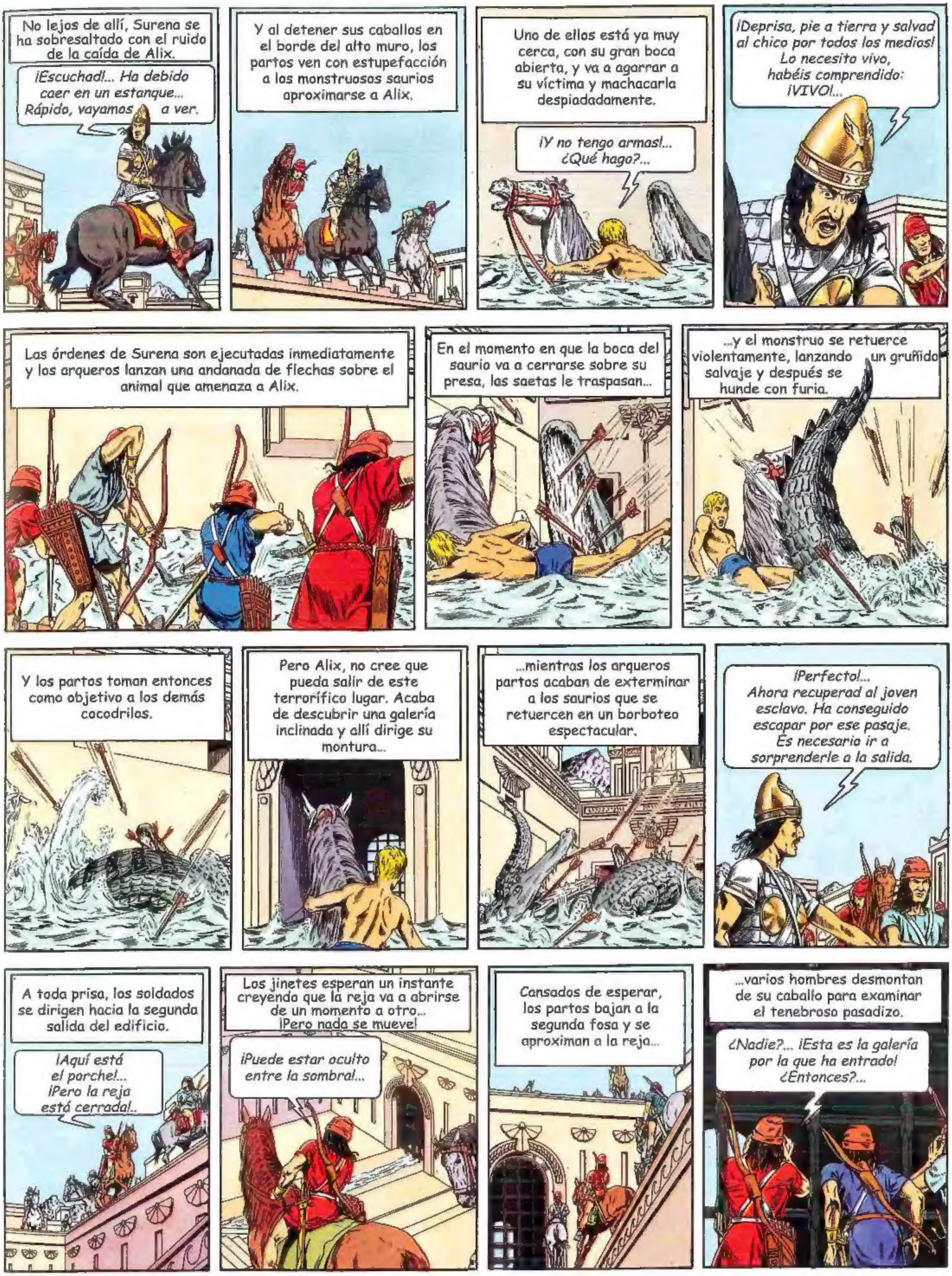
El jinete desmonta e interpela a un soldado:
¡Condúceme hasta el general; es urgente!
En las bodegas del palacio, Marsala descubre las fantásticas riquezas de Sargón.
Y, a la luz de las antorchas, los soldados contemplan a su jefe que se entrega a la codicia sin contenerse.
Mil gracias a los dioses de la guerra y de la fortuna. Estoy colmado. ¡Soy inmensamente rico!
Pero un oficial interrumpe este soliloquio... Sorprendido, el general se vuelve y...
Hay un centurión del ejército de Craso que tiene un mensaje para ti.
La situación es grave. El triunviro Craso ha sido asesinado durante una entrevista con el rey de los partos, Herodes. Éste ha hecho colar oro en su boca exclamando: "¡Satisfaz tu avidez de este metal!".
Entonces, privado de su jefe, el ejército central se ha batido en retirada y ha sido exterminado cerca de Antioquía. Los supervivientes escapan hacia el Norte... La única oportunidad que te queda de escapar de los partos es hacer lo mismo, sin tardanza.
Marsala se estremece. Sabe lo que le espera en caso de derrota. ¿Caer en la trampa?... Todavía no. El consejo es bueno ya que en la montaña la caballería parta será menos peligrosa.
¡Soldados! Dejemos esta ciudad por el Puente-Euxino. Llevaos todos los tesoros que podáis e incendiad el palacio.
Alix, que ha oído todo, intenta eludir la vigilancia de Marsala... ¡Pero es demasiado tarde!
Atad a este joven granuja a una columna. Ya morirá en el incendio.
Inmediatamente, algunos legionarios rasgan una cortina y atan a Alix, que se ve perdido.
Pronto, mientras que el fuego crepitante se ceba con los revestimientos de madera y tela, los últimos romanos abandonan precipitadamente la sala.
Nerviosos por las malas noticias y el fuego que las confirma, los hombres enloquecen por salir de palacio.
Entorpecidos por las valiosas vasijas y presionados por los oficiales, corren como pueden... Las primeras cohortes ya salen de la ciudad.
Alix, queda solo y ve con horror como las llamas le rodean... ¡Intenta desesperadamente liberarse, pero las ligaduras son sólidas!...

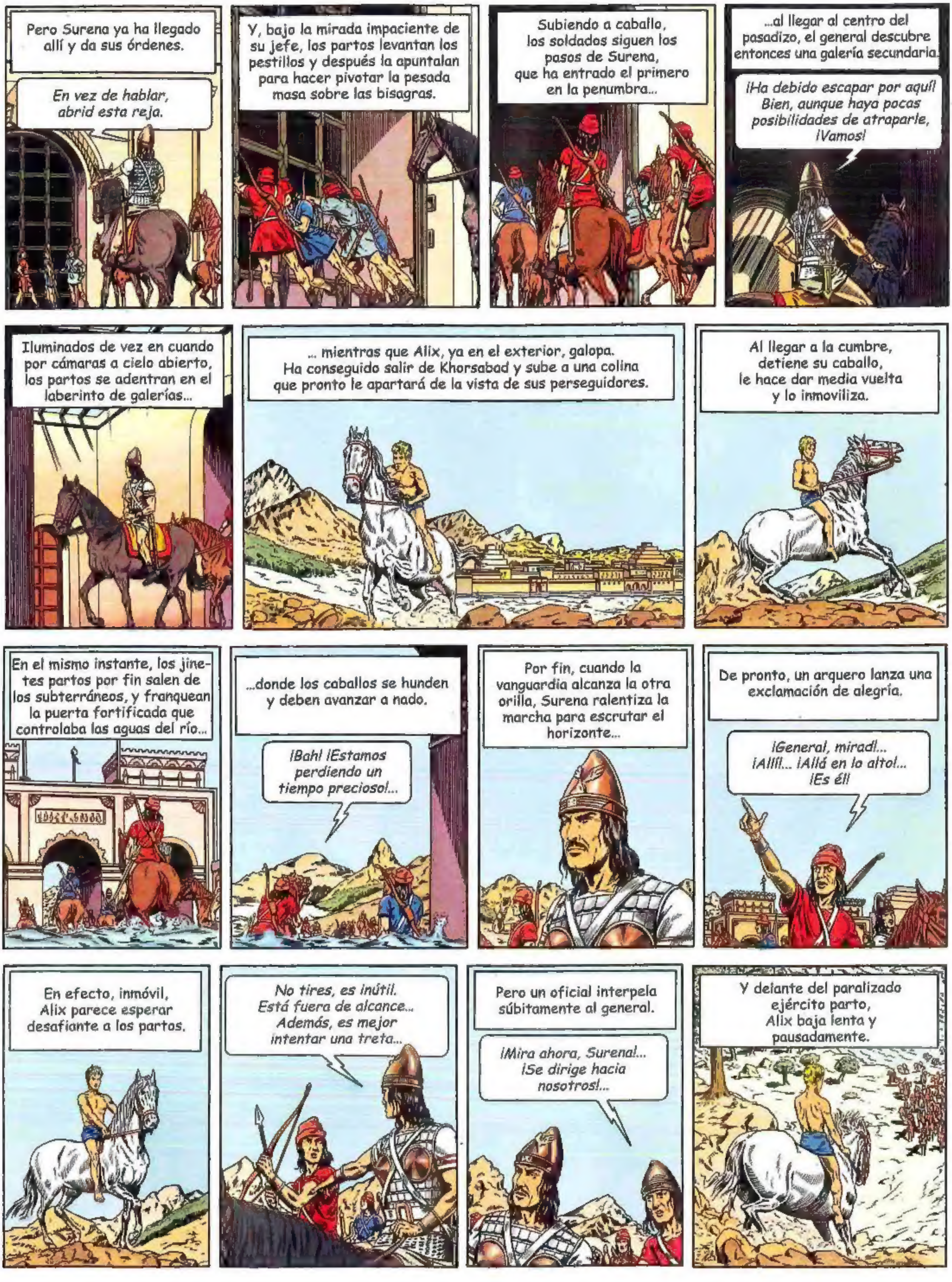

De repente, el fuego redobla su intensidad y las llamas alcanzan la columna, quemando las ataduras.
Tirando con todas sus fuerzas, el joven hace ceder las correas y se libera rápidamente... Justo a tiempo...
...porque el calor se ha vuelto insoportable y el incendio ruge al máximo.
¡Ojalá que aún pueda alcanzar el porche!... ¡No veo nada!
Sorteando los obstáculos, medio asfixiado por el humo, Alix consigue salir por fin del palacio.
Extenuado, se toma unos instantes de reposo; ¡aunque el peligro no ha acabado todavía!
¡La ciudad está desier-tal... ¡Desconfiemos!
Avanza entonces prudentemente a través de las silenciosas calles, observando el menor rincón... ¡Pero no hay nadie!
Intranquilo, el muchacho se sienta al pie de una escalera derruida y medita.
¿Me voy?... ¿Pero adónde?... No conozco la región. ¡Me perdería!...
Mientras, las sombras se alargan y el sol desaparece tras las montañas que cubren la retirada de los romanos.
Rendido, Alix no tarda en dormirse, envuelto en una cortina rasgada mientras el calor del día da paso a un suave frescor.
Al alba, extraños jinetes exploran el lugar desde lo alto de una colina. Surena, el general parto, contempla Khorsabad con una expresión de odio y menosprecio.
Un solo golpe de vista le hace comprender que ha llegado demasiado tarde: los romanos se han ido... Entonces se vuelve hacia sus hombres.
¡Adelante! Hay que descubrir la ruta que ha seguido el enemigo.
Algunos instantes más tarde irrumpen en la ciudad.
Un puñado de oro a quien encuentre algún indicio del camino tomado por los romanos.
Los fogosos jinetes lanzan enseguida sus monturas por la ciudad desierta...
...cuando bruscamente uno de ellos detiene su caballo.
¡Mirad... Allí!... ¡Un hombre dormido!


El parto da media vuelta, observa durante un instante el hueco donde ha visto moverse una forma humana y lanza su caballo.
Dando un grito, llega al galope hasta el hombre dormido, le agarra del brazo y le arrastra en una loca carrera.
Pronto, desembocan en una gran plaza donde se encuentra el grueso del ejército parto.
Y el jinete detiene su montura y proyecta violentamente a Alix hacia delante... y está a punto de caer pero consigue...
...detenerse frente a un personaje inmóvil que parece ser el jefe.
¿Quién eres?... ¿Qué haces aquí?... ¿Por qué estás solo?...
Y bien... ¡Responde!... ¿Dime por qué los romanos te han perdonado la vida?... ¡Vamos!... ¿Estás mudo?...
Alix se apresura entonces a contar su aventura, sin omitir ningún detalle. Los partos le escuchan con interés...
Pero la cara del general permanece dura e impasible. Una vez acabada la historia, el joven espera con inquietud que éste se pronuncie sobre su suerte... Esto dura un rato...
... luego, bruscamente Surena se relaja y parece más afable.
¡Te creo! O por lo menos, te concedo el beneficio de la duda.
Que le den un caballo a este muchacho, y que vaya donde buenamente le parezca. Es una orden.
Poco después Alix sube a una montura que ha traído un soldado.
A partir de ahora la bestia es tuya.
Lentamente Alix se aleja. Se muere de ganas por abandonar este lugar cuanto antes pero no osa acelerar el paso, sintiendo fijas sobre él las miradas enigmáticas de los soldados partos.
Pero Surena hace una señal a un guerrero para que se aproxime y le murmura algunas palabras al oído. Inmediatamente el soldado se inclina y después se aparta.
Avanza algunos pasos, coge una flecha, eleva su arco hacia la dirección de Alix y apunta cuidadosamente.



El arquero tensa pausadamente... suelta la cuerda y la flecha sale silbando.
Roza la cabeza de Alix, que no puede reprimir un grito de estupor...
Enseguida lanza su caballo hacia delante para intentar escapar a los proyectiles que van a seguir.
¡No!... Dejadle. Si me ha mentido, intentará reunirse con el ejército romano y entonces nos pondrá tras la pista del enemigo.
¡Excelente idea, general!... Por temor, este esclavo puede conducirnos a la victoria.
¡En efecto!... Así que a caballo y sigámosle a distancia.
Alcanzando las plataformas de las murallas, Alix se vuelve un instante y constata que nadie le sigue.
Sorprendido, aunque algo más tranquilo, continua su camino sin bajar la marcha...
...cuando, bruscamente, su caballo se pone nervioso, se encabrita y tropieza.
De un golpe de vista el joven mide el peligro: precipita su montura hacia el vacío y el animal intenta saltar furiosamente. ¡Pero es inútil!...
La otra orilla está muy lejos: caballo y jinete caen a las oscuras aguas de un estanque.
De un violento golpe de cintura, Alix consigue apartarse de la montura y caer de cabeza.
Tan pronto como sale a la superficie, busca a su caballo que relincha de manera inquietante.
¿Dónde estoy? ¿Qué es esta balsa?...
En algunas brazadas, alcanza al animal que parece preso del pánico.
¡Aaah!... ¡Es el estanque de los cocodrilos!...
Profiriendo roncos gruñidos, que retumban contra las paredes de la fosa, los enormes saurios, destinados a los juegos sanguinarios de los Sátrapas, se apresuran hacia estas presas inesperadas.
Abrazado a su montura, Alix lanza una mirada desesperada entorno a él.
¡Nada!... ¡Nada!... Y estos monstruos que vienen...

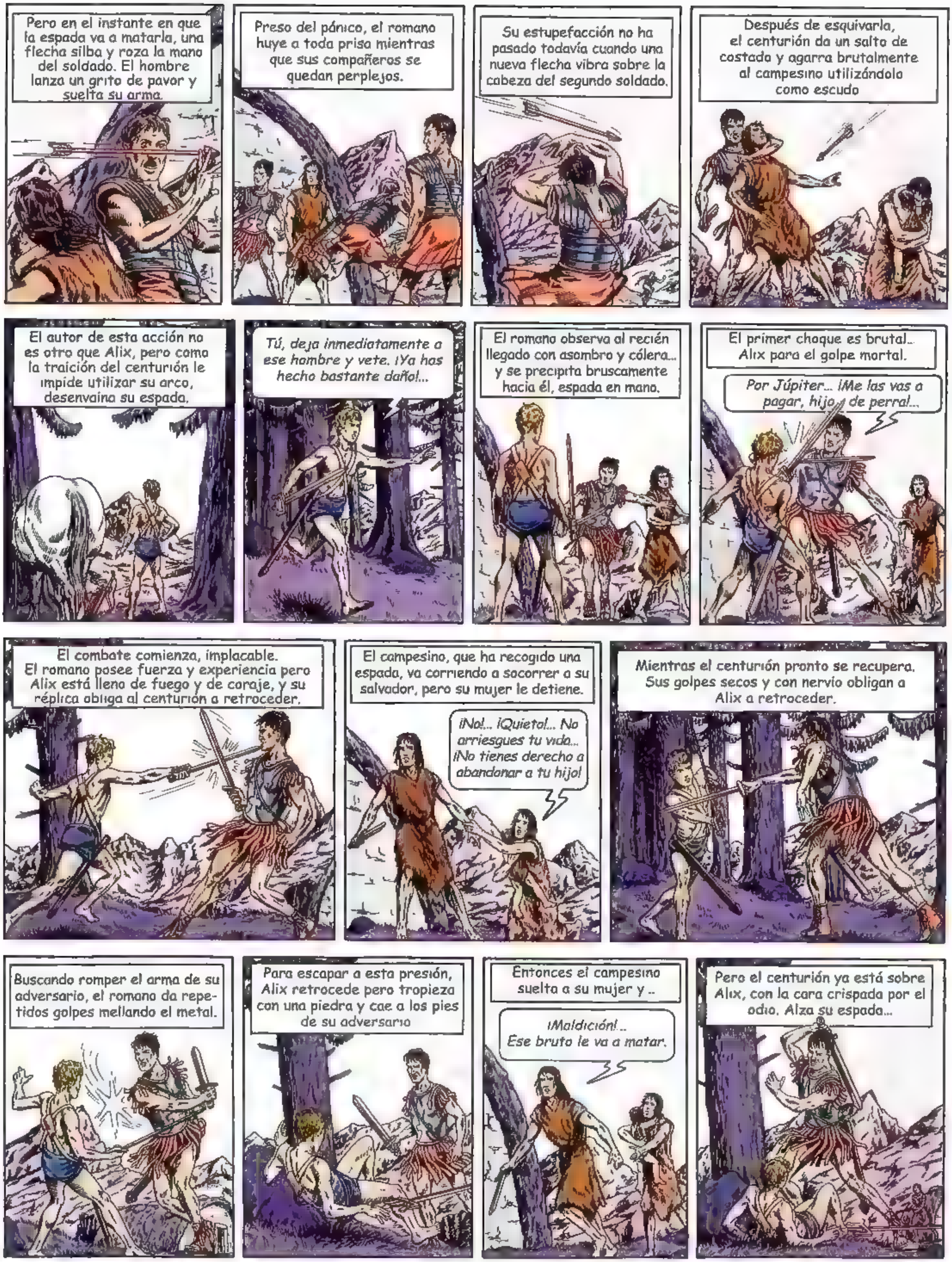

No lejos de allí, Surena se ha sobresaltado con el ruido de la caída de Alix.
¡Escuchad!... Ha debido caer en un estanque... Rápido, vayamos a ver.
Y al detener sus caballos en el borde del alto muro, los partos ven con estupefacción a los monstruosos saurios aproximarse a Alix.
Uno de ellos está ya muy cerca, con su gran boca abierta, y va a agarrar a su víctima y machacarla despiadadamente.
¡Y no tengo armas!... ¿Qué hago?...
¡Deprisa, pie a tierra y salvad al chico por todos los medios! Lo necesito vivo, habéis comprendido: ¡VIVO!...
Las órdenes de Surena son ejecutadas inmediatamente y los arqueros lanzan una andanada de flechas sobre el animal que amenaza a Alix.
En el momento en que la boca del saurio va a cerrarse sobre su presa, las saetas le traspasan...
...y el monstruo se retuerce violentamente, lanzando un gruñido salvaje y después se hunde con furia.
Y los partos toman entonces como objetivo a los demás cocodrilos.
Pero Alix, no cree que pueda salir de este terrorífico lugar. Acaba de descubrir una galería inclinada y allí dirige su montura...
...mientras los arqueros partos acaban de exterminar a los saurios que se retuercen en un borboteo espectacular.
¡Perfecto!... Ahora recuperad al joven esclavo. Ha conseguido escapar por ese pasaje. Es necesario ir a sorprenderle a la salida.
A toda prisa, los soldados se dirigen hacia la segunda salida del edificio.
¡Aquí está el porche!... ¡Pero la reja está cerrada!..
Los jinetes esperan un instante creyendo que la reja va a abrirse de un momento a otro... ¡Pero nada se mueve!
¡Puede estar oculto entre la sombra!...
Cansados de esperar, los partos bajan a la segunda fosa y se aproximan a la reja...
...varios hombres desmontan de su caballo para examinar el tenebroso pasadizo.
¿Nadie?... ¡Esta es la galería por la que ha entrado! ¿Entonces?...



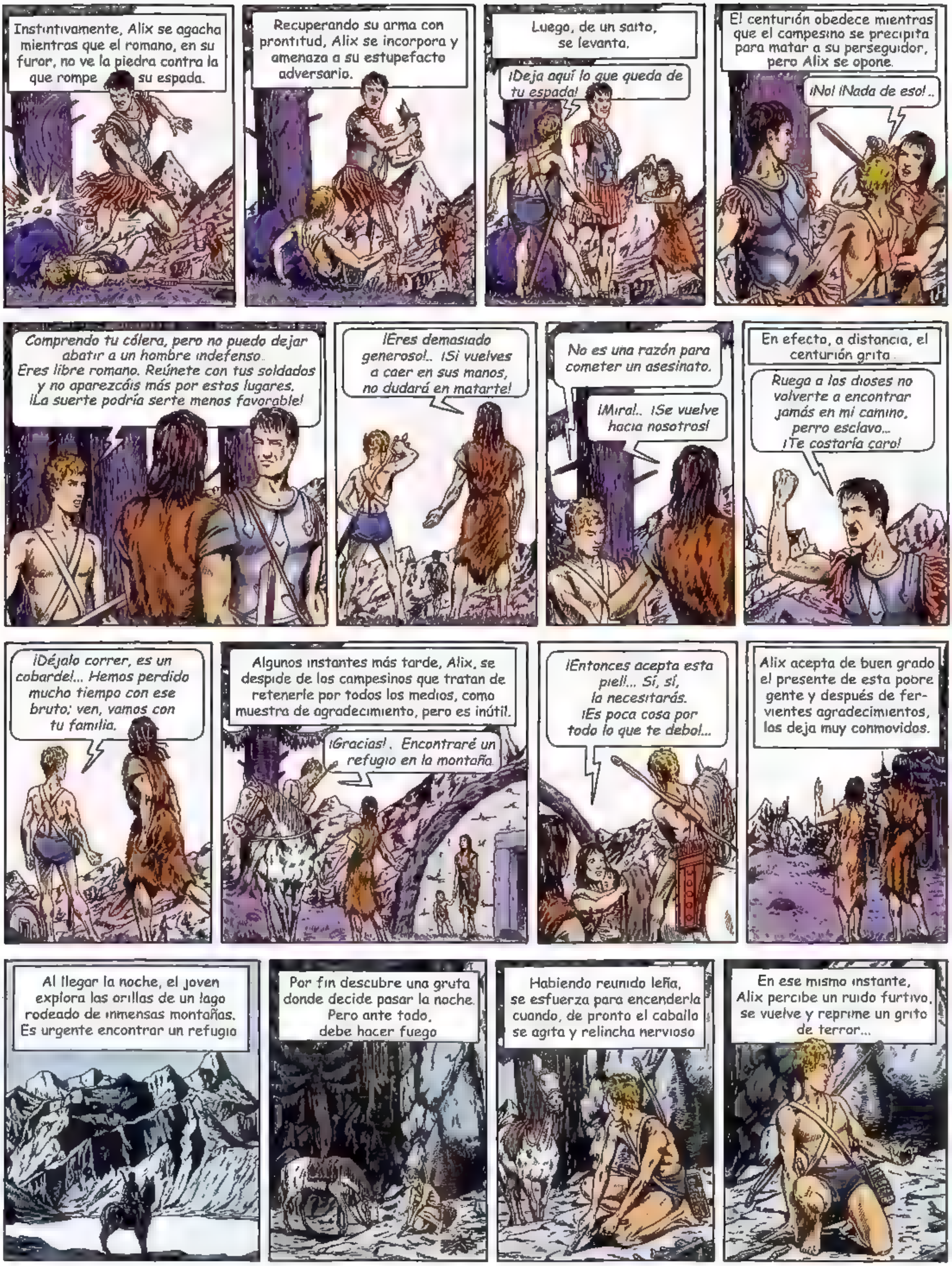
Pero Surena ya ha llegado allí y da sus órdenes.
En vez de hablar, abrid esta reja.
Y, bajo la mirada impaciente de su jefe, los partos levantan los pestillos y después la apuntalan para hacer pivotar la pesada masa sobre las bisagras.
Subiendo a caballo, los soldados siguen los pasos de Surena, que ha entrado el primero en la penumbra...
...al llegar al centro del pasadizo, el general descubre entonces una galería secundaria.
¡Ha debido escapar por aquí! Bien, aunque haya pocas posibilidades de atraparle, ¡Vamos!
Iluminados de vez en cuando por cámaras a cielo abierto, los partos se adentran en el laberinto de galerías...
... mientras que Alix, ya en el exterior, galopa. Ha conseguido salir de Khorsabad y sube a una colina que pronto le apartará de la vista de sus perseguidores.
Al llegar a la cumbre, detiene su caballo, le hace dar media vuelta y lo inmoviliza.
En el mismo instante, los jinetes partos por fin salen de los subterráneos, y franquean la puerta fortificada que controlaba las aguas del río...
...donde los caballos se hunden y deben avanzar a nado.
¡Bah! ¡Estamos perdiendo un tiempo precioso!...
Por fin, cuando la vanguardia alcanza la otra orilla, Surena ralentiza la marcha para escrutar el horizonte...
De pronto, un arquero lanza una exclamación de alegría.
¡General, mirad!... ¡Allí!... ¡Allá en lo alto!... ¡Es él!
En efecto, inmóvil, Alix parece esperar desafiante a los partos.
No tires, es inútil. Está fuera de alcance... Además, es mejor intentar una treta...
Pero un oficial interpela súbitamente al general.
¡Mira ahora, Surena!... ¡Se dirige hacia nosotros!...
Y delante del paralizado ejército parto, Alix baja lenta y pausadamente.

Calmado y seguro, Alix se acerca a los partos. Al llegar a Surena se detiene y aguanta, sin desfallecer, la mirada del general.
¿Por qué no has huido cuando tenías la posibilidad?... ¿Qué motivo te impulsa a volver a nosotros?...
Tus soldados habrían podido matarme. No solamente no lo han hecho, sino que me han permitido escapar de los cocodrilos. Sólo querías asustarme...
Un momento, has creído que era un espía de los romanos y esperabas que te llevara hasta ellos. Pero ignoro la ruta seguida por tus enemigos... También he vuelto porque sin armas tengo pocas posibilidades de sobrevivir.
Descolocado, Surena guarda un momento de silencio, mirando fijamente a Alix, mientras su cara se transforma poco a poco hasta iluminarse con una sonrisa...
...se vuelve hacia sus soldados, hace aproximarse a uno de ellos y todo cambia con una orden:
¡Dadle armas a este muchacho! Las tiene bien merecidas.
Acepta este presente, sin duda te será muy útil. Ahora puedes acompañarnos si lo deseas... o bien irte si quieres.
Eres valiente. Me gusta la gente de tu temple y lamento haber desconfiado de ti... Ahora, vámonos.
Sigamos este valle. Aún tenemos una oportunidad de atrapar al ejército de Marsala antes de los montes de Van... ¡En marcha!
Dos días más tarde, los jinetes partos siguen remontando el valle rocoso, árido y seco. Alix recuerda con cierta añoranza las riberas fértiles del río que bañaba Khorsabad...
En cuanto a Surena, tiene dudas de continuar la caza de los romanos tan lejos...
De vez en cuando algunas piedras bajan rodando delante de los soldados.
¡Cuidado!... ¡Puede ser una trampa!...
No, mira, es un simple desprendimiento... En este tipo de rocalla debe ser bastante frecuente...
La tropa continúa la marcha pero los hombres están nerviosos y el mismo Alix se siente preso de la inquietud. La tensión aumenta...
...hasta que de repente Surena detiene su caballo y grita una breve orden.
¡ALTO!

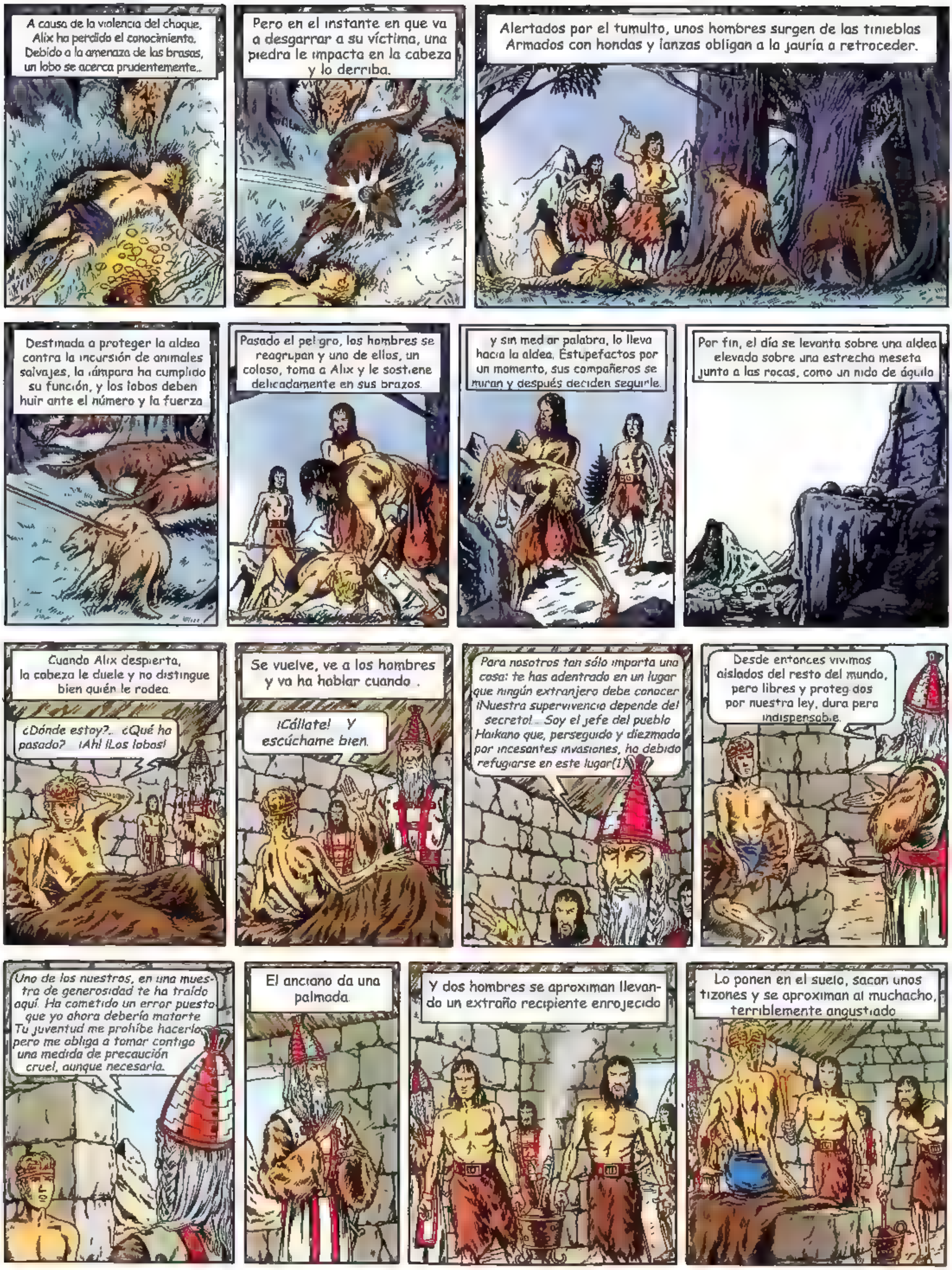
Un cuerpo está tendido, inerte, a pocos pasos de los jinetes presos de un estupor supersticioso.
¡NO AVANCÉIS!... Este cadáver en medio de nuestra ruta, es un mal presagio... No contrariemos a los dioses... Vamos a dar media vuelta.
General, ¿puedo dejarte aquí?... Este muerto no me da ningún miedo.
Como quieras!... Y que el dios Bel te proteja.
El límite de nuestro país bordea esta montaña... Más allá habitan los Sármatas, nuestros enemigos. Desconfía de ellos.
Y mientras Alix se aleja, Surena le hace un último gesto de adiós.
Pasando cerca del cadáver, Alix expresa un sentimiento de piedad, imaginando que se trata de una víctima de los romanos.
¡Extraño muchacho!... ¡Dudo de que jamás consiga encontrar su país! ¡Y este mal presagio ni siquiera le detiene!... ¡Bah! ¡Qué me importa después de todo!
Al caer la tarde, después de leguas y leguas, Alix busca un lugar donde pasar la noche.
No lejos de allí, tres rezagados del ejército romano irrumpen en una casa en ruinas y hacen salir brutalmente al campesino, a su mujer y al niño. El más joven, un centurión, vocifera:
¿Me vas a decir de una vez dónde has escondido los víveres?... Habla rápido... Tengo más de una manera de convertirte en un charlatán... ¡Vamos! ¡Mi paciencia tiene un límite!
¡Por desgracia no tengo nada para daros, soldados!... Acabamos de comer la última caza que nos quedaba. Si lo deseáis, iré a cazar para vosotros... ¡Pero no nos amenacéis más!... ¡Por piedad!
¡Mientes tunante!... Porcius, coge al niño y mátale si este canalla no nos dice inmediatamente dónde están guardadas sus reservas.
El romano se apodera del niño mientras el estupor paraliza a los campesinos.
Pero súbitamente la madre se abalanza, golpea al soldado en la cara y le arranca al niño de sus brazos.
¡Brutos!... ¡No tenéis ningún derecho!... ¡Mi niño!... ¡Estáis locos!... ¡Matadme a mí!.
Apretando a su hijo entre sus brazos, la mujer trata de huir pero el romano, ebrio de rabia, levanta su espada.
¡Maldita perra!... ¡Has osado pegarme! ¡TOMA!



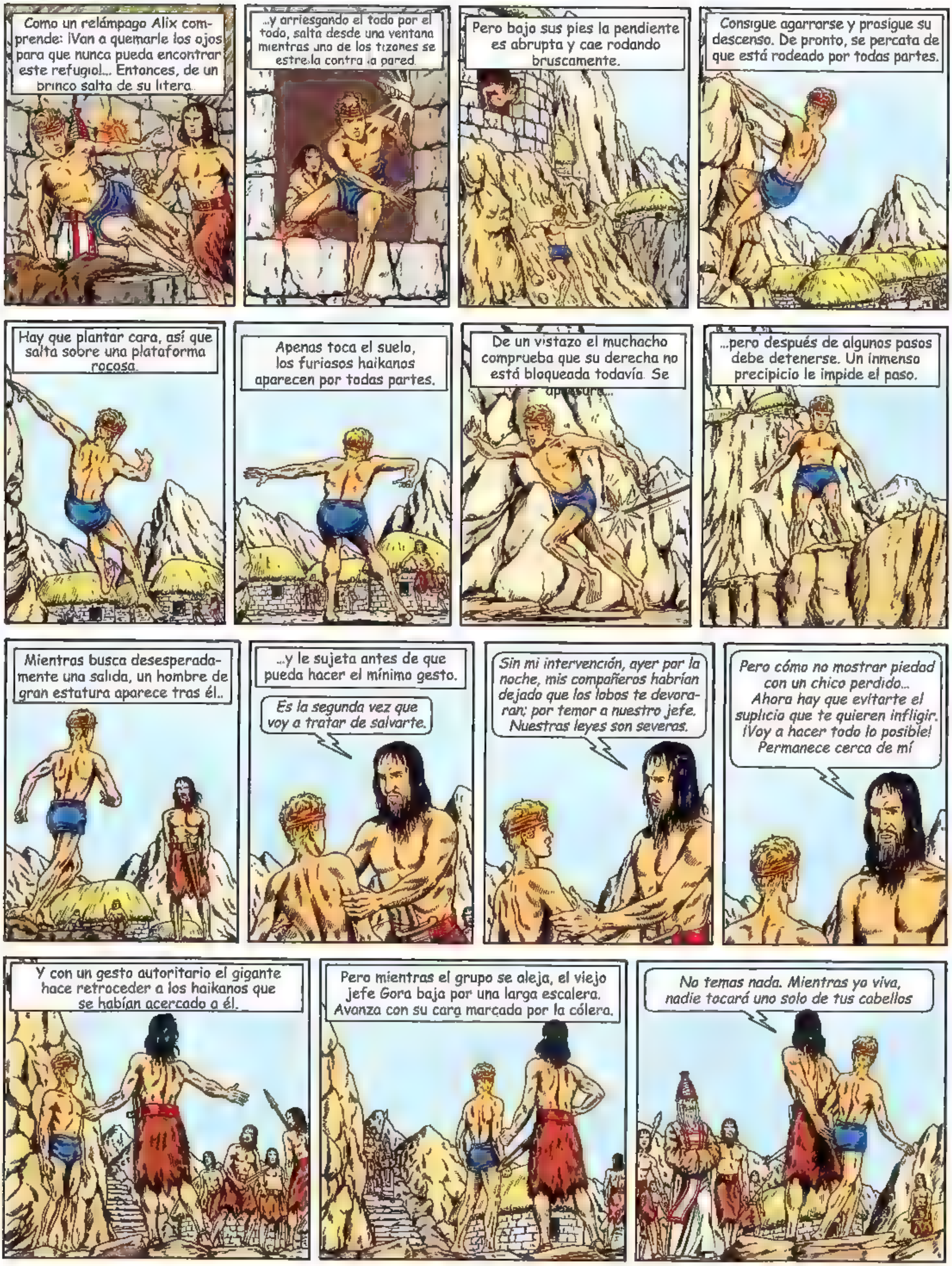
Pero en el instante en que la espada va a matarla, una flecha silba y roza la mano del soldado. El hombre lanza un grito de pavor y suelta su arma.
Preso del pánico, el romano huye a toda prisa mientras que sus compañeros se quedan perplejos.
Su estupefacción no ha pasado todavía cuando una nueva flecha vibra sobre la cabeza del segundo soldado.
Después de esquivarla, el centurión da un salto de costado y agarra brutalmente al campesino utilizándolo como escudo
El autor de esta acción no es otro que Alix, pero como la traición del centurión le impide utilizar su arco, desenvaina su espada.
Tú, deja inmediatamente a ese hombre y vete. ¡Ya has hecho bastante daño!...
El romano observa al recién llegado con asombro y cólera... y se precipita bruscamente hacia él, espada en mano.
El primer choque es brutal... Alix para el golpe mortal.
Por Júpiter... ¡Me las vas a pagar, hijo de perra!...
El combate comienza, implacable. El romano posee fuerza y experiencia pero Alix está lleno de fuego y de coraje, y su réplica obliga al centurión a retroceder.
El campesino, que ha recogido una espada, va corriendo a socorrer a su salvador, pero su mujer le detiene.
¡No!... ¡Quieto!... No arriesgues tu vida... ¡No tienes derecho a abandonar a tu hijo!
Mientras el centurión pronto se recupera. Sus golpes secos y con nervio obligan a Alix a retroceder.
Buscando romper el arma de su adversario, el romano da repetidos golpes mellando el metal.
Para escapar a esta presión, Alix retrocede pero tropieza con una piedra y cae a los pies de su adversario
Entonces el campesino suelta a su mujer y ..
¡Maldición!... Ese bruto le va a matar.
Pero el centurión ya está sobre Alix, con la cara crispada por el odio. Alza su espada...

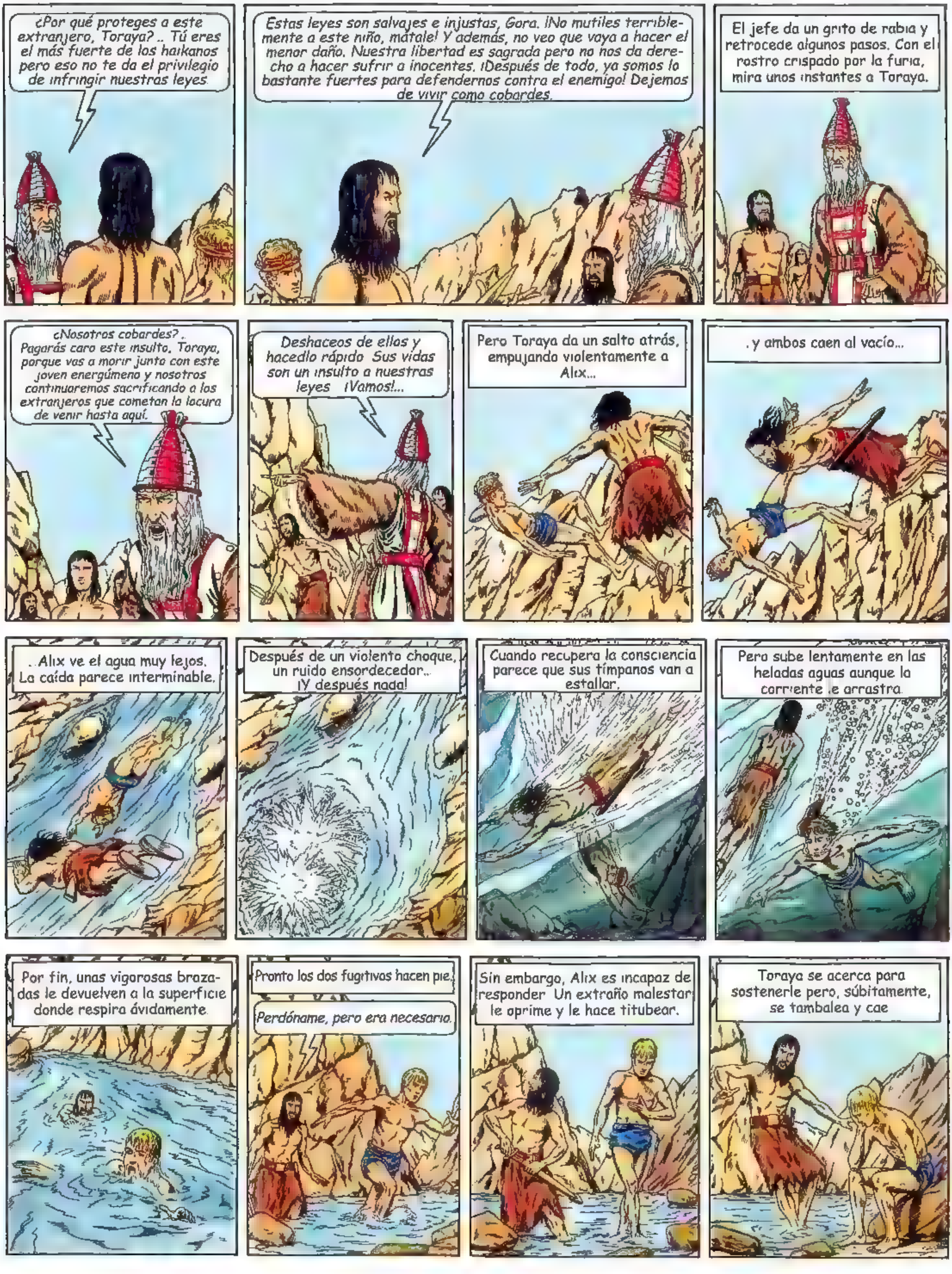

Instintivamente, Alix se agacha mientras que el romano, en su furor, no ve la piedra contra la que rompe su espada.
Recuperando su arma con prontitud, Alix se incorpora y amenaza a su estupefacto adversario.
Luego, de un salto, se levanta.
¡Deja aquí lo que queda de tu espada!
El centurión obedece mientras que el campesino se precipita para matar a su perseguidor, pero Alix se opone.
¡No! ¡Nada de eso!..
Comprendo tu cólera, pero no puedo dejar abatir a un hombre indefenso. Eres libre romano. Reúnete con tus soldados y no aparezcáis más por estos lugares. ¡La suerte podría serte menos favorable!
¡Eres demasiado generoso!.. ¡Si vuelves a caer en sus manos, no dudará en matarte!
No es una razón para cometer un asesinato.
¡Mira!.. ¡Se vuelve hacia nosotros!
En efecto, a distancia, el centurión grita.
Ruega a los dioses no volverte a encontrar jamás en mi camino, perro esclavo... ¡Te costaría caro!
¡Déjalo correr, es un cobarde!... Hemos perdido mucho tiempo con ese bruto; ven, vamos con tu familia.
Algunos instantes más tarde, Alix, se despide de los campesinos que tratan de retenerle por todos los medios, como muestra de agradecimiento, pero es inútil.
¡Gracias!. Encontraré un refugio en la montaña.
¡Entonces acepta esta piel!... Sí, sí, la necesitarás. ¡Es poca cosa por todo lo que te debo!...
Alix acepta de buen grado el presente de esta pobre gente y después de fervientes agradecimientos, los deja muy conmovidos.
Al llegar la noche, el joven explora las orillas de un lago rodeado de inmensas montañas. Es urgente encontrar un refugio
Por fin descubre una gruta donde decide pasar la noche. Pero ante todo, debe hacer fuego
Habiendo reunido leña, se esfuerza para encenderla cuando, de pronto el caballo se agita y relincha nervioso
En ese mismo instante, Alix percibe un ruido furtivo, se vuelve y reprime un grito de terror...

Un grupo de lobos está ahí, en la entrada de la gruta. Jadeantes observan los movimientos de Alix que se levanta muy lentamente.
Sacando su arco, el joven retrocede paso a paso mientras los lobos avanzan hacia él.
De repente, Alix se vuelve y se abalanza sobre su caballo que permanece allí, a pesar de su miedo.
Y, mientras de un salto magistral, el jinete sube a su montura, los lobos se enfurecen...
Abrigando la esperanza de ver distanciarse a la jauría, Alix lanza su caballo a las aguas del lago y bordea la orilla.
Pero las fieras no se dejan engañar tan fácilmente; Alix levanta entonces su arco, apunta, y abate primero a un lobo, y después a otro.
A pesar de las bajas sufridas, la jauría va ganando terreno, obligando a Alix, a acercarse a la orilla...
..y al hacerlo, los lobos le alcanzan. A corta distancia los golpea con su arco hasta que una feroz mandíbula lo atrapa al vuelo.
¡Qué fieras! ¡Mi espada!... ¡Rápido! .
Desenvaina y golpea a derecha e izquierda, rompiendo de golpe el ataque prodigioso de un gran lobo; después vuelve a empezar.
¡Pero la jauría no deja su acoso! Aunque frente a él hay un bosque. Alix se adentra inmediatamente, luchando con furia.
De repente, en el momento de abatir a una alimaña, su espada golpea violentamente un árbol y le salta de las manos...
En seguida el muchacho agarra el carcaj y la funda y hace un temible molinete mientras la jauría aúlla aún más
Instintivamente un resplandor le atrae. En efecto, suspendida en un árbol, una extraña luz ilumina el bosque.
Tratando de apoderarse de ella para alejar a los lobos, Alix tiende el brazo, la alcanza
pero su frente golpea violentamente una rama y lanza un grito terrible
¡AAAAH!

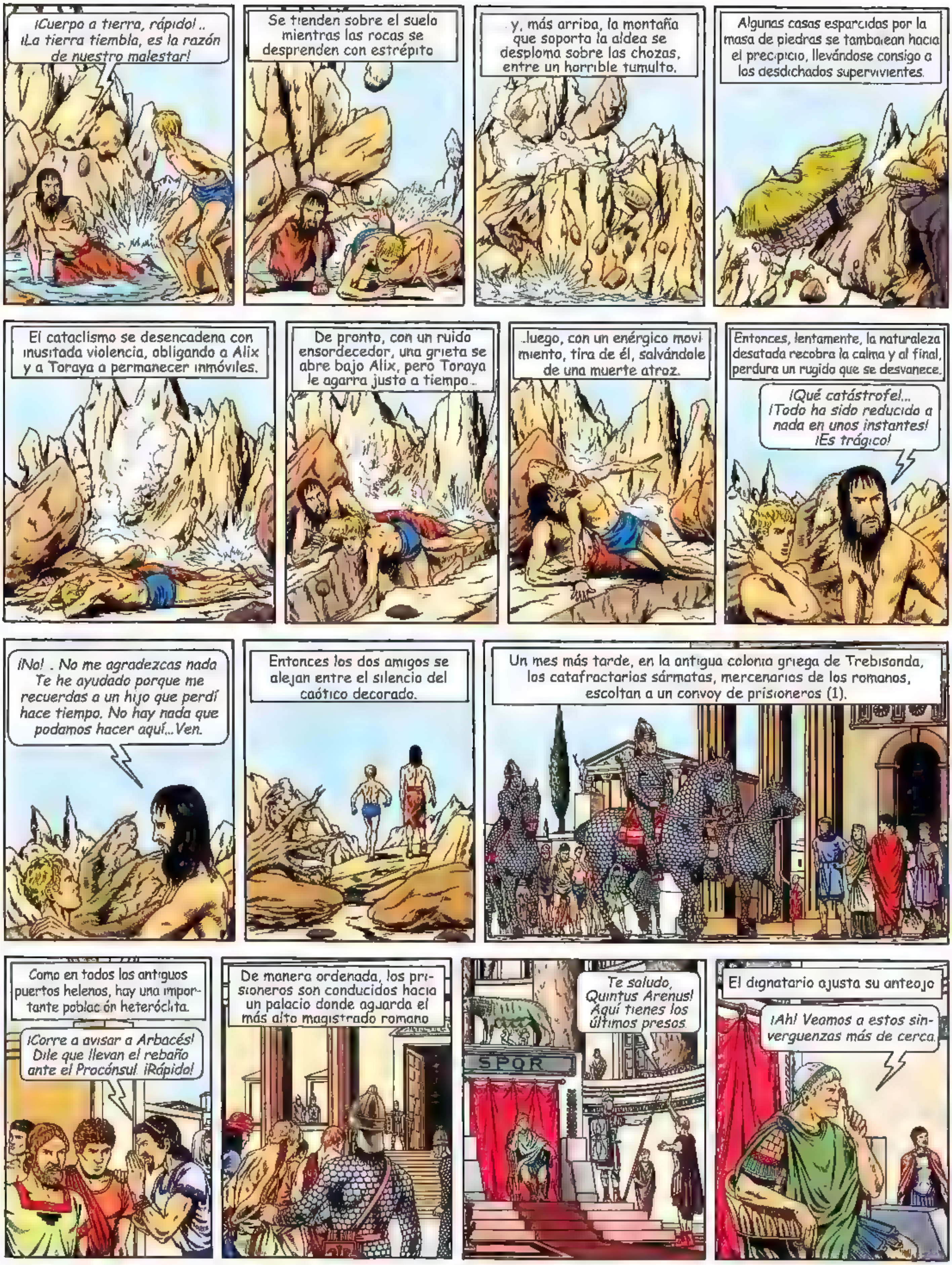



(1) La llamada nación Haikana es la precursora de la actual Armenia.


Como un relámpago Alix comprende: ¡Van a quemarle los ojos para que nunca pueda encontrar este refugio!... Entonces, de un brinco salta de su litera.
...y arriesgando el todo por el todo, salta desde una ventana mientras uno de los tizones se estrella contra la pared.
Pero bajo sus pies la pendiente es abrupta y cae rodando bruscamente.
Consigue agarrarse y prosigue su descenso. De pronto, se percata de que está rodeado por todas partes.
Hay que plantar cara, así que salta sobre una plataforma rocosa.
Apenas toca el suelo, los furiosos haikanos aparecen por todas partes.
De un vistazo el muchacho comprueba que su derecha no está bloqueada todavía. Se apresura...
...pero después de algunos pasos debe detenerse. Un inmenso precipicio le impide el paso.
Mientras busca desesperadamente una salida, un hombre de gran estatura aparece tras él..
...y le sujeta antes de que pueda hacer el mínimo gesto.
Es la segunda vez que voy a tratar de salvarte.
Sin mi intervención, ayer por la noche, mis compañeros habrían dejado que los lobos te devoraran; por temor a nuestro jefe. Nuestras leyes son severas.
Pero cómo no mostrar piedad con un chico perdido... Ahora hay que evitarte el suplicio que te quieren infligir. ¡Voy a hacer todo lo posible! Permanece cerca de mí
Y con un gesto autoritario el gigante hace retroceder a los haikanos que se habían acercado a él.
Pero mientras el grupo se aleja, el viejo jefe Gora baja por una larga escalera. Avanza con su cara marcada por la cólera.
No temas nada. Mientras yo viva, nadie tocará uno solo de tus cabellos



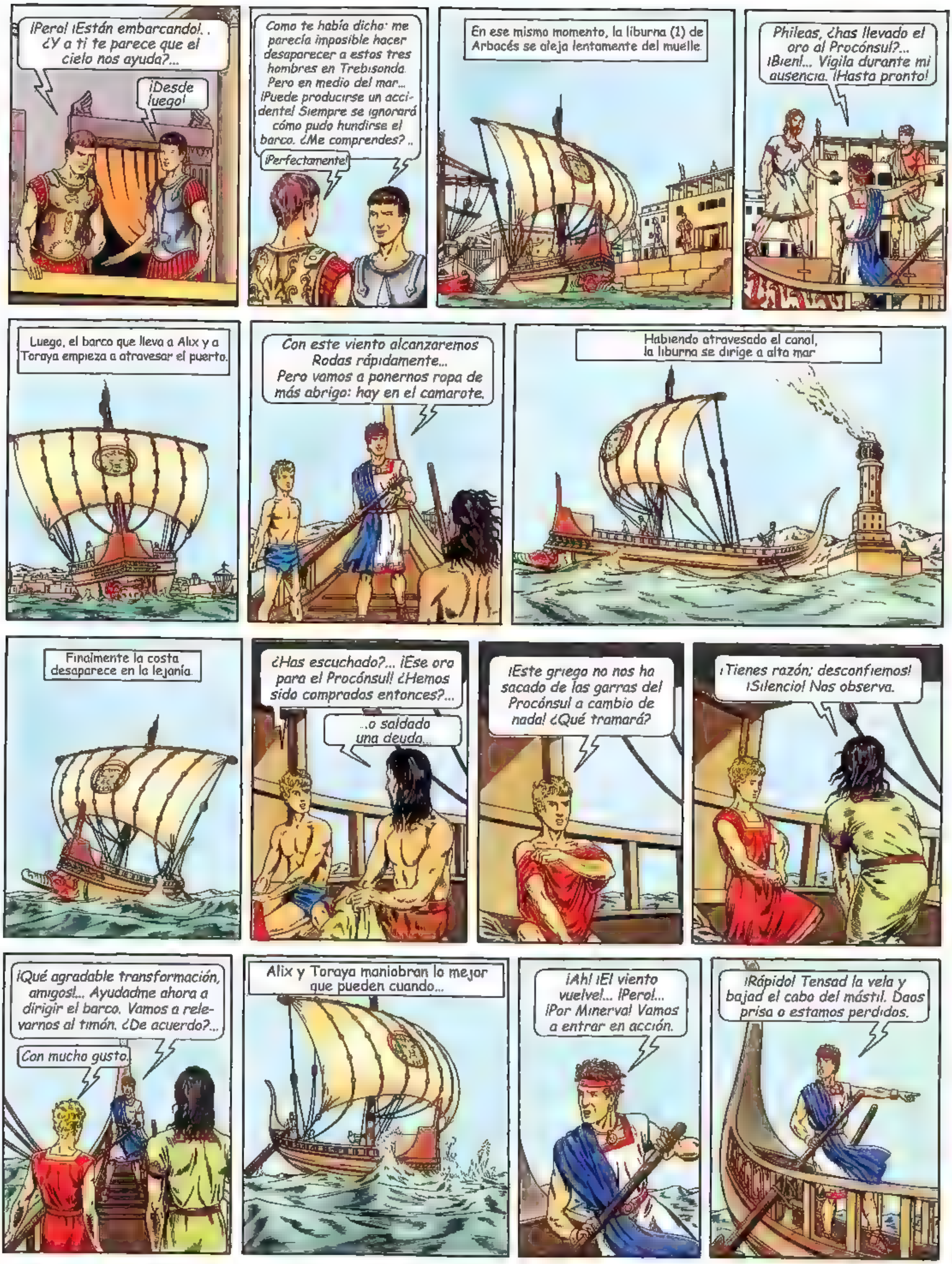
¿Por qué proteges a este extranjero, Toraya?.. Tú eres el más fuerte de los haikanos pero eso no te da el privilegio de infringir nuestras leyes.
Estas leyes son salvajes e injustas, Gora. ¡No mutiles terriblemente a este niño, mátale! Y además, no veo que vaya a hacer el menor daño. Nuestra libertad es sagrada pero no nos da derecho a hacer sufrir a inocentes. ¡Después de todo, ya somos lo bastante fuertes para defendernos contra el enemigo! Dejemos de vivir como cobardes.
El jefe da un grito de rabia y retrocede algunos pasos. Con el rostro crispado por la furia, mira unos instantes a Toraya.
¿Nosotros cobardes?.. Pagarás caro este insulto, Toraya, porque vas a morir junto con este joven energúmeno y nosotros continuaremos sacrificando a los extranjeros que cometan la locura de venir hasta aquí.
Deshaceos de ellos y hacedlo rápido. Sus vidas son un insulto a nuestras leyes. ¡Vamos!...
Pero Toraya da un salto atrás, empujando violentamente a Alix...
...y ambos caen al vacío...
...Alix ve el agua muy lejos. La caída parece interminable.
Después de un violento choque, un ruido ensordecedor.. ¡Y después nada!
Cuando recupera la consciencia parece que sus tímpanos van a estallar.
Pero sube lentamente en las heladas aguas aunque la corriente le arrastra.
Por fin, unas vigorosas brazadas le devuelven a la superficie donde respira ávidamente.
Pronto los dos fugitivos hacen pie.
Perdóname, pero era necesario.
Sin embargo, Alix es incapaz de responder. Un extraño malestar le oprime y le hace titubear.
Toraya se acerca para sostenerle pero, súbitamente, se tambalea y cae



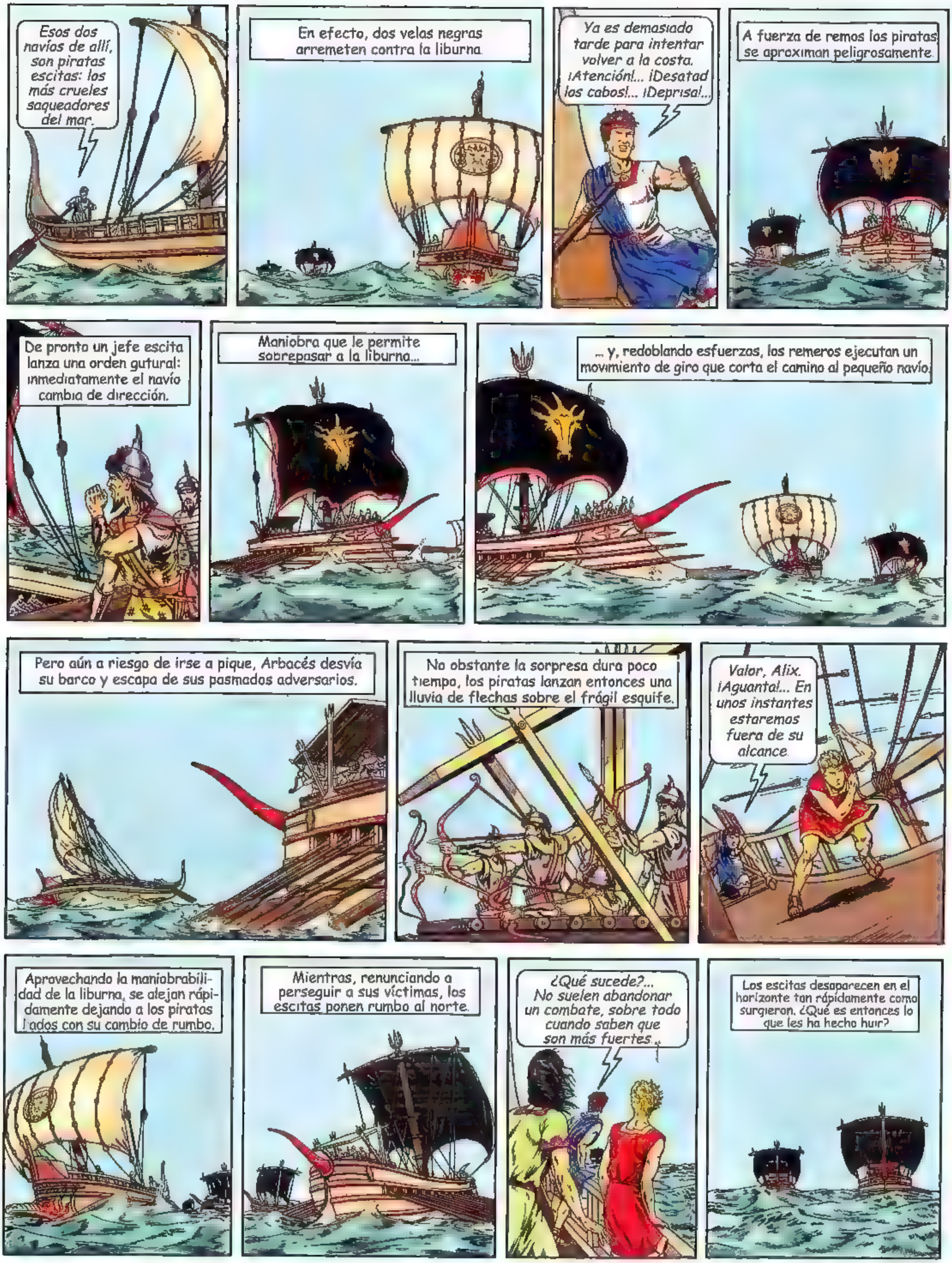

(1) La catafracta era la armadura con forma de escamas de los sármatas

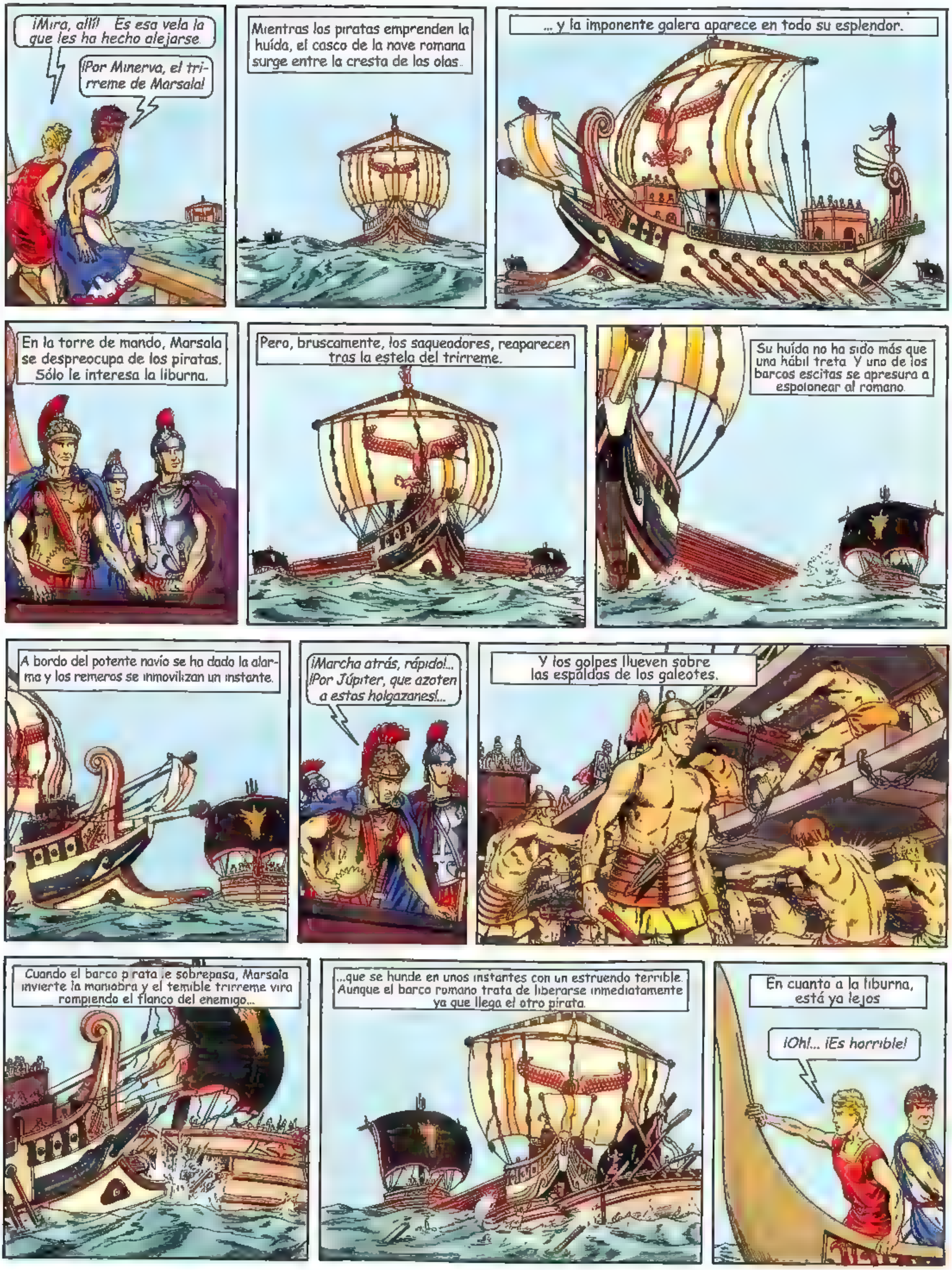
Un oficial sármata explica el caso de cada prisionero.
Estos dos son desertores del ejército del general Marsala
¡Pena de muerte!
Este negro, ha llegado aquí con los restos del ejército de Antioquía. Era galeote de un barco egipcio.
Que continúe remando para nuestros navíos.
A la entrada de la gran sala se presenta un curioso personaje.
¡Paso, amigos! ¡Paso!
Los soldados obedecen prestamente con atención.
Arbacés aprecia vuestra amabilidad. Adiós amigos.
El griego entra en la sala y observa a los prisioneros como experto, es el mercader más hábil y con menos escrúpulos de Trebisonda.
Al aparecer un centurión por un corredor.
¡Oh!.. ¡Qué sorpresa! ¡Salud al oficial más valiente del invencible ejército romano el de Marsala!
Sin responder el centurión, altivo, se dirige hacia el Procónsul. Un atisbo de despecho aparece entonces en la mirada del griego que sigue al oficial
El momento resulta embarazoso para Quintus Arenus
Estos dos erraban por el campo. No sabemos quiénes son ni de dónde vienen, he creído oportuno traértelos.
Al llegar a la altura de este grupo, el centurión queda estupefacto al reconocer a Alix. Enseguida, éste identifica al hombre contra el que se batió en la montaña.
Este individuo es un espía de los partos. Se encontraba en Khorsabad. El general Marsala te lo podrá confirmar. En su nombre, entrégamelo.
¡Vaya, Vaya! Y bien, jovencito, ¿qué contestas?..
¡Este hombre miente! Si hay que acusar a alguien debe ser a él, yo mismo le he visto atacar a campesinos indefensos.
Es tu turno Marcus, ¿qué respondes a esto?
Que únicamente debo responder de mis actos ante Marsala... y que estoy seguro de que él aprobará esto.
¡Inmediatamente el romano desenvaina su gladio y se lanza sobre el desdichado Alix!

Enseguida el griego hace una zancadilla a Marcus que pierde el equilibrio y cae
Y mientras Toraya se adelanta para proteger a Alix, el Procónsul se echa a reír.
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Arbacés, eres el hombre más rápido que existe!
Basta ya, Marcus, retírate... Debes saber que soy yo, y nadie más, quien manda aquí, así que ve decirle a tu jefe que le doy orden de reanudar el camino a Roma, a partir de mañana. Deberá rendir cuentas en el Senado de su retirada de Siria... ¡Vamos!
Sea, obedezco. ¡Pero lamento que un romano favorezca a unos extranjeros en detrimento de sus conciudadanos!... Arbacés, volveremos a vernos.
¡En cuanto a ti, ten cuidado de no cruzarte jamás en mi camino! Lo lamentarías.
Mientras Marcus se aleja, Arbacés se aproxima al Procónsul.
Excelencia, ¿autorizas al más devoto de tus servidores a tomar a este joven y a su amigo bajo mi protección? ¡Con las condiciones habituales, desde luego!
¡De acuerdo, a cambio de un muchacho joven! Pero no olvides tu promesa, Arbacés.
¡No temas! Esta misma noche uno de mis esclavos vendrá a traerte lo que deseas. Hasta la vista Quintus Arenus.
Mientras los prisioneros continúan desfilando ante el Procónsul, Arbacés conduce a Alix y a Toraya hacia la salida del palacio, donde ellos esperan encontrar la libertad
La mañana siguiente, en una terraza, el general Marsala y Marcus discuten sobre la conducta a adoptar
¡Deshacerse de esos tres estorbos aquí, sería imprudente!.. ¡Sin embargo hay que hacerlo!
¡Más aún cuando ese Alix podría proporcionar detalles sobre nuestra retirada de los enemigos de Roma!.. Estarían encantados.
Mientras habla, Marcus se apoya sobre la balaustrada.
En cuanto a Arbacés, éste cuenta con utilizar a esos dos hombres para perjudicarnos.
¡Oh! ¿Qué?... El cielo viene en nuestra ayuda... ¡Ven deprisa a ver esto, general!




(1) Antigua embarcación ligera que toma su nombre de la provincia dálmata de Liburnia.

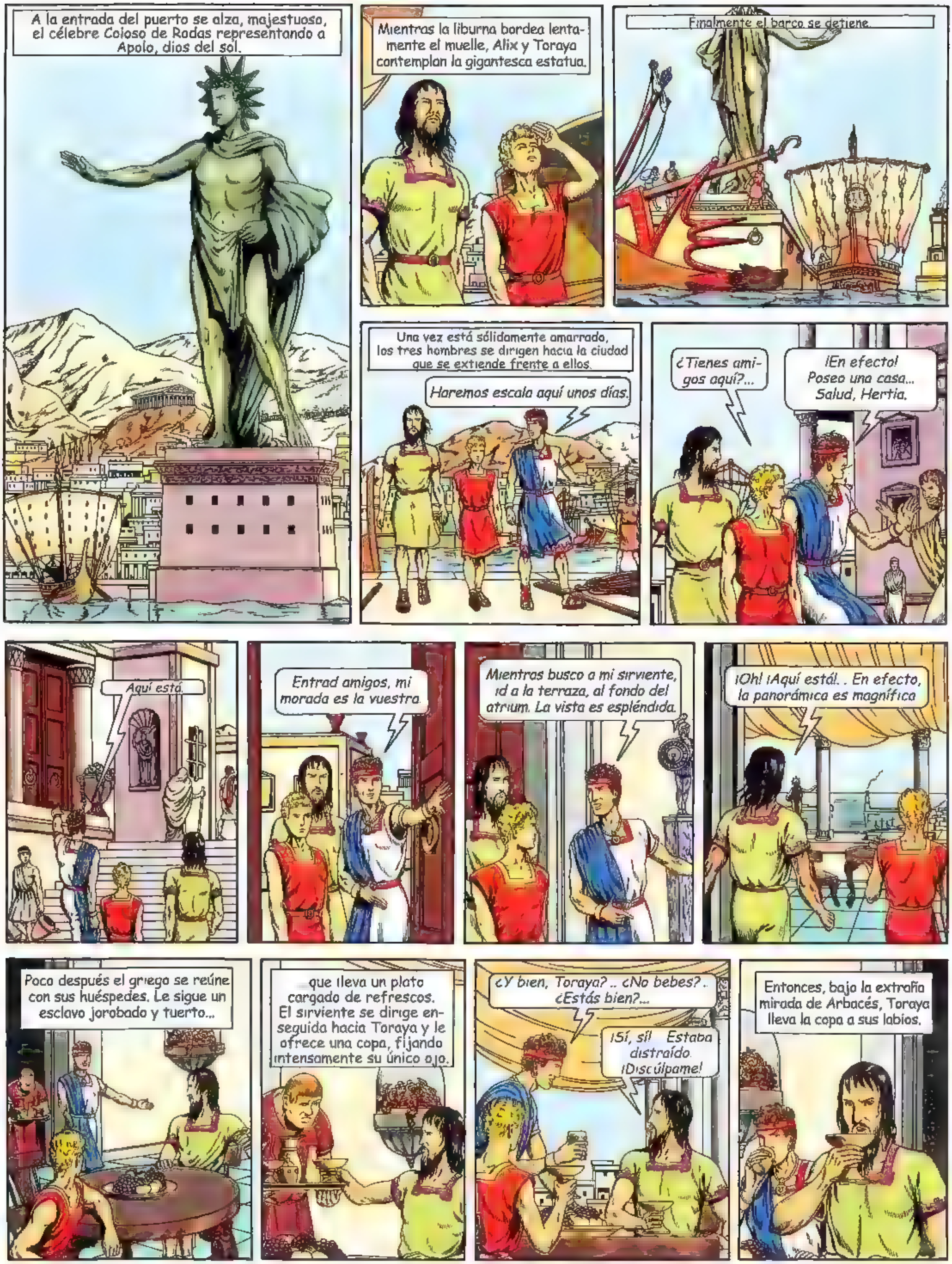

Esos dos navíos de allí, son piratas escitas: los más crueles saqueadores del mar.
En efecto, dos velas negras arremeten contra la liburna.
Ya es demasiado tarde para intentar volver a la costa. ¡Atención!... ¡Desatad los cabos!... ¡Deprisa!...
A fuerza de remos los piratas se aproximan peligrosamente.
De pronto un jefe escita lanza una orden gutural: inmediatamente el navío cambia de dirección.
Maniobra que le permite sobrepasar a la liburna...
... y, redoblando esfuerzos, los remeros ejecutan un movimiento de giro que corta el camino al pequeño navío.
Pero aún a riesgo de irse a pique, Arbacés desvía su barco y escapa de sus pasmados adversarios.
No obstante la sorpresa dura poco tiempo, los piratas lanzan entonces una lluvia de flechas sobre el frágil esquife.
Valor, Alix. ¡Aguanta!... En unos instantes estaremos fuera de su alcance.
Aprovechando la maniobrabilidad de la liburna, se alejan rápidamente dejando a los piratas liados con su cambio de rumbo.
Mientras, renunciando a perseguir a sus víctimas, los escitas ponen rumbo al norte.
¿Qué sucede?... No suelen abandonar un combate, sobre todo cuando saben que son más fuertes...
Los escitas desaparecen en el horizonte tan rápidamente como surgieron. ¿Qué es entonces lo que les ha hecho huir?


¡Mira, allí! Es esa vela la que les ha hecho alejarse.
¡Por Minerva, el trirreme de Marsala!
Mientras los piratas emprenden la huída, el casco de la nave romana surge entre la cresta de las olas.
... y la imponente galera aparece en todo su esplendor.
En la torre de mando, Marsala se despreocupa de los piratas. Sólo le interesa la liburna.
Pero, bruscamente, los saqueadores, reaparecen tras la estela del trirreme.
Su huída no ha sido más que una hábil treta. Y uno de los barcos escitas se apresura a espolonear al romano.
A bordo del potente navío se ha dado la alarma y los remeros se inmovilizan un instante.
¡Marcha atrás, rápido!... ¡Por Júpiter, que azoten a estos holgazanes!...
Y los golpes llueven sobre las espaldas de los galeotes.
Cuando el barco pirata le sobrepasa, Marsala invierte la maniobra y el temible trirreme vira rompiendo el flanco del enemigo...
...que se hunde en unos instantes con un estruendo terrible. Aunque el barco romano trata de liberarse inmediatamente ya que llega el otro pirata.
En cuanto a la liburna, está ya lejos
¡Oh!... ¡Es horrible!

(1) El Mar Negro.

¡Te he asustado! ¡Perdóname!... Quería avisarte para que admiraras el amanecer.
¡Gracias, ya voy! Alix, continúa durmiendo: debes estar rendido por el cansancio.
¡No! Prefiero acompañarte. Ahora voy.
¡Verdaderamente es muy bello! Pero, ¿qué paisaje es este?
El Hellespontium (1).
En el momento de salir del camarote, Alix descubre un puñal clavado en el suelo.
Al momento le asaltan las sospechas. ¡El arma no estaba en ese lugar la noche pasada!... Entonces, ¿quién la ha puesto ahí?...
¿Este puñal es tuyo, Toraya?... Estaba a los pies de tu capa.
No! No tengo ningún arma: lo sabes bien.
Entonces, ¿es tuyo, Arbacés?...
¡No! ¡En absoluto!
Y bien, puesto que no pertenece a nadie: ¡al mar!
¡Jamás debe uno deshacerse de un arma: nunca se sabe! Pero olvidemos este pequeño incidente y sobre todo mantengamos el buen humor, ¿no os parece?...
Desde ahora dormiremos por turnos, Alix, ya que sospecho que el griego quería apuñalarnos a uno de los dos. ¡Estemos alerta!
En efecto, será necesario vigilar.
El tiempo pasa. Alix y Toraya viven en una atmósfera de desconfianza y angustia.
Por fin, unos días más tarde, la pequeña embarcación tiene a la vista una de las más bellas islas del Mediterráneo: Rodas.
De pronto, Alix grita:
¡Toraya, mira!...

(1) El Bósforo.

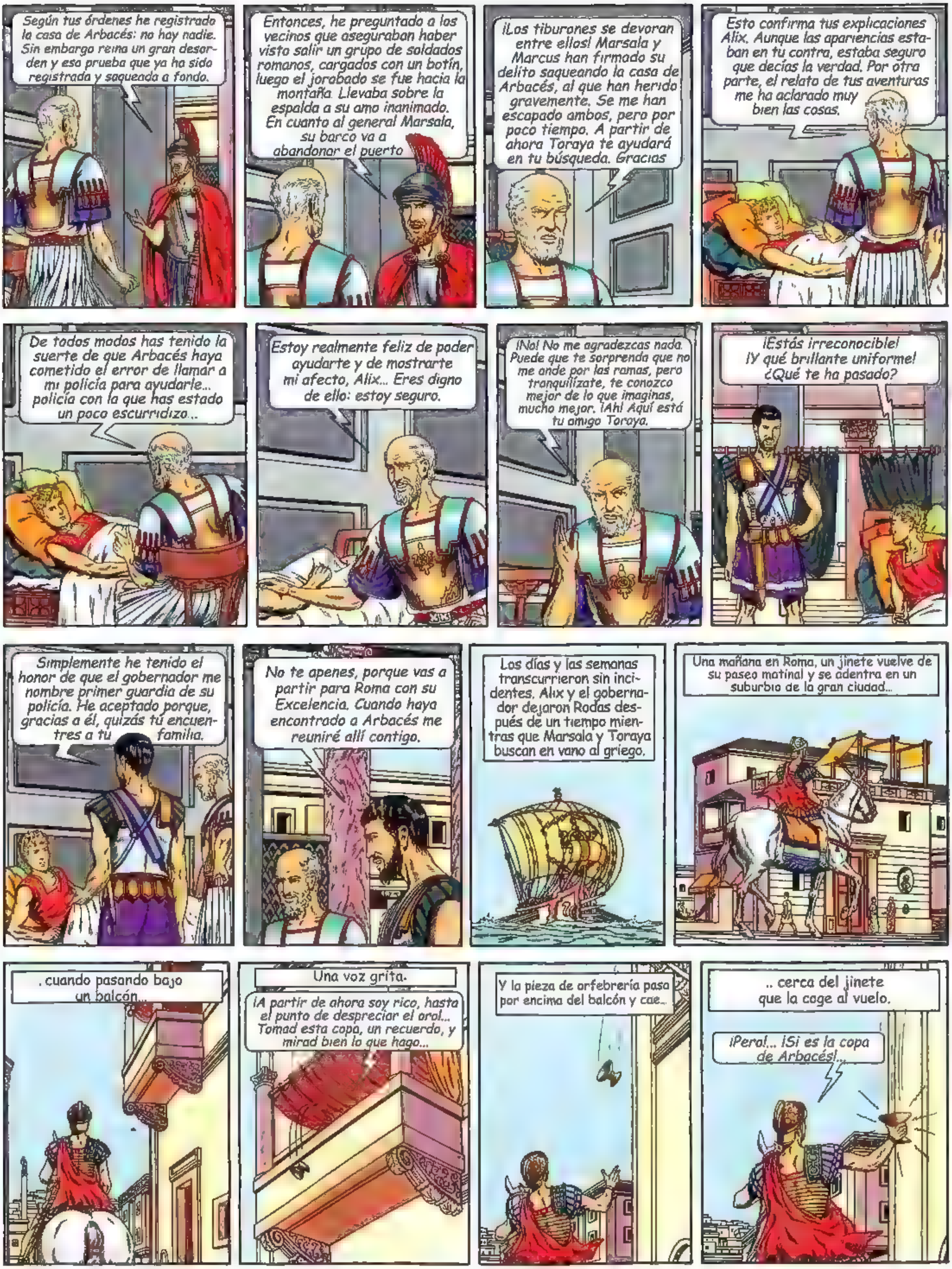

A la entrada del puerto se alza, majestuoso, el célebre Coloso de Rodas representando a Apolo, dios del sol.
Mientras la liburna bordea lentamente el muelle, Alix y Toraya contemplan la gigantesca estatua.
Finalmente el barco se detiene.
Una vez está sólidamente amarrado, los tres hombres se dirigen hacia la ciudad que se extiende frente a ellos.
Haremos escala aquí unos días.
¿Tienes amigos aquí?...
¡En efecto! Poseo una casa... Salud, Hertia.
Aquí está.
Entrad amigos, mi morada es la vuestra.
Mientras busco a mi sirviente, id a la terraza, al fondo del atrium. La vista es espléndida.
¡Oh! ¡Aquí está!.. En efecto, la panorámica es magnífica
Poco después el griego se reúne con sus huéspedes. Le sigue un esclavo jorobado y tuerto...
...que lleva un plato cargado de refrescos. El sirviente se dirige enseguida hacia Toraya y le ofrece una copa, fijando intensamente su único ojo.
¿Y bien, Toraya?.. ¿No bebes?.. ¿Estás bien?...
¡Sí, sí! Estaba distraído. ¡Discúlpame!
Entonces, bajo la extraña mirada de Arbacés, Toraya lleva la copa a sus labios.

Bruscamente se levanta, haciendo caer la copa que estaba en la mesa.
¡Alix! ¡Mira, en la entrada del puerto, ese trirreme! Marsala ha escapado de los piratas.
El gran navío ha pasado ya la bocana del puerto y se dirige a los muelles.
¿Arbacés?... pero, ¿dónde está?... ¿Por qué ha desaparecido?
Toraya, ¿has bebido ese vino?..
No. ¿Por qué?... ¡Por todos los diablos! Me he librado de una buena: ¡esa mezcla ha descompuesto el racimo! ¡Es veneno!... Y tú, Alix, ¿has bebido de tu copa?.. Pronto, vierte tu vino sobre otras uvas.
¡Por suerte, la fruta continúa intacta!... Entonces Arbacés sólo quería dármelo a mí.
Sin perder un instante los dos amigos ponen en marcha un plan para salir de la trampa que les han tendido. Para aumentar sus posibilidades les conviene separarse. Alix, saldrá por los jardines.
Agárrate a esta parra, parece sólida.
Y, para Alix, todo sale bien.
Entonces, más tranquilo, Toraya entra en la casa, al acecho y listo para vender cara su vida
De pronto, entre la penumbra, un filo metálico brilla brevemente.
Toraya inmoviliza a su agresor.
Pero el tuerto es vigoroso y se inicia una furiosa lucha.
Algunas horas más tarde, en plena noche, frente a la casa de Arbacés
¡Es aquí! . ¡Silencio! ¡Nada de ruido!
Entonces uno de los batientes se abre lentamente
¡No hay ni una lámpara encendida!... ¡Qué curioso!... Seguidme.
De repente el griego choca con un cuerpo tendido en el suelo y no puede reprimir un grito.
¡OH!

¡Por Minerva!
¡Mi viejo sirviente!.. ¡Atado!
¡Ves como esos esclavos rebeldes son peligrosos!.. Ayer por la noche se mostraban amenazantes, por eso estimé prudente requerirte para que los detengas, según la ley.
¿Dónde los busco?
Sin duda deben vagar por el puerto en busca de una embarcación.. ¡Una cosa más! Perdona la vida al más joven: actúa obligado por el mayor, del que tienes que librarme. No será una tarea ingrata.
En cuanto desate a mi sirviente me reuniré contigo Hasta luego y buena suerte
En cuanto los soldados se marchan, Arbacés vuelve a la casa
Mi golpe estaba preparado con gran cuidado y tú, imbécil, la has fastidiado.
El fracaso enerva al griego
¿Qué hacer?...
¡Si esos dos idiotas caen en las garras de Marsala todo estará perdido!... ¡Aah!...
¡Toraya seguramente será detenido!... ¿Pero podré recuperar a Alix? Es necesario; así que tú, ve a buscar los puñales y sígueme
En ese momento, en el puerto..
¡Alix!... Un barco egipcio va a partir y podemos embarcar.
¡Magnífico!... Por mi parte, he visto a un capitán fenicio que acepta acogernos en su barco.
¿Qué prefieres?
¡Quizá el egipcio, que va a zarpar enseguida! ¡Pero!.. ¡Soldados! ¡Nos observan!... Recojamos las armas.
Vete, Alix. Yo protegeré tu retirada... ¡Pero vete ya!
De ningún modo, Toraya, yo me quedo.
En seguida se inicia un rudo combate, y Toraya causa estragos.
Sin embargo, a pesar de su vigor, debe ceder ante el número y es brutalmente reducido.
Alix se defiende con la energía de un desesperado cuando... dos espadas se alzan sobre él

Arremete con fogosidad, con la cabeza agachada, contra el primer asaltante, que se tambalea por el choque.
Haciéndose a un lado, Alix trata de huir, pero el otro soldado se revuelve.
Alix evita el golpe de espada y se escabulle, pero el romano lanza su arma con rabia.
La empuñadura golpea la nuca del muchacho que se desploma.
¡Por Júpiter, le has matado, Carlus! ¡Después de todo no era más que un esclavo! Precisamente ahí tienes a su amo.
Seguido del jorobado, Arbacés llega hasta el lugar.
¡Pero es al otro a quien debías matar!... Voy a transportar el cuerpo de éste a mi casa.
¡Lo lamento! En efecto, estos hombres te pertenecen pero se han enfrentado a la ley al batirse contra soldados romanos. Su suerte depende ahora del gobernador de la isla, a quien voy a enviarlos.
¡Soldados, lleváoslos!
Eeh ... Te había prometido una recompensa: la doblo si me dejas al más joven.
¡No!... ¡Arréglatelas con el gobernador! Yo sólo cumplo mi deber... ¡Adiós!
¿Por qué habré tenido que llamar a ese pajarraco emplumado?... ¿Qué sucederá si el gobernador les pregunta? Ahora todo se complica.
¡Bah! ¡Lamentarse no sirve de nada! Tú, sígueles e infórmame con el mayor detalle posible; sobre todo de la actitud del gobernador. A tu vuelta, ya veré.
Poco después, preocupado y pensativo, regresa a su casa.
.. a la que entra con la mirada clavada en el suelo.
De pronto la puerta se cierra y una punta le pincha en la espalda.
¡Adelante! .. ¡Vamos!...
¡Esto es un asalto!
¡Camina!... ¡Más rápido!
Cuando llega a la terraza la sorpresa es grande.
¡Por fin te tengo! ¡Canalla!

Rodeados de soldados, Marsala y Marcus examinan al griego, desconcertado.
¡Acércate!... ¡Vamos a hablar! ¡Ven!
¡No voy a ir con rodeos! ¿Qué has hecho con Alix? ¿Dónde está?
¡Me han confirmado que ha sido detenido!.. ¿Es eso cierto?
Siempre silencioso, Arbacés se aproxima.
¡Hum! ¡Qué bonita copa! ¡De oro!... ¡Y bien, te escucho!
De pronto Marcus salta y entreabre la capa de Arbacés.
¡Un puñal! ¡Para matarme, canalla!... Vamos, ¿dónde está Alix?... ¿Querías utilizarlo en Roma contra mí?
¡Euh!... Quería utilizarlo. Contaba con hacerle conseguir la ciudadanía romana para que pudiese testificar contra ti, Marsala, y también contra ti, Marcus. Él sabía bastante sobre vuestra conducta en Oriente. Entonces, tarde o temprano habríais estado a mi merced, ya que necesito soldados sin escrúpulos para ser un amo poderoso.
¡YA BASTA! ¡Marcus, deshazte de este canalla!
¡Je, je! ¿No teníamos una cuenta pendiente nosotros dos?
¡Marcus! ¡Podrías lamentar este gesto!
¡Lamentar!... ¡Un bribón de tu especie: me haces reír!... Vamos, retrocede. Te voy a mostrar cómo se elimina a un malvado. ¡Retrocede! ¡Más!
De repente el griego bascula sobre el parapeto y cae al vacío lanzando un grito terrible.
¡Ya está! Ahora que ha desaparecido, Alix representará menos peligro... Debíamos haberle preguntado quién es el "amo poderoso". ¡Bah! ¡Qué importa!
Un poco más tarde, en su palacio, el gobernador de la isla conversa con un hombre tendido sobre la cama.
En efecto, te creo... Ahora descansa. ¡Calma!... ¡Claro que sí!
Cuando una voz le interrumpe.
¡Excelencia!
¿Qué sucede?...


Según tus órdenes he registrado la casa de Arbacés: no hay nadie. Sin embargo reina un gran desorden y eso prueba que ya ha sido registrada y saqueada a fondo.
Entonces, he preguntado a los vecinos que aseguraban haber visto salir un grupo de soldados romanos, cargados con un botín, luego el jorobado se fue hacia la montaña. Llevaba sobre la espalda a su amo inanimado. En cuanto al general Marsala, su barco va a abandonar el puerto
¡Los tiburones se devoran entre ellos! Marsala y Marcus han firmado su delito saqueando la casa de Arbacés, al que han herido gravemente. Se me han escapado ambos, pero por poco tiempo. A partir de ahora Toraya te ayudará en tu búsqueda. Gracias
Esto confirma tus explicaciones Alix. Aunque las apariencias estaban en tu contra, estaba seguro que decías la verdad. Por otra parte, el relato de tus aventuras me ha aclarado muy bien las cosas.
De todos modos has tenido la suerte de que Arbacés haya cometido el error de llamar a mi policía para ayudarle... policía con la que has estado un poco escurridizo...
Estoy realmente feliz de poder ayudarte y de mostrarte mi afecto, Alix... Eres digno de ello: estoy seguro.
¡No! No me agradezcas nada. Puede que te sorprenda que no me ande por las ramas, pero tranquilízate, te conozco mejor de lo que imaginas, mucho mejor. ¡Ah! Aquí está tu amigo Toraya.
¡Estás irreconocible! ¡Y qué brillante uniforme! ¿Qué te ha pasado?
Simplemente he tenido el honor de que el gobernador me nombre primer guardia de su policía. He aceptado porque, gracias a él, quizás tú encuentres a tu familia.
No te apenes, porque vas a partir para Roma con su Excelencia. Cuando haya encontrado a Arbacés me reuniré allí contigo.
Los días y las semanas transcurrieron sin incidentes. Alix y el gobernador dejaron Rodas después de un tiempo mientras que Marsala y Toraya buscan en vano al griego.
Una mañana en Roma, un jinete vuelve de su paseo matinal y se adentra en un suburbio de la gran ciudad...
...cuando pasando bajo un balcón...
Una voz grita.
¡A partir de ahora soy rico, hasta el punto de despreciar el oro!... Tomad esta copa, un recuerdo, y mirad bien lo que hago...
Y la pieza de orfebrería pasa por encima del balcón y cae...
... cerca del jinete que la coge al vuelo.
¡Pero!... ¡Si es la copa de Arbacés!...

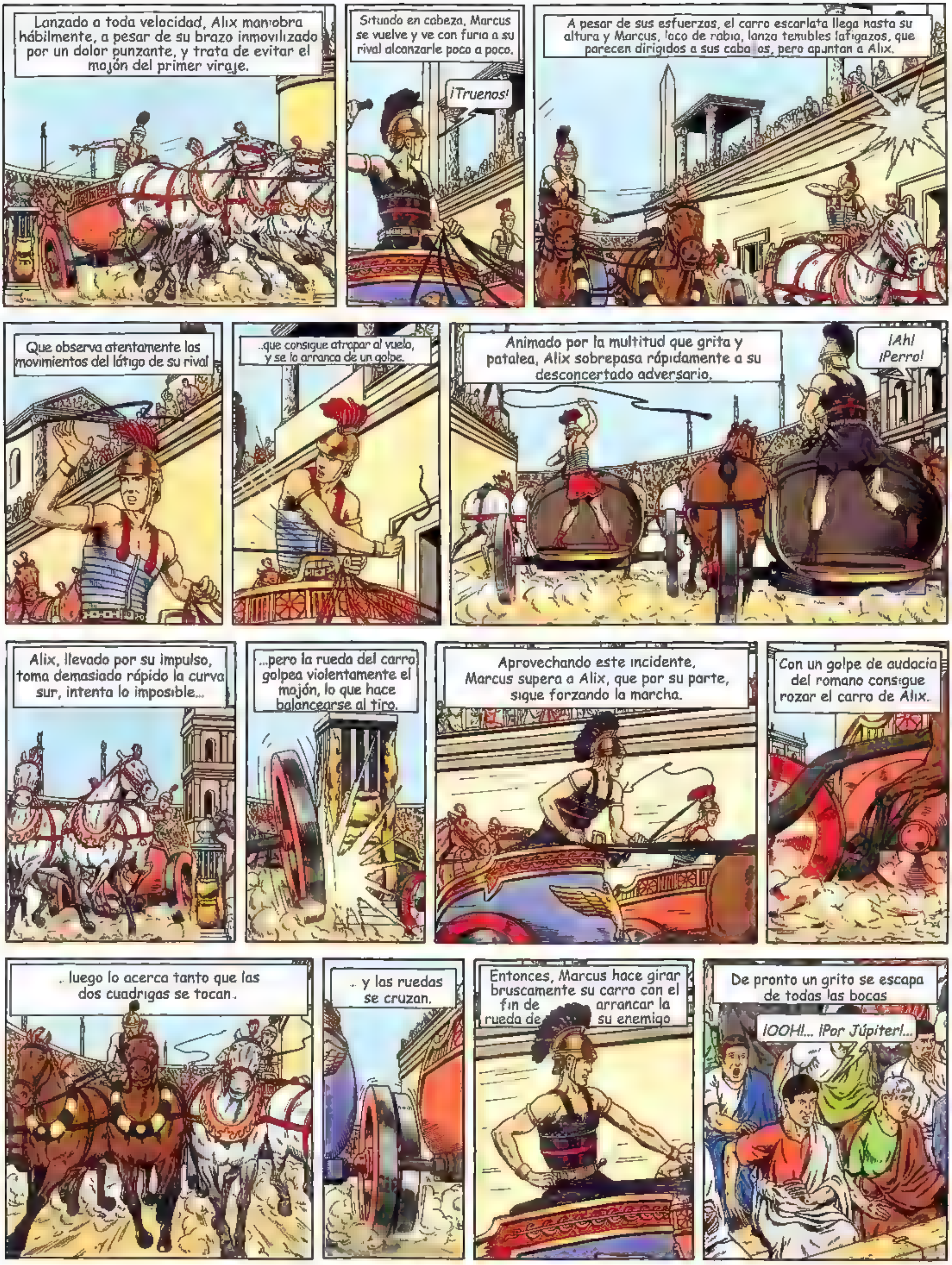
Pensándolo bien, ¿es ésta realmente?... ¡Las copas se parecen!
Pero más arriba un invitado se levanta
¡No he oído el ruido! ¿Habrás sido tan diestro para ponérsela por sombrero a un transeúnte?
¡Por Júpiter! ¡Alix!... ¡Aquí! Con la copa de Ar
¡De Arbacés! ¡Sí, Marcus! ¡Gracias!
¡Si aún tienes la fantasía de lanzar objetos valiosos por la ventana, evita escoger una prueba!
En cualquier caso estoy encantado con el regalo y con el relato que haré de nuestra entrevista, a mi padre adoptivo le interesará mucho.
¡Adiós, y hasta pronto!
Mientras Alix se aleja, Marcus se vuelve furioso.
¡Ese energúmeno siempre se cruza en mi camino! ¡Eliminémosle!
Ha sido adoptado por el gobernador Honorus Galla. Le conozco: me lo presentaron a su llegada a Roma
¡Ah! .. ¿Y dónde vive?
En el palacio de los Galla, junto a la vía Apia... No comprendo tu inquietud: el Senado os ha exculpado de toda sospecha a Marsala y a ti. ¿Entonces?...
Desgraciadamente, este joven granuja sabe tanto como para hacer cambiar el dictamen del Senado; pero yo no le daría tiempo. Te lo voy a explicar
Y la misma noche...
Este es el momento, Milón... y no falles.
El hombre avanza, hace voltear una honda, la piedra silba y el guardia se desploma sin gritar
Perfecto. Llevadle al interior ¡Cuidado, nada de ruido!
En el atrium, Honorus Galla y Alix conversan apaciblemente junto a una lámpara cuando ..
¡Silencio! ¿No has oído algo? ..
¡No!... Tranquilízate, hay un guardia en cada puerta. Escúchame con atención ya que aún tengo mucho que contarte.
De pronto algo surca el aire y golpea la lámpara que se apaga de golpe.
¡CUIDADO!

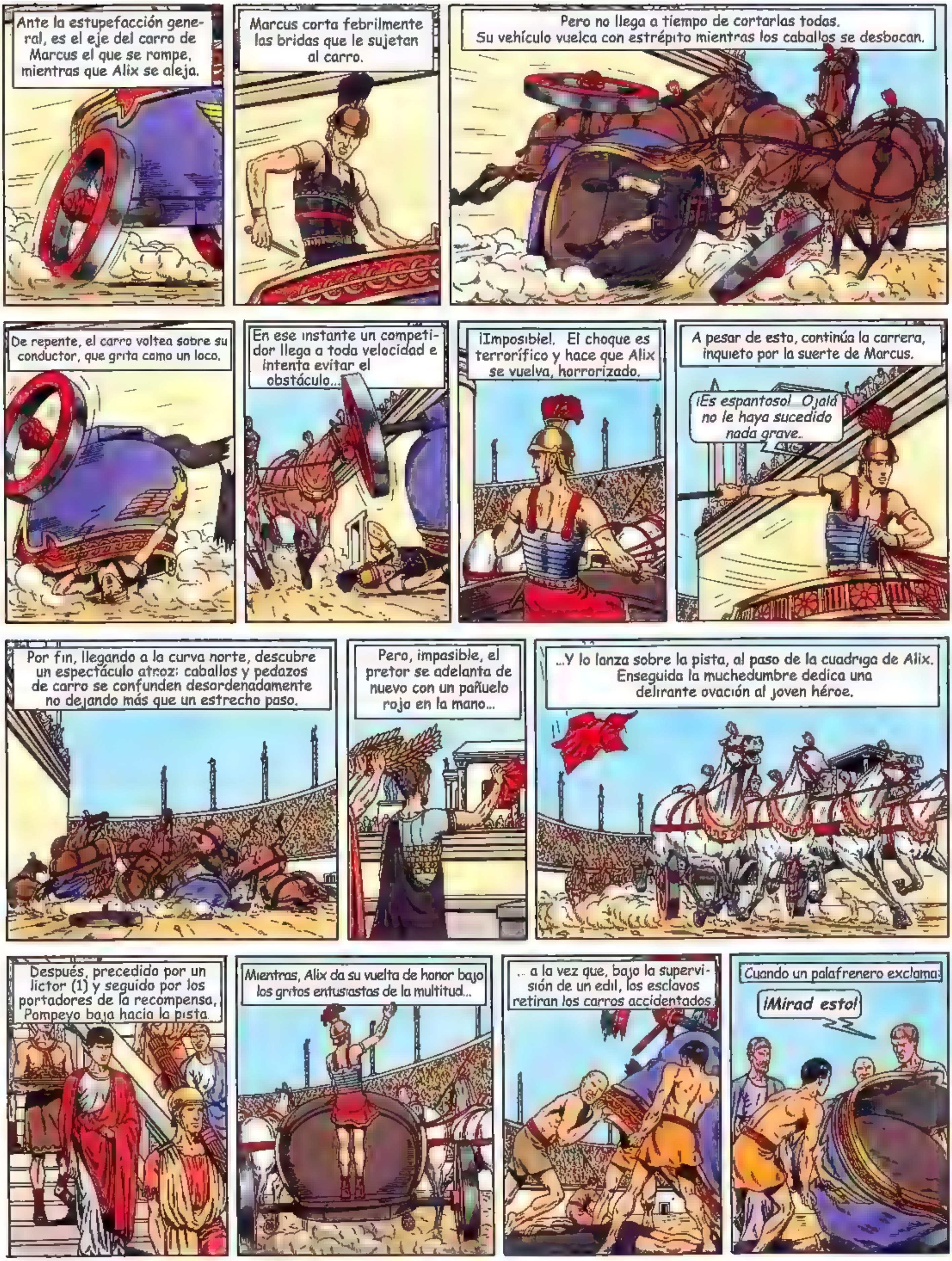
¡Adelante!... Yo me encargo de estos dos, vosotros encontradme rápido el objeto que nos interesa.
¡Un ataque!... Padre, como no tienes armas, corre a dar la alarma; yo te protegeré.
Entorpecido por su toga, Honorus Galla se apresura con temor hacia la galería
...cuando un asaltante le agarra en el momento en que va a hacer sonar el gong
Alix, combate furiosamente contra el jefe de la expedición.
¡Te desenmascararé!
Pero un violento golpe de espada hace tropezar a Alix que cae hacia atrás.
El hombre se abalanza sobre el muchacho, pero la respuesta es rápida.
Alix se incorpora de un salto y planta cara a los nuevos agresores
¡Esto se pone feo, huyamos!... ¡Tú, joven bribón, quédate quieto!
¡Más deprisa, los sirvientes se han despertado; rápido!. Alix, guarda las distancias.
En efecto, alarmados por el jaleo, los sirvientes llegan por fin.
¡Allí! . ¡Huyen!
Los hombres enmascarados ya están en el exterior
Sin embargo Alix no abandona y aparece tras ellos por la entrada.
Obcecado por la idea de desenmascarar a su agresor corre a toda prisa.
cuando súbitamente, una mano surgida de la sombra corta su impulso.
¡Detente, Alix! .

Estupefacto, el joven ve avanzar a una mujer con velo.
Perdona por haberte increpado tan bruscamente pero era necesario.
El jefe de estos agresores no es otro que Marcus. El castigo que habrías podido infligirle cogiéndole nunca habría sido lo bastante severo para mí. Esta es la razón por la que he intervenido.
¿Quién eres?... ¿Y por qué le has dejado cometer este ataque?
He sido avisada demasiado tarde, pero puedo darte una venganza terrible.
Mañana los Cónsules organizan una carrera de carros. Marcus participará con los colores de Marsala. Han gastado toda su fortuna en esta prueba. ¿Querrías conducir mi tiro de caballos y vencer?
¡No busco venganza! Y además, ¿quién me prueba tu buena fe?
Alix, uno de esos individuos ha robado la copa que trajiste ayer. La de oro.
Seguro que ha sido Marcus; pero no puedo aceptar tu oferta.
¡Como quieras!... Piénsalo de todos modos. Quizá cambies de parecer. Mis sirvientes te esperarán en el circo hasta las dos... Adiós... ¡Y hasta mañana!
Al día siguiente, cuando despunta el alba, Honorus Galla siente que las fuerzas le abandonan poco a poco.
¿Dónde está Alix? ¿Por qué tarda en venir?... Quiero verle en seguida.
Han ido a despertarle, señor. No tardará.
¡Alix, por fin! Acércate, hijo, tengo que hablarte.
¿Qué sucede?
Desde hace mucho tiempo sufro del corazón y las emociones de esta noche han acabado conmigo. Siento llegar la muerte. ¡No, no hables!...
Escúchame... Hace muchos años, al principio de la conquista de la Galia, yo comandaba una legión de César. Incapaz de vencer a una tribu gala, decidí utilizar una estratagema para tenerlos a mi merced.
Atraje al jefe de esa tribu a una trampa. Confió en mi palabra y vino con los miembros de su familia y sus guardias. Los hice prisioneros enseguida.
Entretanto mis soldados atacaron el campamento enemigo, que privado de su jefe, fue finalmente conquistado. Había ganado a costa de una felonía.
Al jefe; ¿qué le sucedió?
No osé matarlo, así que lo hice apartar de su familia, cediéndolo a un mercader de esclavos egipcio. La madre murió poco después de pena.
¡Quedaba el niño!... Fue vendido a los fenicios que lo embarcaron a bordo de un navío... Al año siguiente, una vez nombrado gobernador de Rodas, el cargo me hizo olvidar un poco este doble crimen.
¿Quién era ese jefe galo?
Se llamaba Astórix. Y su hijo... ¡Aah!

Agotado, Honorus Galla habla con dolor.
Su hijo... Se llamaba A... Alix... ¡Eres tú!
¡Yo!... ¿Y tú me has adoptado?
Sí, para tratar de redimir mi falta... En cuanto te vi, te reconocí. Te pareces a tu padre de una manera sorprendente. ¿Me perdonas?
Sí, pero en adelante me será imposible permanecer bajo tu techo. Mañana partiré para la Galia.
¡Espera! ¡Aún no! No en este momento: yo no aguantaré mucho tiempo.
Sea, obedezco. Cálmate; vendré a verte luego.
Trastornado, Alix se aleja de la habitación con paso lento, pensando en la conducta a seguir.
De repente una voz interrumpe el curso de su meditación.
¡Alix! ¡El señor se muere!
¿Qué?... ¿Qué has dicho?...
Agoniza.
Inmediatamente se acerca.
¡Ojalá no sea demasiado tarde!
¡Se acabó!... ¡Ah! ¿Por qué me habrá hecho estas confidencias antes de morir? ¡Yo le quería y le respetaba como a un padre!
¿Qué ordenas, Alix? ¡A partir de ahora, el señor eres tú!
Reúne a todos los sirvientes y avisa a los amigos. Quiero que le hagan a mi padre adoptivo unos funerales dignos de él.
Algunas horas más tarde, en el gran circo... Va a darse la salida de la carrera y los participantes beben una última copa.
¡Marcus! ¿Te has fijado en esa cuadriga con los colores escarlatas?... ¿Sabes quién es su conductor?
Lo ignoro.
Intrigado, Marcus monta en su carro examinando el misterioso tiro junto al que están algunos hombres.
¡Eh! Vosotros. ¿Por qué os ocultáis?... ¡Mostrad vuestros rostros, diablos!
De golpe su risa se petrifica cuando alguien grita:
¡Con mucho gusto Marcus!... Te veo confuso, y eso que aún no han acabado todas tus sorpresas.

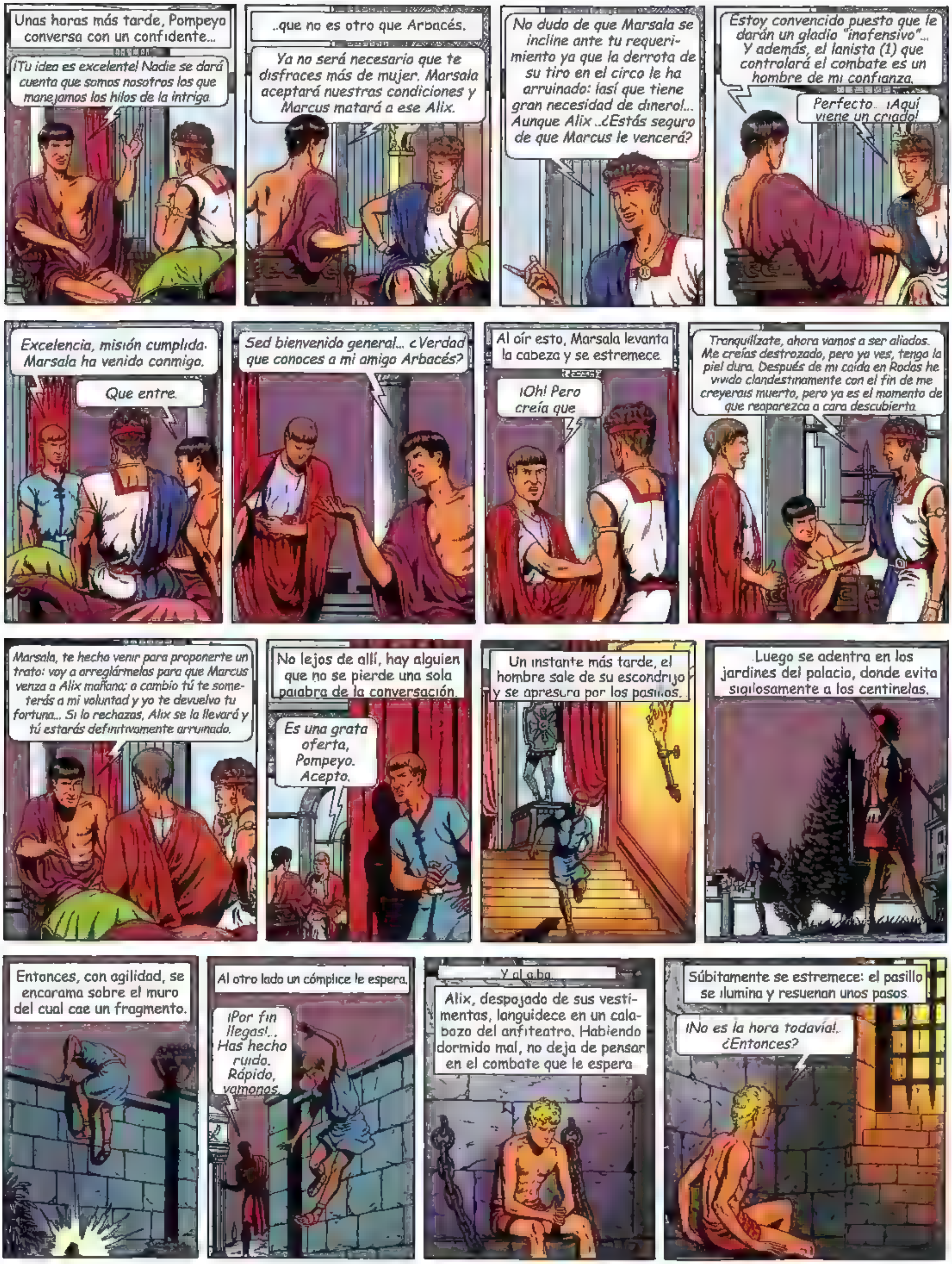
¡Marcus se queda boquiabierto!
¡Dicen que has gastado toda tu fortuna en esta carrera! ¿Tan seguro estás de tu victoria?
Un esclavo interpela al misterioso personaje.
Señor, el conductor de tu carro acaba de llegar. Se está preparando en este momento.
Alix, en efecto, ha cambiado de idea y se prepara para participar en la gran carrera.
¡Voy a ver cómo van los preparativos!
¡Date prisa!
¡Señor, está ahí!
Lo sé. Cierra esa puerta y ven conmigo aquí. Tengo que hablarte.
El desconocido se sitúa frente a una mesa y...
Todo se presenta bien. Pero no es necesario que Alix me vea aquí. Espera a que haya dejado esta sala para hacerle salir.
¿El palafrenero ha hecho lo que le he pedido?...
¡No! ¡Que no entre aún!... Debo ocultar las pistas. ¡Espera!... Ahora ya puedes hacerle pasar.
He ejecutado fielmente mi misión. El accidente se producirá con toda seguridad.
¡Perfecto! Si todo sucede como está previsto recibirás 10.000 sextercios. Si no tendrás la muerte.
Algunos instantes más tarde, una mujer muy elegante accede al graderío reservado a los dignatarios romanos. Antes de ocupar su lugar hace una discreta señal a uno de los cónsules.
¡César, es hora de dar la salida de la carrera! La muchedumbre se impacienta.
Tienes razón, Pompeyo, transmite la orden al pretor.
El pueblo espera, Labienus. Si los competidores están listos, que comience la carrera.
Escoltado por dos ediles que portan una pesada corona, Labienus se adelanta y esgrime un pañuelo verde.
El instante es solemne... Alix, preparado, sube a su carro y aprieta las riendas, cuando... Marcus le reconoce.
¡Por Júpiter!... ¡Alix!
De pronto, el pañuelo cae y los tiros se lanzan tumultuosamente, jaleados por una muchedumbre delirante...
...y el grito que da Alix se pierde entre el alboroto. ¡Un terrible golpe de látigo le hace perder el suyo!...


Lanzado a toda velocidad, Alix maniobra hábilmente, a pesar de su brazo inmovilizado por un dolor punzante, y trata de evitar el mojón del primer viraje.
Situado en cabeza, Marcus se vuelve y ve con furia a su rival alcanzarle poco a poco.
¡Truenos!
A pesar de sus esfuerzos, el carro escarlata llega hasta su altura y Marcus, loco de rabia, lanza temibles latigazos, que parecen dirigidos a sus caballos, pero apuntan a Alix.
Que observa atentamente los movimientos del látigo de su rival
...que consigue atrapar al vuelo, y se lo arranca de un golpe.
Animado por la multitud que grita y patalea, Alix sobrepasa rápidamente a su desconcertado adversario.
¡Ah! ¡Perro!
Alix, llevado por su impulso, toma demasiado rápido la curva sur, intenta lo imposible...
...pero la rueda del carro golpea violentamente el mojón, lo que hace balancearse al tiro.
Aprovechando este incidente, Marcus supera a Alix, que por su parte, sigue forzando la marcha.
Con un golpe de audacia del romano consigue rozar el carro de Alix.
...luego lo acerca tanto que las dos cuadrigas se tocan.
...y las ruedas se cruzan.
Entonces, Marcus hace girar bruscamente su carro con el fin de arrancar la rueda de su enemigo
De pronto un grito se escapa de todas las bocas
¡OOH!... ¡Por Júpiter!...

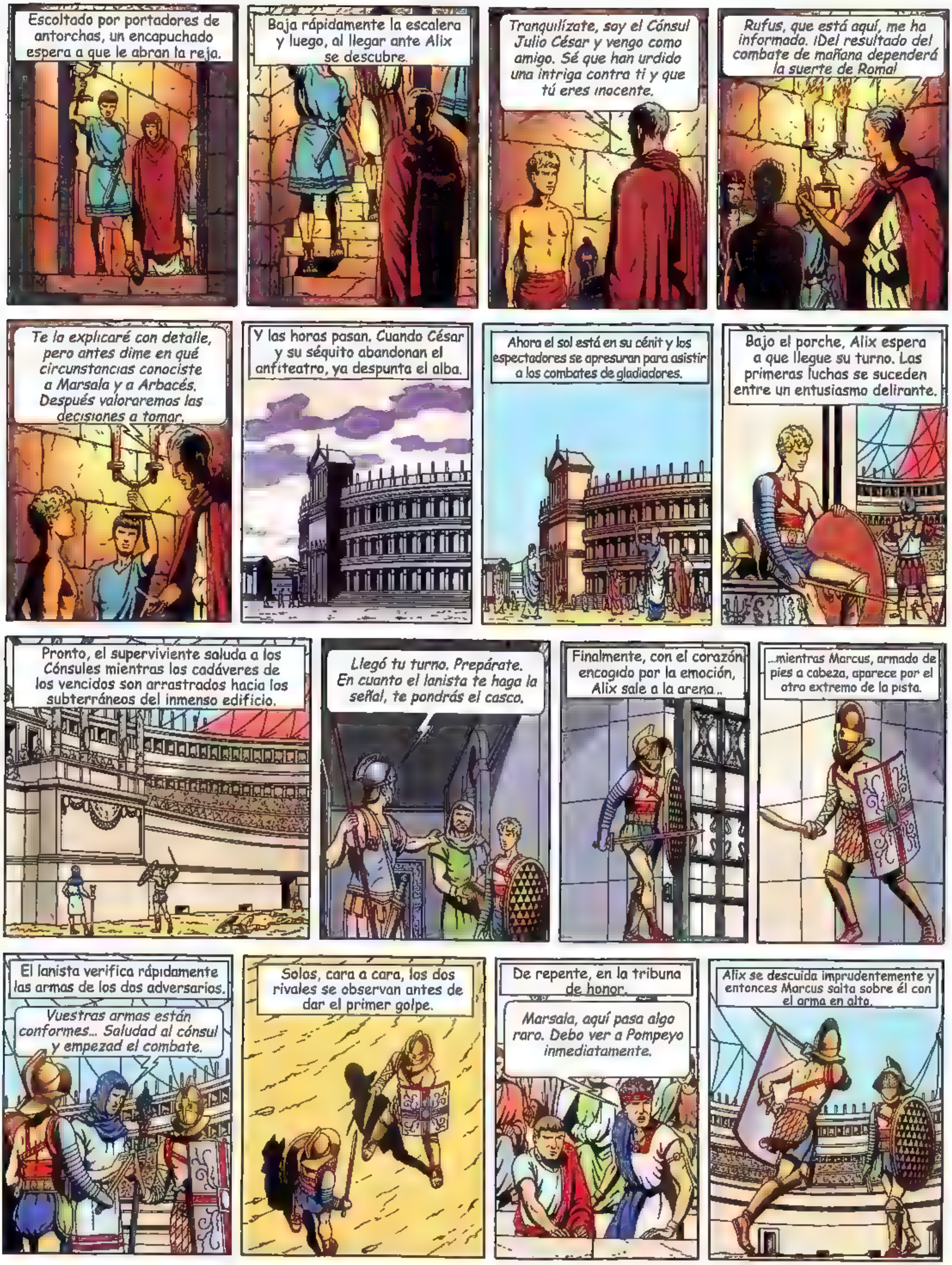



(1) Lictor: oficial público encargado de escoltar a los magistrados.

¡Diablos!..
¡Este eje ha sido serrado!...
Ve a buscar la rueda.
Sin duda alguna, Marcus ha sido objeto de un atentado. Este eje tenía que romperse.
En ese momento, Alix se detiene delante del grupo presidido por Pompeyo.
Un edil espera a que baje del carro para presentarle al Cónsul.
Entonces, para escuchar las palabras de Pompeyo, poco a poco, la multitud se calla.
Muy bien jovencito. Tu carrera ha sido memorable. Has merecido estos laureles.
Pero en el instante en que eleva la corona de oro, una voz le detiene.
Excelencia, la carrera no ha sido honesta.
¡Mirad esta rueda!.. Su eje ha sido serrado para que se rompiera durante la carrera. Es un acto desleal y odioso... Afortunadamente Marcus sólamente ha resultado herido leve.
Pompeyo observa a Alix, disimula mal una sonrisa de satisfacción y después...
¡Aquí llega el interesado! Marcus, habla, ¿de quién sospechas?...
Sostenido por un esclavo, éste se aproxima cojeando.
¡Es él!... Ese perro de Alix, el que ha robado mi victoria. ¡Maldito sea!
Excelencia, estas acusaciones son falsas. Yo deseaba, es cierto, deshacerme de este hombre que es el responsable de la muerte de mi padre adoptivo, pero no he cometido ningún delito. La justicia romana debe ser imparcial.
¡Mientes, infame!... ¿Y osas acusarme, después de lo que has hecho hoy?...
¡Callaos!... Puesto que esto está así, combatiréis mañana, en el gran teatro como gladiadores. El vencedor será proclamado ganador de esta carrera. Guardias llevaos a estos dos hombres.
Excelencia, puedo probar que...
¡Ya basta! Jamás cambio una decisión. ¿Tienes miedo?
No!... Y lo verás mañana, si asistes al combate.
Entonces, escoltado por guardias, Alix se aleja entre las injurias de una muchedumbre que poco antes le aclamaba.
En ese momento, por otro lado, César sale del circo
Pasando por un pasillo le murmura a un personaje que se apoya contra el muro
Sígueme, Rufus. Tengo que hablarte.




(1) Lanista: preparador de gladiadores.



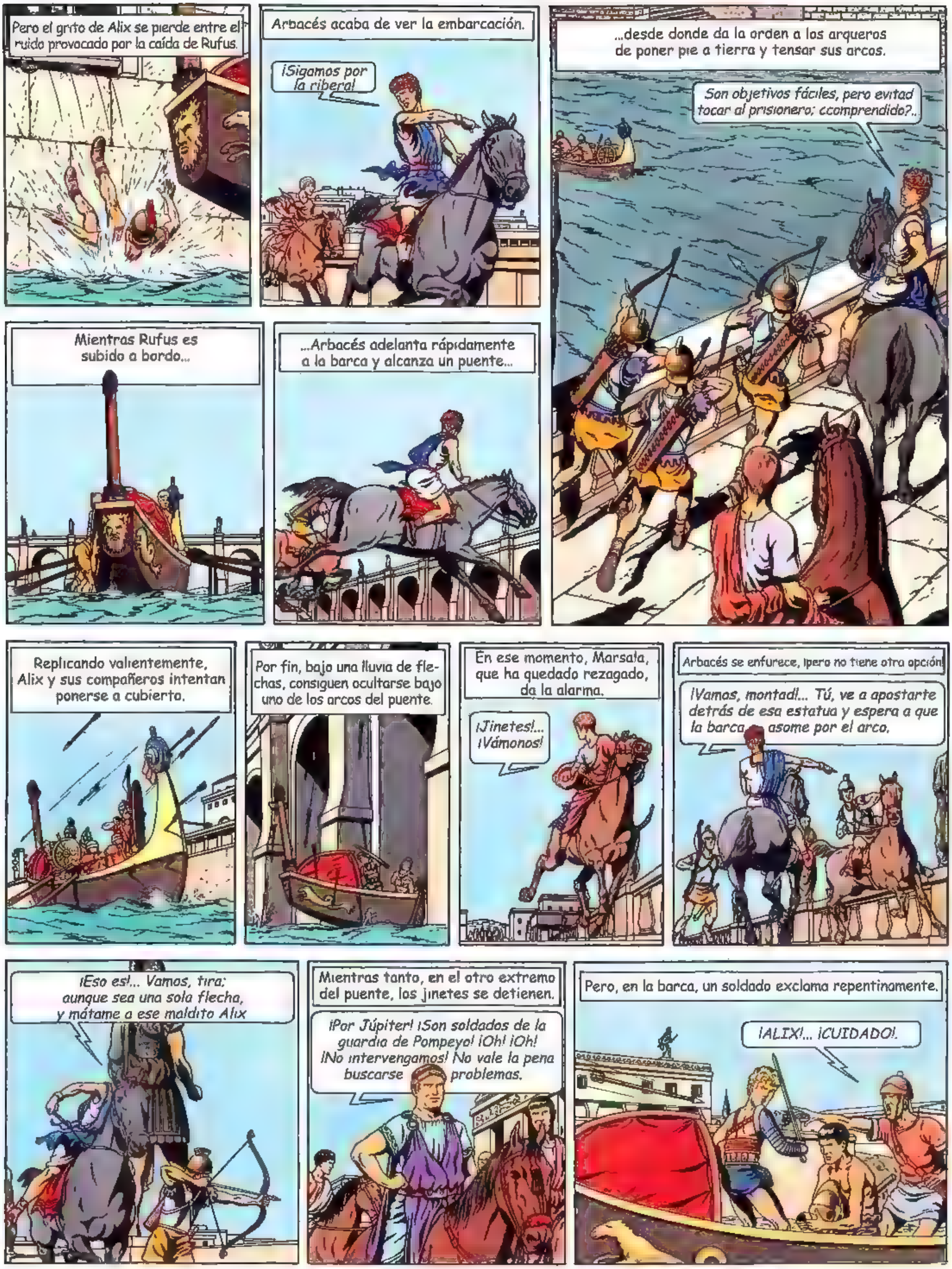
Escoltado por portadores de antorchas, un encapuchado espera a que le abran la reja.
Baja rápidamente la escalera y luego, al llegar ante Alix se descubre.
Tranquilízate, soy el Cónsul Julio César y vengo como amigo. Sé que han urdido una intriga contra ti y que tú eres inocente.
Rufus, que está aquí, me ha informado. ¡Del resultado del combate de mañana dependerá la suerte de Roma!
Te lo explicaré con detalle, pero antes dime en qué circunstancias conociste a Marsala y a Arbacés. Después valoraremos las decisiones a tomar.
Y las horas pasan. Cuando César y su séquito abandonan el anfiteatro, ya despunta el alba.
Ahora el sol está en su cénit y los espectadores se apresuran para asistir a los combates de gladiadores.
Bajo el porche, Alix espera a que llegue su turno. Las primeras luchas se suceden entre un entusiasmo delirante.
Pronto, el superviviente saluda a los Cónsules mientras los cadáveres de los vencidos son arrastrados hacia los subterráneos del inmenso edificio.
Llegó tu turno. Prepárate. En cuanto el lanista te haga la señal, te pondrás el casco.
Finalmente, con el corazón encogido por la emoción, Alix sale a la arena...
...mientras Marcus, armado de pies a cabeza, aparece por el otro extremo de la pista.
El lanista verifica rápidamente las armas de los dos adversarios.
Vuestras armas están conformes... Saludad al cónsul y empezad el combate.
Solos, cara a cara, los dos rivales se observan antes de dar el primer golpe.
De repente, en la tribuna de honor.
Marsala, aquí pasa algo raro. Debo ver a Pompeyo inmediatamente.
Alix se descuida imprudentemente y entonces Marcus salta sobre él con el arma en alto.

El gladio del romano se abate pero Alix para el golpe.
La respuesta es rápida y Marcus esquiva por poco el fogoso ataque de su adversario.
Pronto el combate gana en crudeza, los dos rivales están muy igualados.
Mientras, Arbacés recorre los pasillos.
¿Pompeyo?... ¡No! Aún no ha venido aquí. Puede que esté en la antecámara.
En efecto, nervioso por la espera, el Cónsul deambula en los aposentos reservados a los dignatarios.
¡Arbacés! ¡Por fin llegas!... Uno de mis sirvientes nos ha traicionado, por desgracia no lo he sabido hasta esta mañana. ¡Es muy grave!
Ha huido por el jardín: hemos encontrado las huellas de su paso tras el muro. ¿Pero dónde ha ido?... ¡Imagino que esto no ha llegado a César ya que éste ha partido para la Galia Cisalpina esta mañana! ¿Entonces?...
Este perro nos espiaba para alguien poderoso que ha conseguido hacer cambiar al lanista en el último minuto... Marcus podría entonces estar en desventaja. Afortunadamente tengo una idea... ¿Dónde podría encontrar espejos?
Alix, que conserva la ventaja, trata de hacer retroceder a Marcus.
Pero un fulgurante revés del romano consigue desarmar a su rival.
Entonces, exultante de alegría, levanta su espada sobre Alix...
...el cual, da un salto lateral y le atiza un terrible golpe con la cabeza.
Marcus se desploma y Alix recoge rápidamente su gladio.
¡Levántate!
En ese instante un rayo luminoso alcanza su casco y le deslumbra.
En vano busca como liberarse.
Detrás de cada tragaluz Arbacés ha dispuesto a un esclavo provisto de un espejo.
¡Perfecto! No le queda una pulgada a donde ir... ¡Magnífico!
Cegado, Alix retrocede ante la carga de Marcus y se aproxima a un lugar donde el suelo parece haber sido removido

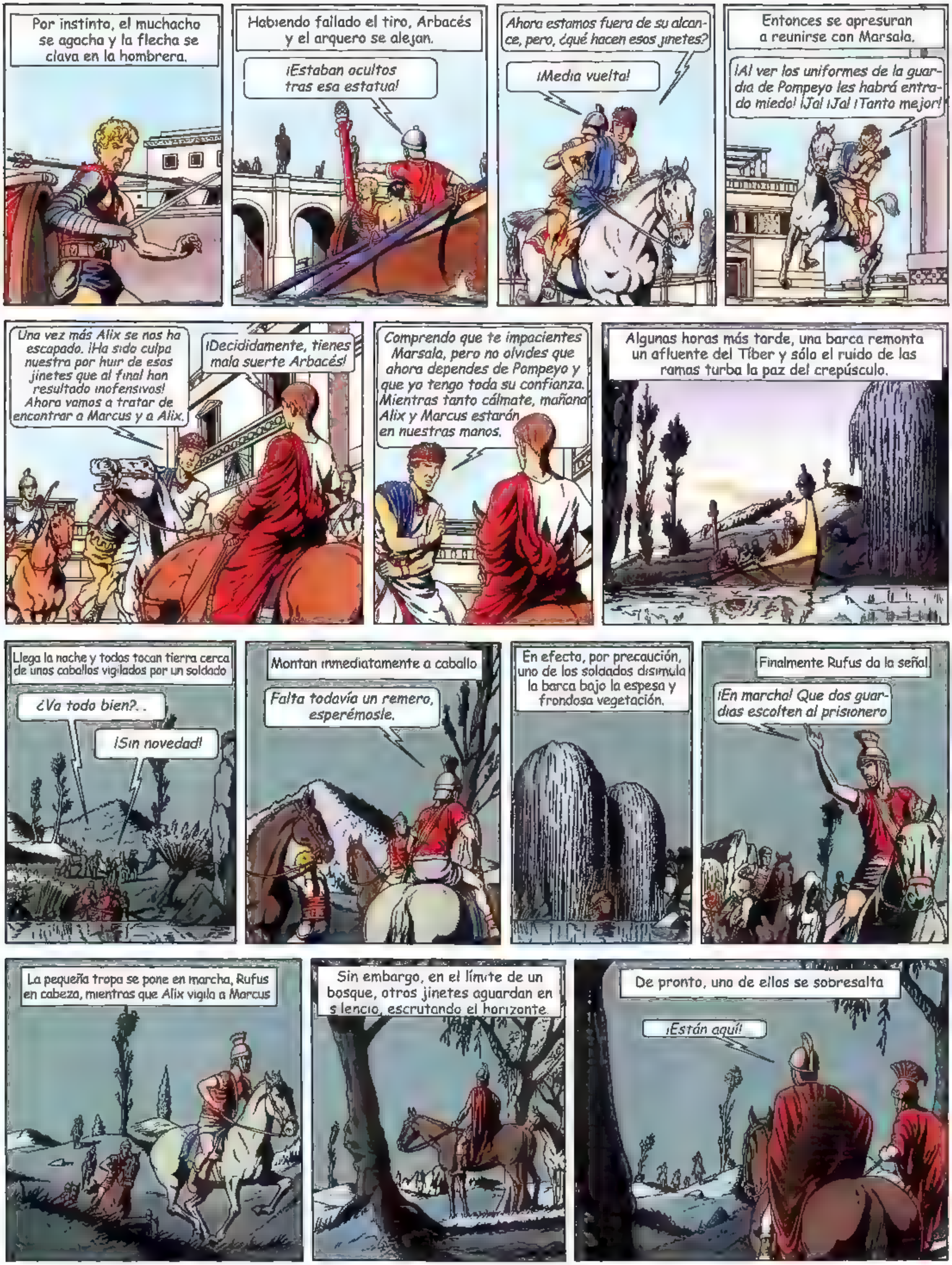
Alix salta hacia atrás y para el golpe del romano.
De pronto siente que el suelo se hunde bajo sus pies.
Entonces da un salto y luego se vuelve hacia Marcus, pasmado por esta maniobra.
Ahora es el centurión el que se encuentra en las proximidades del lugar donde ha sido removida la tierra.
Alix salta. Los escudos chocan pero ninguno de los combatientes retrocede.
Desde el balcón de la antecámara, Pompeyo, irritado, sigue las peripecias de la lucha, ya que el truco de los espejos no ha dado el resultado esperado. No obstante, Alix muestra signos de cansancio
Cuando una voz sorprende al cónsul.
¡Pompeyo, este enfrentamiento me preocupa! La victoria de Marcus parece incierta y además ¿no me habías asegurado que el gladio de Alix sería inofensivo?...
Marsala, he sido traicionado por un criado y mis órdenes han sido frustradas. Afortunadamente Arbacés ha tomado rápidamente las medidas necesarias. De todos modos creo que Marcus dará cuenta de su enemigo. Mira como Alix desfallece.
Cegado de nuevo por los espejos, Alix retrocede, confuso, mientras Marcus redobla su ardor y su furia.
En cuanto a Arbacés, la perspectiva del triunfo le pone nervioso. Comete incluso la imprudencia de gritar desde un tragaluz.
¡Vamos, golpea, Marcus! ¡Está a tu merced!...
Aprovechándose de su ventaja, Marcus asesta golpe tras golpe a su rival que parece aturdido.
Extenuado y desamparado, Alix aparta un instante su escudo. Entonces el romano se lanza impetuosamente...
Pero el joven se echa a tierra y Marcus, llevado por el impulso, muerde el polvo.
Ante la estupefacción general, el suelo cede bajo sus pies y desaparece entre un crujido de tablas rotas
Alix se levanta y desafía al Cónsul que está en su palco.
¿He tenido miedo, Pompeyo?
Después, bajo los gritos frenéticos de la multitud, salta al agujero por el que Marcus acaba de desaparecer.

Este orificio desemboca en una de las galerías subterráneas por las que se trae el agua del Tíber al anfiteatro cuando se desarrollan los combates navales o "naumaquias". Comandados por Rufus, varios soldados de César esperan a Alix...
...cuya caída es amortiguada por el agua estancada.
Liberado de su escudo, se une a sus acompañantes.
¡Apresúrate! El tiempo apremia.. Un arquero cubrirá nuestra retirada.
Pero más arriba, Arbacés salta del tragaluz dando un grito de rabia.
Mientras que Pompeyo grita unas órdenes.
¡Que nadie salga de aquí! ¡Enviad un destacamento de gladiadores a perseguir a los fugitivos y retomad los combates en la arena, rápido! ..
En su precipitación, Arbacés va a lanzarse en la cavidad cuando una flecha pasa cerca de su cabeza y detiene su impulso.
En ese momento los gladiadores llegan en su ayuda.
Vamos, saltad y atrapadles.. ¡Daos prisa!
De pronto Pompeyo exclama.
¡Si no lo he soñado, existe un plano del anfiteatro!... Domitius, ve a registrar en los archivos y tráeme esos documentos... ¡Ja! ¡Ja! ¡Esos canallas no irán muy lejos!
Mientras tanto, para calmar a la muchedumbre, se inician otros duelos en la pista.
En el interior de los obscuros subterráneos, Alix y los soldados de César que escoltan a Marcus avanzan penosamente ya que el nivel del agua sube sin cesar.
Por fin le traen el plano a Pompeyo.
¡Los tengo!... Estas galerías no tienen más que dos salidas: una conduce al Tíber, y la otra desemboca en la vía Flavia. Llegaremos antes que ellos.
Mientras el arquero, que cubre la retirada de los amigos de Alix, va cediendo terreno, abrumado por el número de gladiadores

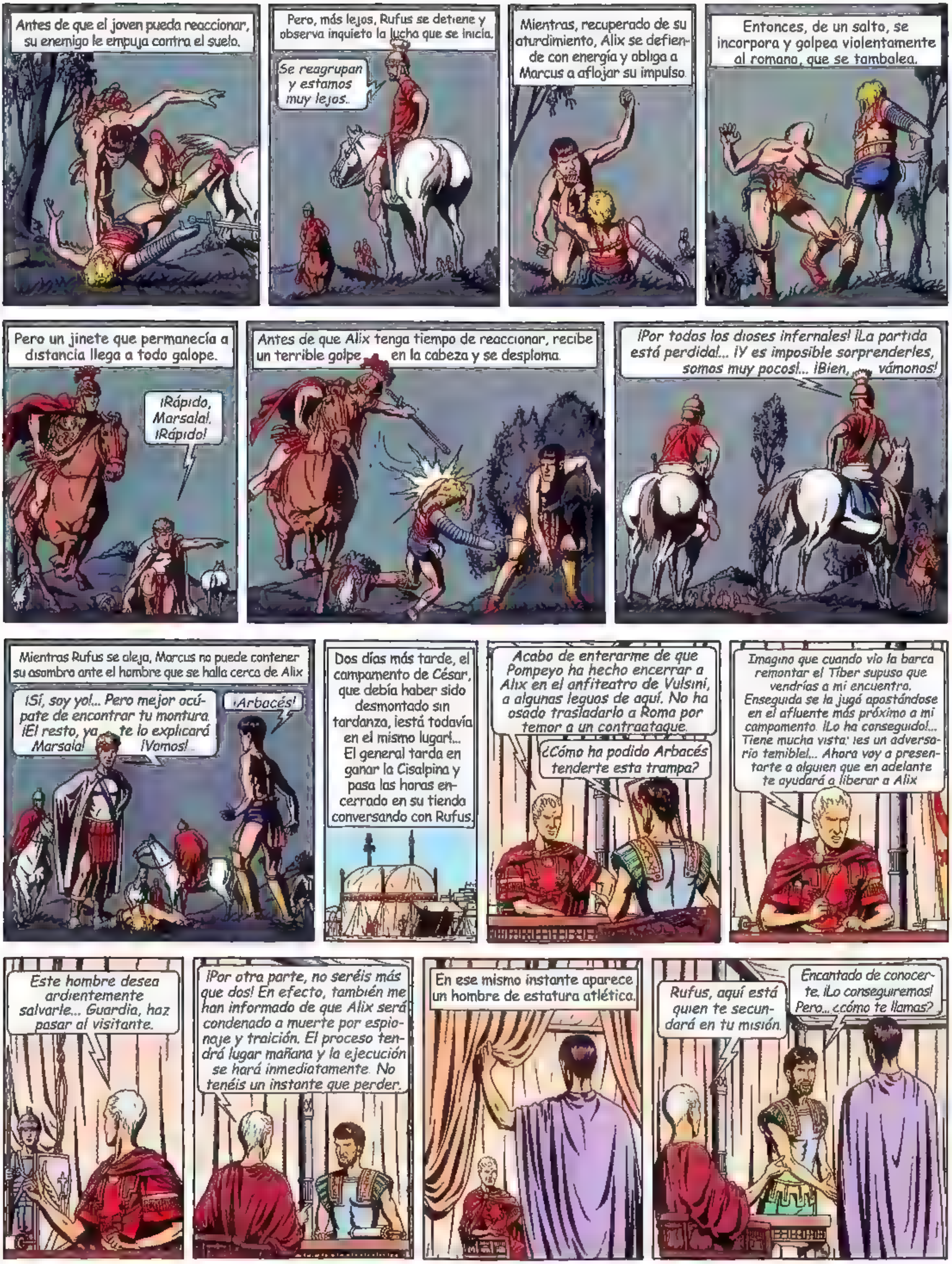
El avance de la pequeña tropa se vuelve más laboriosa cuando, de pronto, un grito desgarrador resuena.
¡El arquero!.. ¡Hay que ayudarle!
Por desgracia es inútil... Ese hombre ha hecho el sacrificio de su vida para la causa de César. ¡Vamos! ¡No perdamos más tiempo!
Y llegan delante de una gran puerta de bronce.
He bajado el pestillo. Así que allí arriba nadie podrá abrir las válvulas de la esclusa. Seguidme, por aquí
Antes de salir con Marsala y una escolta, Arbacés escucha las recomendaciones de Pompeyo.
¡Cuenta conmigo!
Después, a toda velocidad, conduce a sus jinetes a través de las calles de Roma.
Un poco más lejos, un esclusero dormita apaciblemente: ignora el drama que hay en juego bajo sus pies cuando...
...un jinete irrumpe con estrépito.
¡Tres hombres, rápido!
Despertado bruscamente, el guardia asiste a un singular espectáculo.
Es inútil insistir: han bloqueado la compuerta. ¡Vámonos!...
El griego ya ha saltado al caballo.
¡Tú, ni una palabra, si no pobre de ti!..
En ese momento los fugitivos desembocan en el Tíber donde una embarcación les espera
Después, con un potente golpe de cintura, Rufus cierra la reja..
..y baja el pestillo justo en el momento en que aparecen sus perseguidores
El primer gladiador lanza un furioso golpe a través de los barrotes; Rufus se aparta.
Y en ese momento.
¡Oh! ¡Allí!...



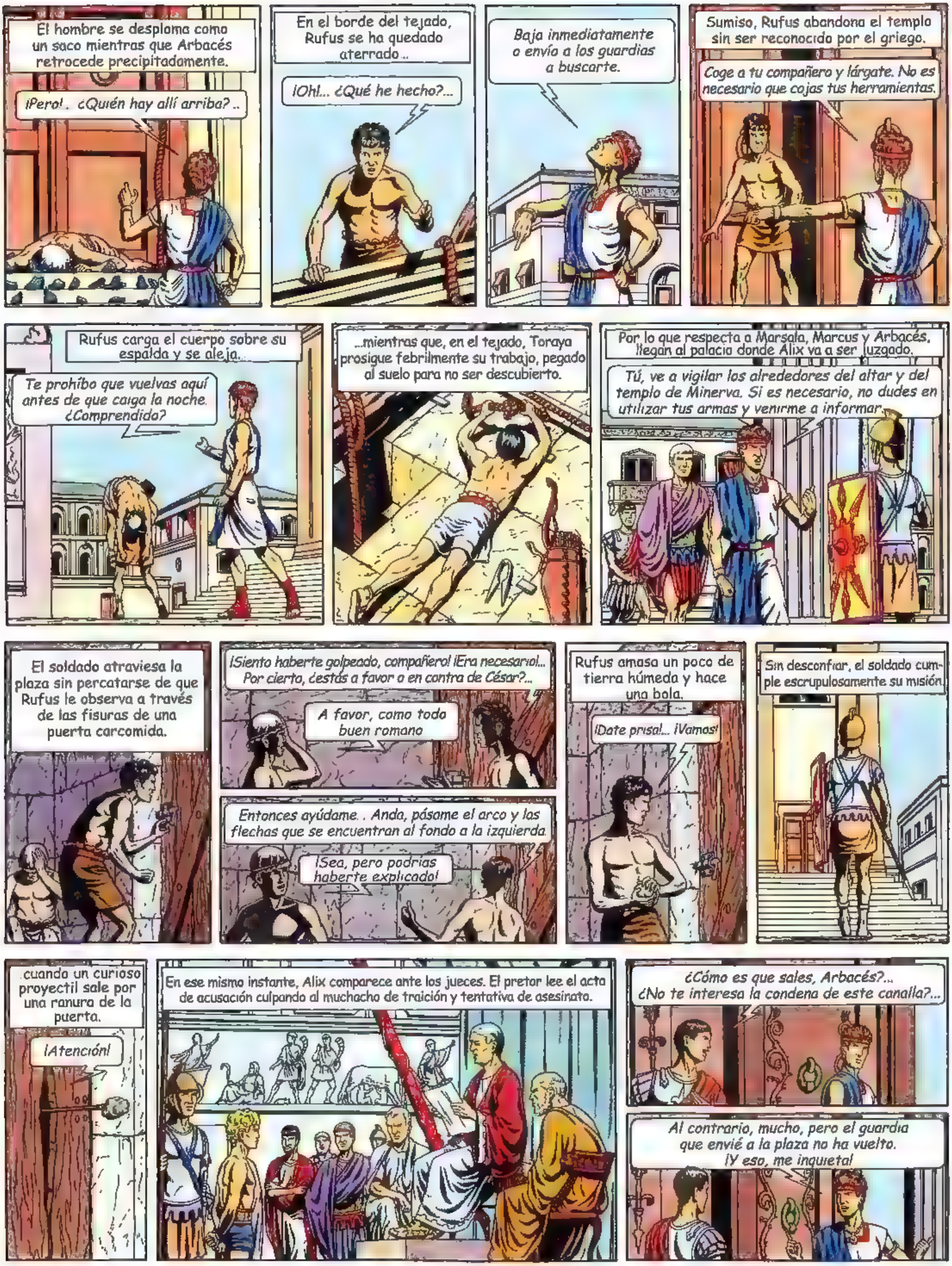
Pero el grito de Alix se pierde entre el ruido provocado por la caída de Rufus.
Arbacés acaba de ver la embarcación.
¡Sigamos por la ribera!
...desde donde da la orden a los arqueros de poner pie a tierra y tensar sus arcos.
Son objetivos fáciles, pero evitad tocar al prisionero; ¿comprendido?..
Mientras Rufus es subido a bordo...
...Arbacés adelanta rápidamente a la barca y alcanza un puente...
Replicando valientemente, Alix y sus compañeros intentan ponerse a cubierto.
Por fin, bajo una lluvia de flechas, consiguen ocultarse bajo uno de los arcos del puente.
En ese momento, Marsala, que ha quedado rezagado, da la alarma.
¡Jinetes!... ¡Vámonos!
Arbacés se enfurece, ¡pero no tiene otra opción!
¡Vamos, montad!... Tú, ve a apostarte detrás de esa estatua y espera a que la barca asome por el arco.
¡Eso es!... Vamos, tira: aunque sea una sola flecha, y mátame a ese maldito Alix
Mientras tanto, en el otro extremo del puente, los jinetes se detienen.
¡Por Júpiter! ¡Son soldados de la guardia de Pompeyo! ¡Oh! ¡Oh! ¡No intervengamos! No vale la pena buscarse problemas.
Pero, en la barca, un soldado exclama repentinamente.
¡ALIX!... ¡CUIDADO!.

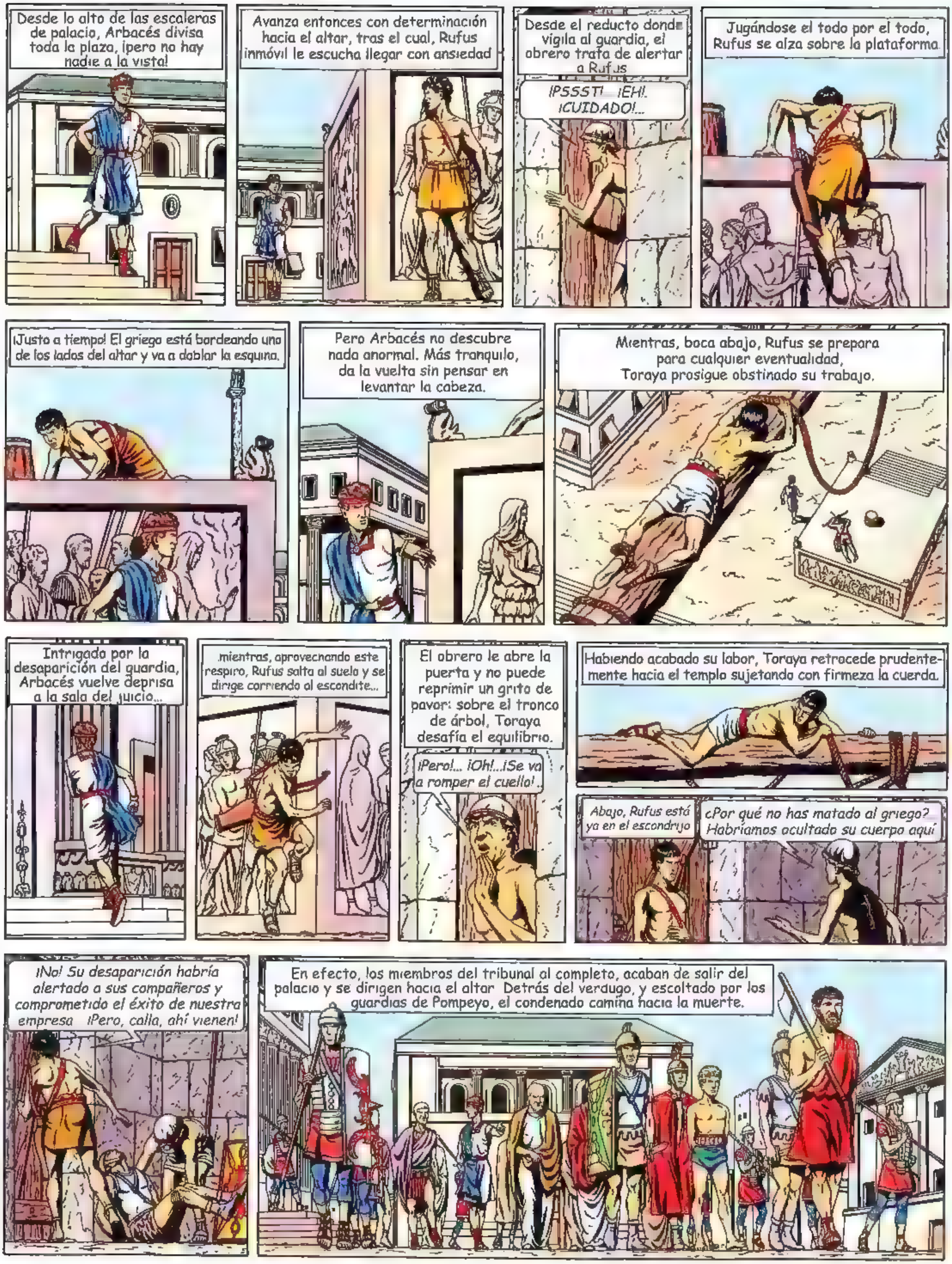

Por instinto, el muchacho se agacha y la flecha se clava en la hombrera.
Habiendo fallado el tiro, Arbacés y el arquero se alejan.
¡Estaban ocultos tras esa estatua!
Ahora estamos fuera de su alcance, pero, ¿qué hacen esos jinetes?
¡Media vuelta!
Entonces se apresuran a reunirse con Marsala.
¡Al ver los uniformes de la guardia de Pompeyo les habrá entrado miedo! ¡Ja! ¡Ja! ¡Tanto mejor!
Una vez más Alix se nos ha escapado. ¡Ha sido culpa nuestra por huir de esos jinetes que al final han resultado inofensivos! Ahora vamos a tratar de encontrar a Marcus y a Alix.
¡Decididamente, tienes mala suerte Arbacés!
Comprendo que te impacientes Marsala, pero no olvides que ahora dependes de Pompeyo y que ya tengo toda su confianza. Mientras tanto cálmate, mañana Alix y Marcus estarán en nuestras manos.
Algunas horas más tarde, una barca remonta un afluente del Tíber y sólo el ruido de las ramas turba la paz del crepúsculo.
Llega la noche y todos tocan tierra cerca de unos caballos vigilados por un soldado
¿Va todo bien?..
¡Sin novedad!
Montan inmediatamente a caballo
Falta todavía un remero, esperémosle.
En efecto, por precaución, uno de los soldados disimula la barca bajo la espesa y frondosa vegetación.
Finalmente Rufus da la señal
¡En marcha! Que dos guardias escolten al prisionero
La pequeña tropa se pone en marcha, Rufus en cabeza, mientras que Alix vigila a Marcus
Sin embargo, en el límite de un bosque, otros jinetes aguardan en silencio, escrutando el horizonte.
De pronto, uno de ellos se sobresalta
¡Están aquí!

Entonces, el que parece ser el jefe de este extraño grupo se descubre, desenvaina su espada y ordena:
Adelante!
Viendo su ruta bruscamente ocupada por los desconocidos, Rufus inmoviliza su montura
¡DETENEOS!
Seguro de sí mismo, el jefe de los asaltantes se aproxima a Rufus mientras que sus compañeros rodean a los partidarios de César
¡No sois bastantes para empezar un combate, así que dejad vuestros gladios en su funda y rendíos!
¡Así está bien! ¡Tú, Rufus, el fiel lugarteniente de César! ¡Enhorabuena, has estado a punto de escapar de nosotros! Entregadme a Marcus y a Alix y todos salvaréis la vida.
Pero Rufus no es un hombre que se deje vencer fácilmente. De un vistazo considera la situación y toma una decisión.
Bruscamente se lanza adelante.
¡ROMPED EL CÍRCULO!...
El ataque es tan repentino que los hombres de Pompeyo son empujados y la mayoría pierden el equilibrio. En unos instantes el círculo se rompe y la vía está libre.
¡Es una desbandada. Más atrás, Alix no tiene problemas para abrirse camino hacia la libertad
En cuanto a Marcus, se lo juega todo y, por sorpresa, golpea a su guardián, mientras Alix huye delante de él
En seguida el romano se esfuerza por alcanzarle y lanza su caballo a toda velocidad
Al llegar, a pleno galope, se tira sobre su enemigo, le agarra de la garganta y lo arrastra en su caída.

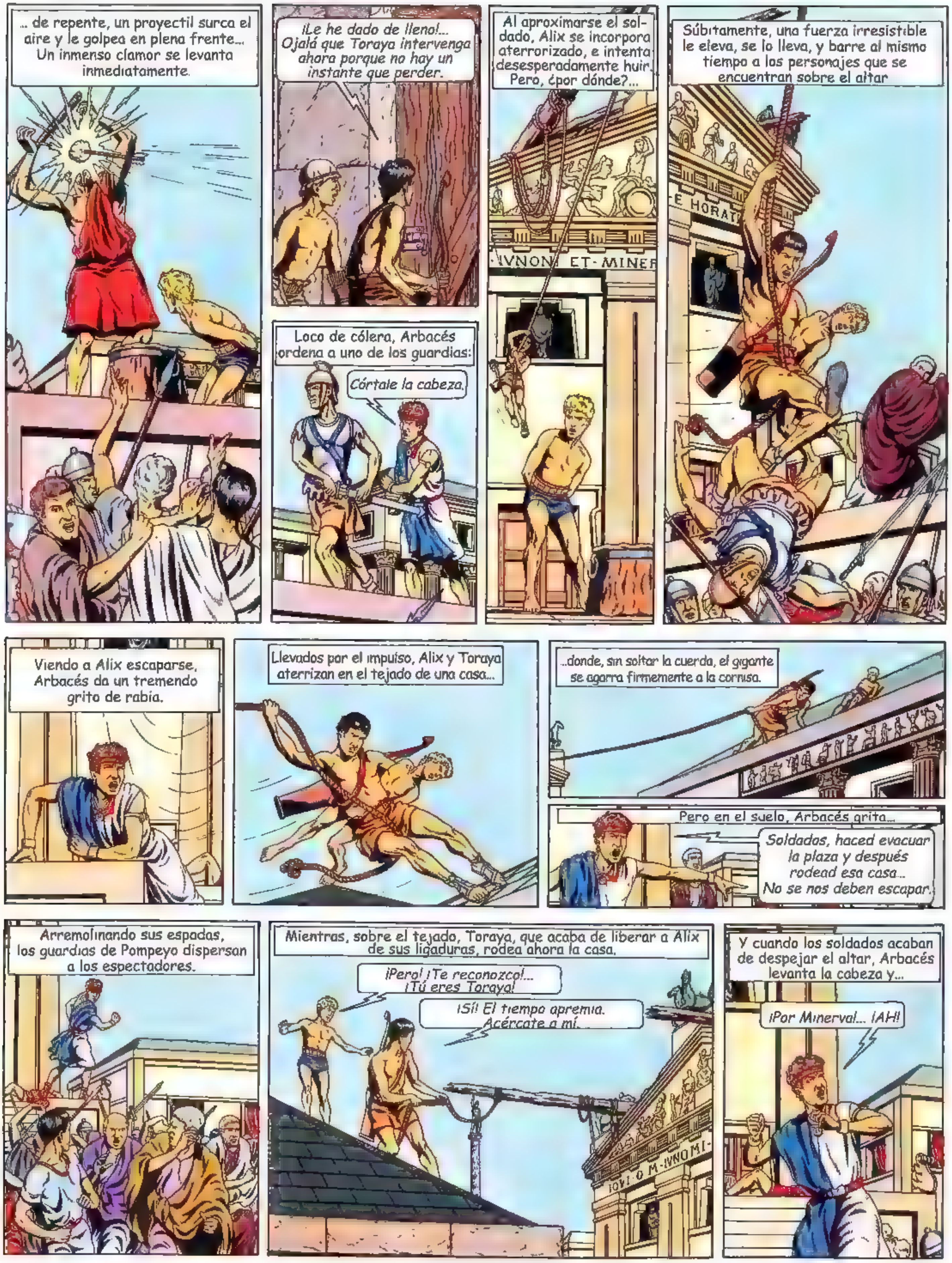

Antes de que el joven pueda reaccionar, su enemigo le empuja contra el suelo.
Pero, más lejos, Rufus se detiene y observa inquieto la lucha que se inicia.
Se reagrupan y estamos muy lejos..
Mientras, recuperado de su aturdimiento, Alix se defiende con energía y obliga a Marcus a aflojar su impulso.
Entonces, de un salto, se incorpora y golpea violentamente al romano, que se tambalea.
Pero un jinete que permanecía a distancia llega a todo galope.
¡Rápido, Marsala! ¡Rápido!
Antes de que Alix tenga tiempo de reaccionar, recibe un terrible golpe en la cabeza y se desploma.
¡Por todos los dioses infernales! ¡La partida está perdida!... ¡Y es imposible sorprenderles, somos muy pocos!... ¡Bien, vámonos!
Mientras Rufus se aleja, Marcus no puede contener su asombro ante el hombre que se halla cerca de Alix
¡Arbacés!
¡Sí, soy yo!... Pero mejor ocúpate de encontrar tu montura. ¡El resto, ya te lo explicará Marsala! ¡Vamos!
Dos días más tarde, el campamento de César, que debía haber sido desmontado sin tardanza, ¡está todavía en el mismo lugar!... El general tarda en ganar la Cisalpina y pasa las horas encerrado en su tienda conversando con Rufus.
Acabo de enterarme de que Pompeyo ha hecho encerrar a Alix en el anfiteatro de Vulsini, a algunas leguas de aquí. No ha osado trasladarlo a Roma por temor a un contraataque.
¿Cómo ha podido Arbacés tenderte esta trampa?
Imagino que cuando vio la barca remontar el Tíber supuso que vendrías a mi encuentro. Enseguida se la jugó apostándose en el afluente más próximo a mi campamento. ¡Lo ha conseguido!... Tiene mucha vista: ¡es un adversario temible!... Ahora voy a presentarte a alguien que en adelante te ayudará a liberar a Alix
Este hombre desea ardientemente salvarle... Guardia, haz pasar al visitante.
¡Por otra parte, no seréis más que dos! En efecto, también me han informado de que Alix será condenado a muerte por espionaje y traición. El proceso tendrá lugar mañana y la ejecución se hará inmediatamente. No tenéis un instante que perder.
En ese mismo instante aparece un hombre de estatura atlética.
Rufus, aquí está quien te secundará en tu misión.
Encantado de conocerte. ¡Lo conseguiremos! Pero... ¿cómo te llamas?

Su nombre es Toraya y llega de Rodas donde Honorus Galla le había encargado encontrar a Arbacés. Su búsqueda le ha conducido hasta aquí donde se ha enterado de la captura de Alix... Te dejo con él, él te expondrá su plan.
Las personas que vigilan a Alix desconfían y han puesto guardias por todo Vulsini, sin embargo, en su precipitación han olvidado un lugar y nosotros vamos a aprovecharlo... Pero antes, debemos ser irreconocibles
Nadie resiste el placer de contemplar el cadalso y, por precaución, en cada esquina los centinelas prohíben el acceso del público a la plaza.
MINERVA·S·P·Q·R·D·E·T·HORATIUS·C
Poco después, en la tienda Rufus, los dos nuevos amigos se afeitan cuidadosamente con aceite de palma.
¡Y las horas pasan!... A la mañana siguiente, Marsala, Marcus y Arbacés esperan impacientemente la ejecución.
¡Mirad, todo está listo!... El tajo ya está en su sitio. En cuanto al proceso, no es más que una formalidad para aplacar a César
No obstante un hombre encaramado sobre el techo del templo que domina la plaza no pierde de vista al trío.
De pronto, un obrero grita desde abajo.
¡Eh!.. ¡Allí arriba! ... ¿Estás dormido?
Sorprendidos, Arbacés y sus secuaces intercambian una mirada de cólera pero el griego reacciona rápido.
¡Esperadme, voy a ver qué sucede!
Después, rodeando el altar:
¡Eh,tú!... ¿Qué haces ahí?... Nadie puede estar en este lugar, ¿lo sabes?
Mientras, en el tejado, el hombre trepa y...
Toraya, Arbacés ha descubierto nuestra presencia. ¡Si habla estamos perdidos!
¿Y bien?... ¿Desde cuándo están sobre el templo estos troncos?..
¡Hace tiempo, señor! Consolidan el andamio. El hombre que me contrató ayer por la noche, me ha...
El obrero no tiene tiempo de decir nada más. Un gran recipiente de arcilla le cae en la cabeza.

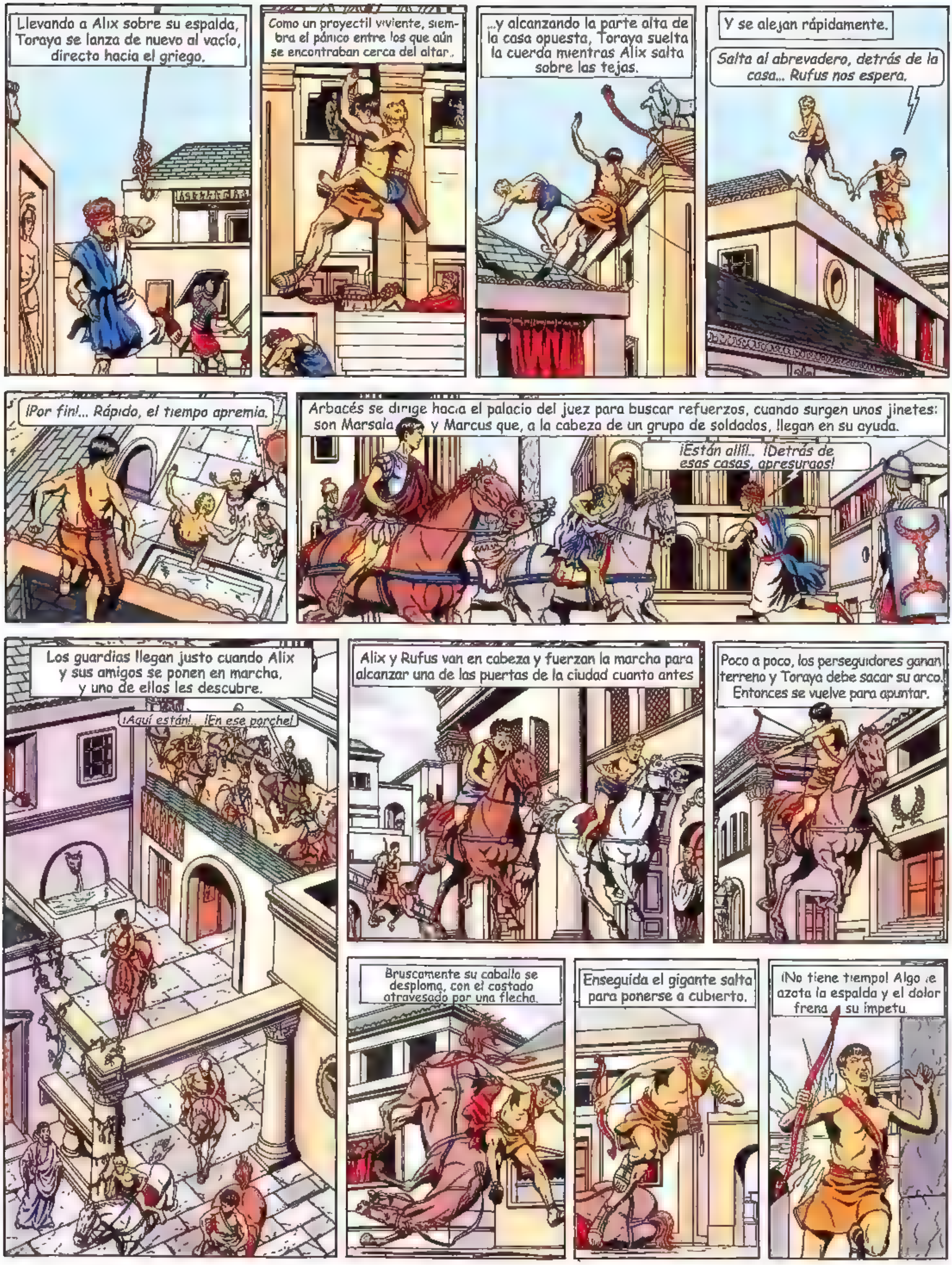

El hombre se desploma como un saco mientras que Arbacés retrocede precipitadamente.
¡Pero!.. ¿Quién hay allí arriba?..
En el borde del tejado, Rufus se ha quedado aterrado..
¡Oh!... ¿Qué he hecho?...
Baja inmediatamente o envío a los guardias a buscarte.
Sumiso, Rufus abandona el templo sin ser reconocido por el griego.
Coge a tu compañero y lárgate. No es necesario que cojas tus herramientas.
Rufus carga el cuerpo sobre su espalda y se aleja..
Te prohíbo que vuelvas aquí antes de que caiga la noche. ¿Comprendido?
...mientras que, en el tejado, Toraya prosigue febrilmente su trabajo, pegado al suelo para no ser descubierto.
Por lo que respecta a Marsala, Marcus y Arbacés, llegan al palacio donde Alix va a ser juzgado.
Tú, ve a vigilar los alrededores del altar y del templo de Minerva. Si es necesario, no dudes en utilizar tus armas y venirme a informar.
El soldado atraviesa la plaza sin percatarse de que Rufus le observa a través de las fisuras de una puerta carcomida.
¡Siento haberte golpeado, compañero! ¡Era necesario!... Por cierto, ¿estás a favor o en contra de César?...
A favor, como todo buen romano
Entonces ayúdame.. Anda, pásame el arco y las flechas que se encuentran al fondo a la izquierda.
¡Sea, pero podrías haberte explicado!
Rufus amasa un poco de tierra húmeda y hace una bola.
¡Date prisa!... ¡Vamos!
Sin desconfiar, el soldado cumple escrupulosamente su misión.
..cuando un curioso proyectil sale por una ranura de la puerta.
¡Atención!
En ese mismo instante, Alix comparece ante los jueces. El pretor lee el acta de acusación culpando al muchacho de traición y tentativa de asesinato.
¿Cómo es que sales, Arbacés?... ¿No te interesa la condena de este canalla?...
Al contrario, mucho, pero el guardia que envié a la plaza no ha vuelto. ¡Y eso, me inquieta!


Desde lo alto de las escaleras de palacio, Arbacés divisa toda la plaza, ¡pero no hay nadie a la vista!
Avanza entonces con determinación hacia el altar, tras el cual, Rufus inmóvil le escucha llegar con ansiedad
Desde el reducto donde vigila al guardia, el obrero trata de alertar a Rufus
¡PSSST! ¡EH! ¡CUIDADO!...
Jugándose el todo por el todo, Rufus se alza sobre la plataforma
¡Justo a tiempo! El griego está bordeando uno de los lados del altar y va a doblar la esquina.
Pero Arbacés no descubre nada anormal. Más tranquilo, da la vuelta sin pensar en levantar la cabeza.
Mientras, boca abajo, Rufus se prepara para cualquier eventualidad, Toraya prosigue obstinado su trabajo.
Intrigado por la desaparición del guardia, Arbacés vuelve deprisa a la sala del juicio...
...mientras, aprovechando este respiro, Rufus salta al suelo y se dirige corriendo al escondite...
El obrero le abre la puerta y no puede reprimir un grito de pavor: sobre el tronco de árbol, Toraya desafía el equilibrio.
¡Pero!... ¡Oh!... ¡Se va a romper el cuello!...
Habiendo acabado su labor, Toraya retrocede prudentemente hacia el templo sujetando con firmeza la cuerda.
Abajo, Rufus está ya en el escondrijo
¿Por qué no has matado al griego? Habríamos ocultado su cuerpo aquí
¡No! Su desaparición habría alertado a sus compañeros y comprometido el éxito de nuestra empresa. ¡Pero, calla, ahí vienen!
En efecto, los miembros del tribunal al completo, acaban de salir del palacio y se dirigen hacia el altar. Detrás del verdugo, y escoltado por los guardias de Pompeyo, el condenado camina hacia la muerte.

Después de un instante de duda, Alix sube las escaleras.
Entonces, los pregoneros de la ciudad invitan a los ciudadanos a asistir a la ejecución.
En seguida, la muchedumbre excitada empuja a los soldados que a duras penas la contienen.
Arbacés, que sabe la razón de esta cólera, intenta calmarla.
¡Silencio!.. ¡Silencio!
Pueblo de Vulsini, no habéis asistido al juicio de este espía ya que hemos debatido secretos de estado. Sólamente los magistrados y ediles podían conocerlos... El pretor va a leer el extracto del juicio y...
Pero es bruscamente interrumpido.
¡Es un montaje!
¡Queremos la verdad!
Alarmados por los gritos que van creciendo, los jueces pierden la compostura y Arbacés debe enfrentarse al peligro.
Soldados, despejad el altar... ¡Deprisa!. ¡No tengáis piedad con este populacho!
Desbordados por un momento, los soldados toman posición a pesar de las amenazas de la muchedumbre que debe ceder por la fuerza.
Arbacés hace una señal a uno de sus guardias y éste agarra a Alix por los cabellos y le obliga a inclinar la cabeza hacia el tajo.
El desafortunado muchacho se desmorona de repente, como si su coraje le abandonara: todo parece tan cruel e implacable y sus ojos turbados buscan ayuda en vano.
Entonces el pretor ordena al verdugo:
¡Haz tu trabajo!
A pesar de los gritos indignados del público, Arbacés y sus cómplices no ocultan su alegría.
¡Ah! ¡Estaba seguro de que César no intentaría nada!.. Por fin vamos a librarnos de él.
Luego, el verdugo levanta su hacha, coge aire y...

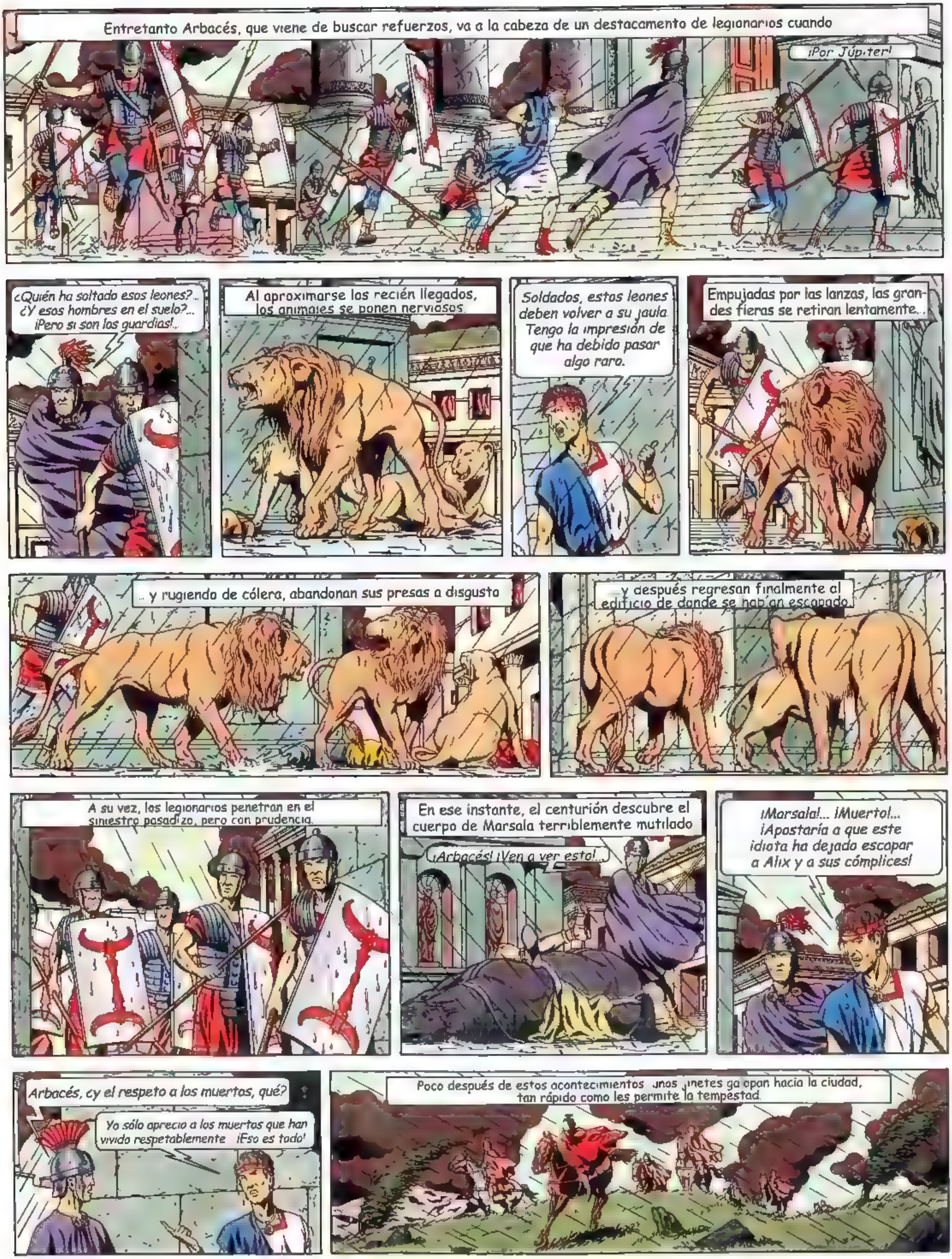


... de repente, un proyectil surca el aire y le golpea en plena frente... Un inmenso clamor se levanta inmediatamente.
¡Le he dado de lleno!... Ojalá que Toraya intervenga ahora porque no hay un instante que perder.
Loco de cólera, Arbacés ordena a uno de los guardias:
Córtale la cabeza.
Al aproximarse el soldado, Alix se incorpora aterrorizado, e intenta desesperadamente huir. Pero, ¿por dónde?...
Súbitamente, una fuerza irresistible le eleva, se lo lleva, y barre al mismo tiempo a los personajes que se encuentran sobre el altar
Viendo a Alix escaparse, Arbacés da un tremendo grito de rabia.
Llevados por el impulso, Alix y Toraya aterrizan en el tejado de una casa...
...donde, sin soltar la cuerda, el gigante se agarra firmemente a la cornisa.
Pero en el suelo, Arbacés grita...
Soldados, haced evacuar la plaza y después rodead esa casa... No se nos deben escapar.
Arremolinando sus espadas, los guardias de Pompeyo dispersan a los espectadores.
Mientras, sobre el tejado, Toraya, que acaba de liberar a Alix de sus ligaduras, rodea ahora la casa.
¡Pero! ¡Te reconozco!... ¡Tú eres Toraya!
¡Sí! El tiempo apremia. Acércate a mí.
Y cuando los soldados acaban de despejar el altar, Arbacés levanta la cabeza y...
¡Por Minerva!... ¡AH!

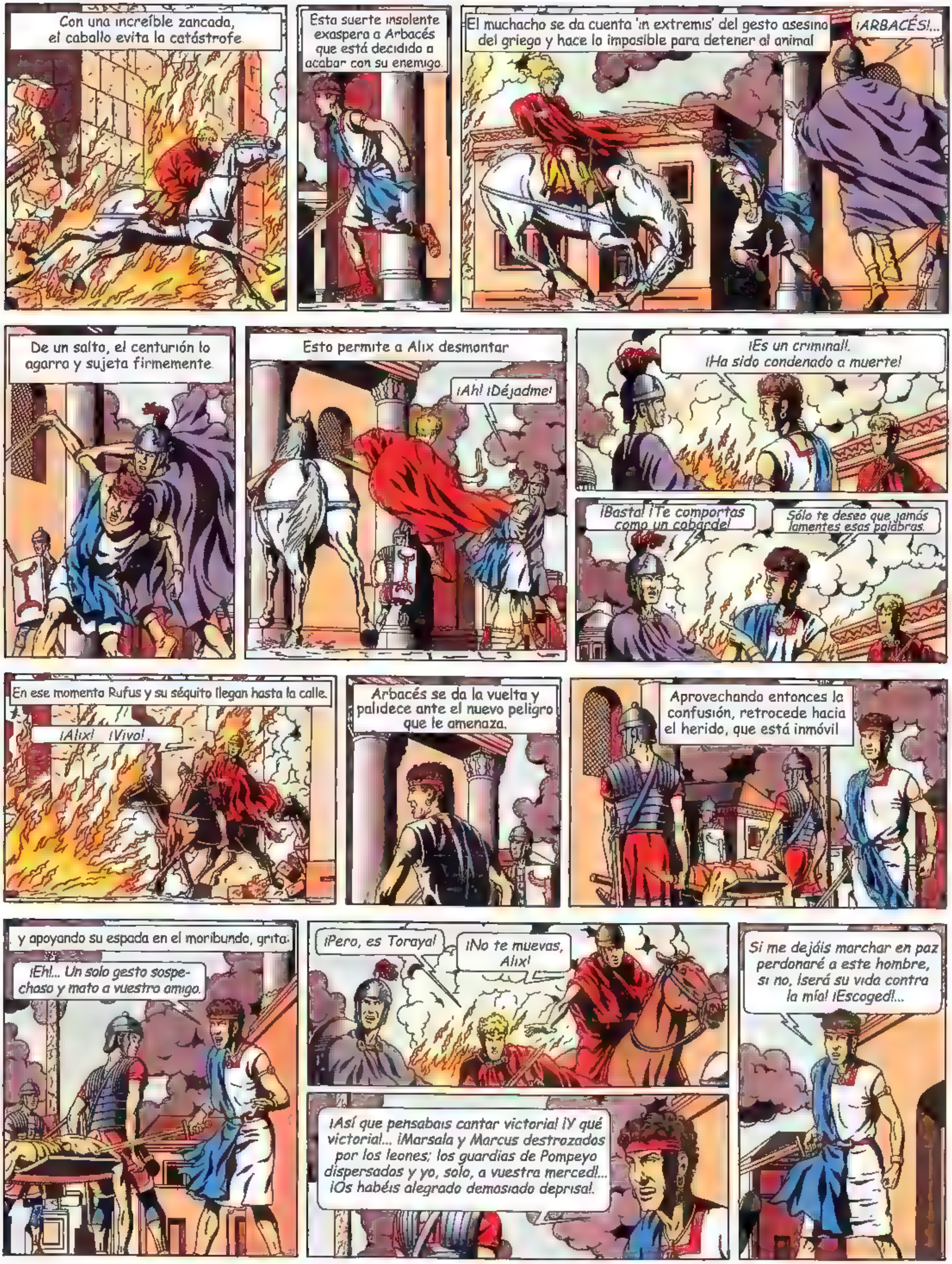


Llevando a Alix sobre su espalda, Toraya se lanza de nuevo al vacío, directo hacia el griego.
Como un proyectil viviente, siembra el pánico entre los que aún se encontraban cerca del altar..
..y alcanzando la parte alta de la casa opuesta, Toraya suelta la cuerda mientras Alix salta sobre las tejas.
Y se alejan rápidamente.
Salta al abrevadero, detrás de la casa... Rufus nos espera.
¡Por fin!... Rápido, el tiempo apremia.
Arbacés se dirige hacia el palacio del juez para buscar refuerzos, cuando surgen unos jinetes: son Marsala y Marcus que, a la cabeza de un grupo de soldados, llegan en su ayuda.
¡Están allí!.. ¡Detrás de esas casas, apresuraos!
Los guardias llegan justo cuando Alix y sus amigos se ponen en marcha, y uno de ellos les descubre.
¡Aquí están!.. ¡En ese porche!
Alix y Rufus van en cabeza y fuerzan la marcha para alcanzar una de las puertas de la ciudad cuanto antes
Poco a poco, los perseguidores ganan terreno y Toraya debe sacar su arco. Entonces se vuelve para apuntar.
Bruscamente su caballo se desploma, con el costado atravesado por una flecha.
Enseguida el gigante salta para ponerse a cubierto.
¡No tiene tiempo! Algo le azota la espalda y el dolor frena su ímpetu.

Creyendo que Toraya les sigue, los tres jinetes salen de la ciudad y prosiguen su camino a toda velocidad.
Están ya muy lejos cuando constatan la ausencia de su amigo.
¡Ha debido ir por otra ruta!
No nos quedemos aquí: se avecina una tormenta.
Y reemprenden su carrera bajo un cielo cada vez más amenazador.
Aunque gravemente herido, Toraya ha podido contener a sus perseguidores pero su carcaj está vacío.
Entonces, deja su arco y, titubeando, se dirige hacia un pasadizo
A costa de terribles esfuerzos, consigue doblar la esquina de un muro y ve una reja abierta delante de la cual duerme un guardián.
Es el lugar donde están encerradas las fieras destinadas a los juegos del circo.
Con precaución, Toraya encierra al guardia mientras se aproximan pasos de soldados.
¡Ah! ¡No puedo más!... ¡Debo alcanzar esa puerta... sí,... es...necesario!
En ese momento el cielo se quiebra con un terrible estruendo
Sin preocuparles la tormenta, Marcus y sus hombres bajan prudentemente por la escalera.
Uno a uno, los arqueros se adentran en el pasaje a pesar del resplandor deslumbrante de los relámpagos.
Bruscamente, los leones hambrientos irrumpen dando feroces rugidos.

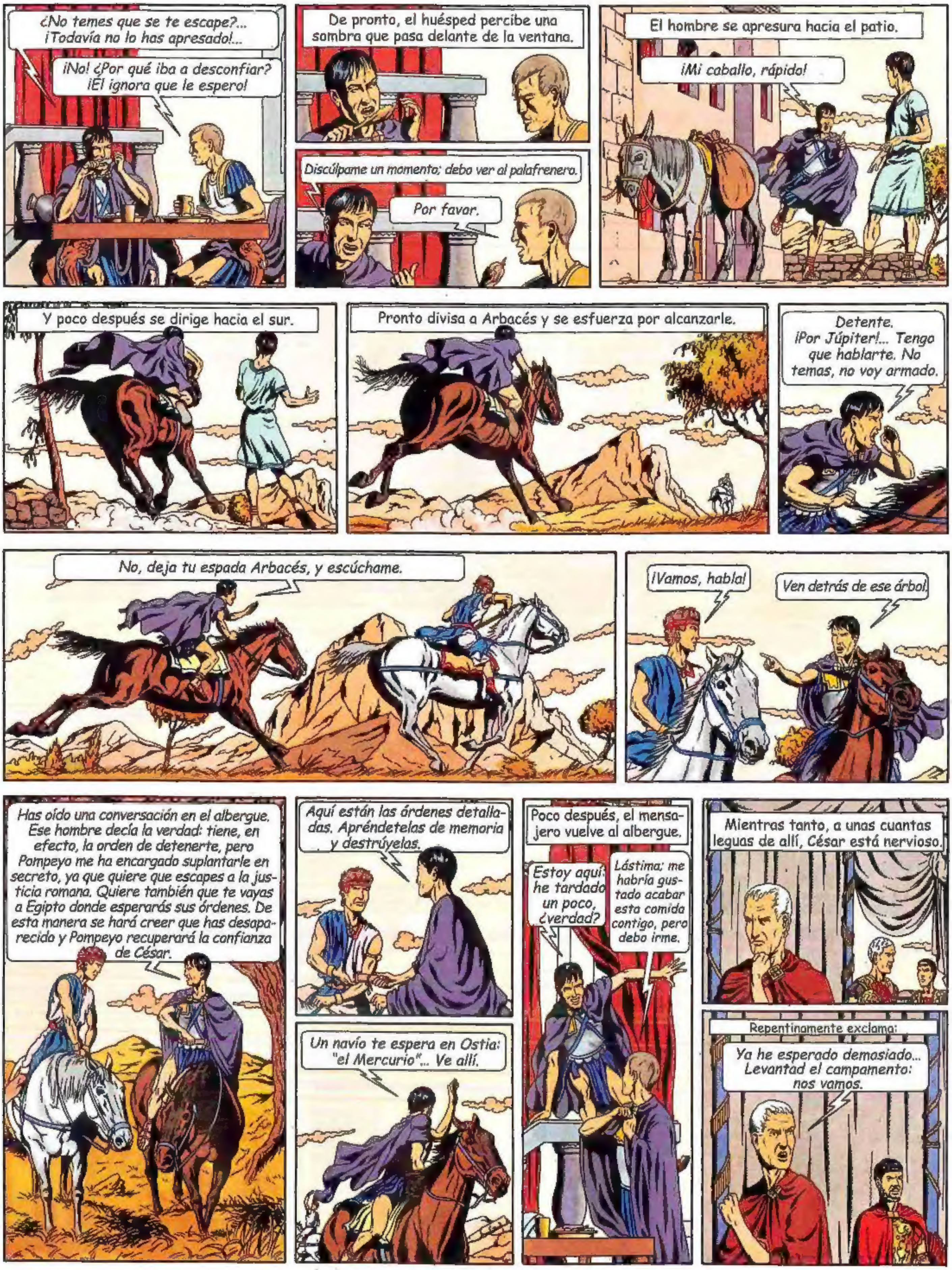

Entretanto Arbacés, que viene de buscar refuerzos, va a la cabeza de un destacamento de legionarios cuando
¡Por Júpiter!
¿Quién ha soltado esos leones?... ¿Y esos hombres en el suelo?... ¡Pero si son los guardias!...
Al aproximarse los recién llegados, los animales se ponen nerviosos.
Soldados, estos leones deben volver a su jaula. Tengo la impresión de que ha debido pasar algo raro.
Empujadas por las lanzas, las grandes fieras se retiran lentamente...
... y rugiendo de cólera, abandonan sus presas a disgusto
... y después regresan finalmente al edificio de donde se habían escapado.
A su vez, los legionarios penetran en el siniestro pasadizo, pero con prudencia.
En ese instante, el centurión descubre el cuerpo de Marsala terriblemente mutilado
¡Arbacés! ¡Ven a ver esto!...
¡Marsala!... ¡Muerto!... ¡Apostaría a que este idiota ha dejado escapar a Alix y a sus cómplices!
Arbacés, ¿y el respeto a los muertos, qué?
Yo sólo aprecio a los muertos que han vivido respetablemente. ¡Eso es todo!
Poco después de estos acontecimientos, unos jinetes galopan hacia la ciudad, tan rápido como les permite la tempestad.

Algunos instantes más tarde entran en la ciudad
Bruscamente estalla un trueno extremadamente violento
El rayo ha caído en aquel edificio ¡Vayamos a ver!
El incendio se propaga con terrible rapidez y alcanza ya las dependencias del circo que Arbacés acaba de dejar.
Transportando un herido en unas angarillas, los legionarios se alejan del incendio.
¡De buena nos hemos librado! Todo arde.
¡Qué!... ¿El circo?...
Soldados, aligerad el paso. Es necesario buscar un lugar seguro. ¡Vamos!
En ese momento los jinetes se acercan.
El circo. ¿Es posible que Toraya...?
Con el ruido de los caballos, el centurión se gira, bastante sorprendido
Pero, ¿qué hacen aquí esos caballos?
De pronto el muro del edificio en llamas se agrieta con siniestros crujidos.
...justo cuando Alix arremete contra el grupo de Arbacés, que acaba de verle aparecer.
¡Ahí están!... ¡Rápido!
¡Alix!... ¡CUIDADO!..
¿Alix?...
¡Oh!... ¡El muro!...
Comprendiendo el peligro, el muchacho fuerza a su montura, pero ya es tarde y la muralla de desmorona...
...después, de golpe, desaparece en un torbellino de piedras y fuego.

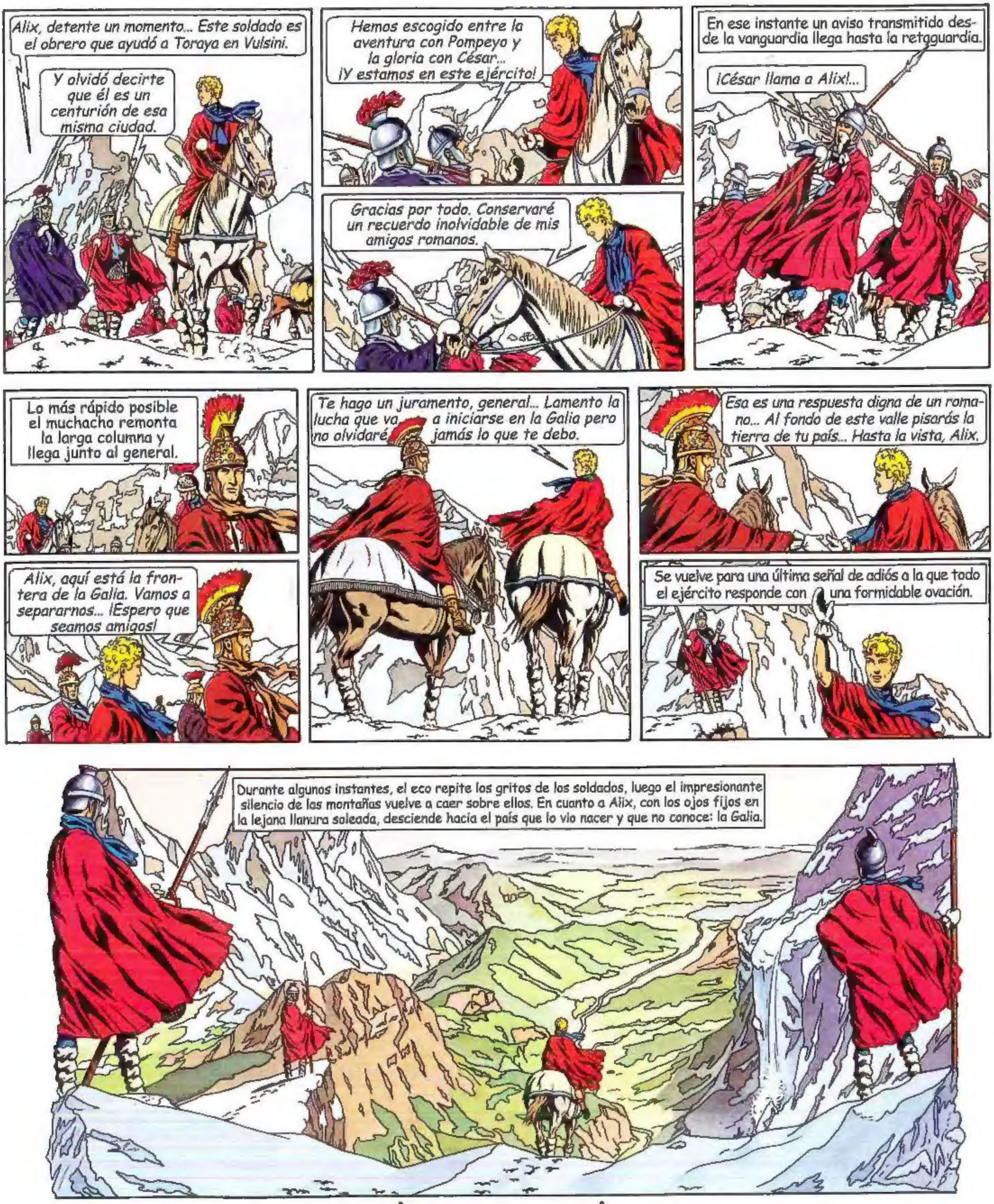


Con una increíble zancada, el caballo evita la catástrofe.
Esta suerte insolente exaspera a Arbacés que está decidido a acabar con su enemigo.
El muchacho se da cuenta 'in extremis' del gesto asesino del griego y hace lo imposible para detener al animal
¡ARBACÉS!...
De un salto, el centurión lo agarra y sujeta firmemente.
Esto permite a Alix desmontar
¡Ah! ¡Déjadme!
¡Es un criminal!. ¡Ha sido condenado a muerte!
¡Basta! ¡Te comportas como un cobarde!
Sólo te deseo que jamás lamentes esas palabras.
En ese momento Rufus y su séquito llegan hasta la calle.
¡Alix! ¡Vivo!.
Arbacés se da la vuelta y palidece ante el nuevo peligro que le amenaza.
Aprovechando entonces la confusión, retrocede hacia el herido, que está inmóvil
... y apoyando su espada en el moribundo, grita:
¡Eh!... Un solo gesto sospechoso y mato a vuestro amigo.
¡Pero, es Toraya!
¡No te muevas, Alix!
¡Así que pensabais cantar victoria! ¡Y qué victoria!... ¡Marsala y Marcus destrozados por los leones; los guardias de Pompeyo dispersados y yo, solo, a vuestra merced!... ¡Os habéis alegrado demasiado deprisa!.
Si me dejáis marchar en paz perdonaré a este hombre, si no, ¡será su vida contra la mía! ¡Escoged!...

¡Sea, eres libre Arbacés!... Pero no quiero volverte a encontrar jamás en mi camino.
Si eso llegara a suceder, te haría lamentar amargamente estas palabras.
Entonces el griego monta en el caballo de Alix y lo lanza al galope.
¡Pero, mi caballo!...
¡Bah! Déjale... Mejor ocupémonos del herido.
¡Vaya! ¡No me siguen!... ¿Y eso?...
Poco después, bajo la puesta de sol, Arbacés se dirige hacia Roma...
...mientras en Vulsini, Toraya cuenta su relato.
Tuve fuerzas para abrir la jaula de los leones... Las fieras saltaron sobre los guardias... ¡Luego ya no recuerdo nada más!
Gracias por haber querido salvarme, Alix... ¡Demasiado tarde!... Por siempre bravo y... generoso... Acuér...date de mí... A... ¡Adiós!...
¡Rufus! ¡No es posible!... ¡No está muerto!...
¡Desgraciadamente sí! Él era como un padre muy querido para ti, pero te quedan amigos fieles, lo sabes. ¡Vamos! ¡Ten valor muchacho!
Y cuando el sol se eleva de nuevo sobre la campiña romana...
...Arbacés, que ha galopado toda la noche, llega a un albergue.
Tú, alimenta y cepilla a mi caballo. Dentro de una hora volveré a salir, no te entretengas.
El griego entra en la sala del albergue donde se aglutina una variopinta clientela.
Enseguida le sorprende una conversación que le llena de inquietud.
¿Cómo se llama ese individuo?
¡Arbacés!... Ha sido el agente más peligroso de Pompeyo. Digo "ha sido" ya que, según los acontecimientos de Vulsini, el Cónsul ha decidido prescindir de él. ¡Tal fracaso es imperdonable!... ¡Por otra parte, se ha abierto una investigación sobre la muerte de Marsala y Marcus! Será necesario un culpable y ese griego es el más indicado. Yo soy el encargado de detenerle.


¿No temes que se te escape?... ¡Todavía no lo has apresado!...
¡No! ¿Por qué iba a desconfiar? ¡Él ignora que le espero!
De pronto, el huésped percibe una sombra que pasa delante de la ventana.
Discúlpame un momento; debo ver al palafrenero.
Por favor.
El hombre se apresura hacia el patio.
¡Mi caballo, rápido!
Y poco después se dirige hacia el sur.
Pronto divisa a Arbacés y se esfuerza por alcanzarle.
Detente. ¡Por Júpiter!... Tengo que hablarte. No temas, no voy armado.
No, deja tu espada Arbacés, y escúchame.
¡Vamos, habla!
Ven detrás de ese árbol.
Has oído una conversación en el albergue. Ese hombre decía la verdad: tiene, en efecto, la orden de detenerte, pero Pompeyo me ha encargado suplantarle en secreto, ya que quiere que escapes a la justicia romana. Quiere también que te vayas a Egipto donde esperarás sus órdenes. De esta manera se hará creer que has desaparecido y Pompeyo recuperará la confianza de César.
Aquí están las órdenes detalladas. Apréndetelas de memoria y destrúyelas.
Un navío te espera en Ostia: "el Mercurio"... Ve allí.
Poco después, el mensajero vuelve al albergue.
Estoy aquí; he tardado un poco, ¿verdad?
Lástima; me habría gustado acabar esta comida contigo, pero debo irme.
Mientras tanto, a unas cuantas leguas de allí, César está nervioso.
Repentinamente exclama:
Ya he esperado demasiado... Levantad el campamento: nos vamos.

Al salir de la tienda con César, un oficial levanta el brazo hacia el horizonte y exclama:
¡Están allí, general! Mira, se distinguen claramente los abrigos rojos.
Un convoy camina hacia el campamento: cuatro soldados llevan el cuerpo de Toraya.
Luego, Rufus y Alix se apartan del grupo y se dirigen hacia el Cónsul.
General, Toraya ha muerto como un héroe, después de haber aguantado él solo el asalto de los guardias de Pompeyo. Marsala y Marcus han muerto pero Arbacés ha conseguido huir. Sin embargo, corre el rumor de que Pompeyo le ha mandado detener.
¡Lo dudo!
Que se le celebren al bravo Toraya unos funerales dignos. Rufus, tú te encargarás. Tú, Alix, ven conmigo.
¡Yo quisiera hacer algo por ti, hijo! ... ¿Quieres acompañarme hasta la frontera de la Galia?
¡La Galia!... ¡Toraya también quería llevarme! Por desgracia nunca podré agradecerle toda su generosidad.
Acepto tu oferta, general. Gracias a ti por fin voy a regresar a mi país... ¿Cuándo partimos?...
Al alba.
Algunas horas más tarde, el ejército romano atraviesa los Alpes. Entre la nieve y el frío, hombres y bestias avanzan lentamente en una fila interminable.
A la cabeza de la columna, César y sus lugartenientes observan los alrededores ya que las emboscadas de los galos son temibles.
En cuanto a Alix, marcha con los legionarios y las mulas que forman la retaguardia.
De repente, un soldado exclama:
¿Pero, estoy viendo visiones?...
¿Es él, verdad?
¡Sin duda!...



Alix, detente un momento... Este soldado es el obrero que ayudó a Toraya en Vulsini.
Y olvidó decirte que él es un centurión de esa misma ciudad.
Hemos escogido entre la aventura con Pompeyo y la gloria con César... ¡Y estamos en este ejército!
Gracias por todo. Conservaré un recuerdo inolvidable de mis amigos romanos.
En ese instante un aviso transmitido desde la vanguardia llega hasta la retaguardia.
¡César llama a Alix!...
Lo más rápido posible el muchacho remonta la larga columna y llega junto al general.
Alix, aquí está la frontera de la Galia. Vamos a separarnos... ¡Espero que seamos amigos!
Te hago un juramento, general... Lamento la lucha que va a iniciarse en la Galia pero no olvidaré jamás lo que te debo.
Esa es una respuesta digna de un romano... Al fondo de este valle pisarás la tierra de tu país... Hasta la vista, Alix.
Se vuelve para una última señal de adiós a la que todo el ejército responde con una formidable ovación.
Durante algunos instantes, el eco repite los gritos de los soldados, luego el impresionante silencio de las montañas vuelve a caer sobre ellos. En cuanto a Alix, con los ojos fijos en la lejana llanura soleada, desciende hacia el país que lo vio nacer y que no conoce: la Galia.


FIN